Anna Gavalda

Quisiera que alguien me esperara en algún lugar



Un comercial que pasa la vida en la carretera descubre por azar las insospechadas consecuencias de tomar un determinado desvío; una hermosa mujer se cita ilusionada con un desconocido y en pocos segundos le ve con otros ojos; un padre de familia se reencuentra con el amor de su vida; una veterinaria se enfrenta a dos hombres que la tratan como auténticos animales…

Los doce relatos breves e incisivos de *Quisiera que alguien me esperara en algún lugar* están protagonizados por un abanico de personajes que se enfrentan a diferentes tragedias cotidianas que muestran los placeres y angustias que les condenan o les redimen. Cada narración pone al descubierto emociones humanas esenciales que cobran en mayor intensidad en momentos cruciales para el destino de sus protagonistas.

Anna Gavalda

Quisiera que alguien me esperara en algún lugar

Título original: *Je voudrais que quelqu'un m'attende quelque part*
Anna Gavalda, 1999
Traducción: Isabel González-Gallarza, 2001
Ilustración de cubierta: Taxi

Índice de contenido

Quisiera que alguien me esperara en algún lugar
Pequeñas ocupaciones germanopradinas
Interrupción involuntaria del embarazo
Este hombre y esta mujer
The Opel Touch
Ambre
Permiso
El suceso del día
Catgut
Junior
Durante años
Clic-clac
Epílogo
Sobre la autora
Notas

Para mi hermana Marianne

PEQUEÑAS OCUPACIONES GERMANOPRADINAS

¿¡Saint-Germain-des-Prés!?… Ya sé lo que me vais a decir: «¡Pues vaya originalidad, hija mía, Françoise Sagan ya lo hizo antes que tú, y muchíííísimo mejor!».

Ya lo sé.

Pero qué queréis que os diga… no creo yo que todo esto me hubiese ocurrido en el bulevar de Clichy, las cosas como son. Así es la vida.

Pero guardaos vuestras opiniones y escuchadme, porque algo me dice que esta historia os va a divertir.

Os encantan las historietas cursis. Que os conmuevan con esas veladas prometedoras, esos hombres que os hacen creer que están solteros y un poco tristes.

Sé que os encanta. Es normal, al fin y al cabo, no se pueden leer las novelitas Harlequin mientras se toma algo en Lipp o en el café literario Les Deux-Magots. Por supuesto que no, no se puede.

Así pues, esta mañana me he cruzado con un hombre en el bulevar Saint-Germain.

Yo subía, y él bajaba. Estábamos en el lado de los pares, el más elegante.

Lo he visto llegar desde lejos. No sé, tal vez sus andares, un poco indolentes, o los picos de su abrigo que ocupaban su propio espacio delante de él… Resumiendo, estaba a veinte metros de él y ya sabía que no se me iba a escapar.

No ha fallado, al llegar a mi altura, lo veo mirarme. Le dedico una sonrisa traviesa, en plan flecha de Cupido, pero más reservada.

Él también me sonríe.

Sigo caminando y sonriendo, pienso en *La transeúnte* de Baudelaire (¡¡¡con esto y con lo de Sagan de antes, ya os habréis dado cuenta de que tengo lo que se llama referencias literarias!!!). Camino algo más despacio porque intento recordar… *Alta, delgada, en majestuoso dolor*… luego no sé lo que sigue… después… *pasó una mujer: con mano elegante alzaba y mecía lo mismo festón que dobladillo*… y al final… *¡Ay, tú a quien hubiese amado! ¡A ti que lo sabías!*

A cada vez, acaba conmigo.

Y mientras tanto, maravilla de las maravillas, sigo sintiendo la mirada de mi san Sebastián (esto va por lo de la flecha de antes, ¡eh! ¡Hay que seguir el hilo!) a mi espalda. Me calienta deliciosamente los omóplatos, pero antes muerta que darme la vuelta, estropearía el poema.

Estaba parada en la acera mirando los coches que pasaban para cruzar a la altura de la rue des Saints-Péres.

Precisemos: una parisina que se precie no cruza nunca el bulevar Saint-Germain por el paso de cebra cuando el semáforo está en rojo. Una parisina que se precie mira los coches que pasan y se lanza, sabiendo que se está arriesgando.

Morir por el escaparate de Paule Ka. Delicioso.

Me lanzo por fin cuando una voz me detiene. No os voy a decir «una voz cálida y viril» para haceros felices, porque no era el caso. Una voz sin más.

—Perdone…

Me doy la vuelta. Anda, ¿pero quién está aquí?… Mi capturita de antes.

Mejor decíroslo cuanto antes, a partir de ese momento, Baudelaire se va a la porra.

—Me preguntaba si aceptaría usted cenar conmigo esta noche…

En mi cabeza pienso: «qué romántico…», pero contesto:

—Es un poco rápido, ¿no?

Y él me devuelve la pelota de esta manera, os lo juro:

—Se lo concedo, es rápido. Pero al verla alejarse, me he dicho: no puede ser, me cruzo con una mujer en la calle, le sonrío, ella me sonríe, nos rozamos y vamos a perdernos… No puede ser, de verdad, es demasiado absurdo.

—…

—¿Qué opina? ¿Le parece una tontería lo que le estoy diciendo?

—No, no, en absoluto.

Yo ya empezaba a sentirme un poco mal…

—¿Y bien?… ¿Qué me dice? ¿Aquí, esta noche, después, a las nueve, exactamente aquí?

A ver, hija mía, recupérate, si tienes que cenar con todos los hombres a los que sonríes, estás apañada…

—Déme una sola razón para aceptar su invitación.

—Una sola razón… Dios mío… qué difícil.

Lo miro, divertida.

Y entonces, sin avisarme, me coge la mano:

—Me parece que he encontrado una razón más o menos buena…

Me pasa la mano por su mejilla mal afeitada.

—Una sola razón. Aquí tiene: diga que sí, para que tenga la oportunidad de afeitarme… Sinceramente, me parece que gano mucho cuando estoy afeitado.

Y me devuelve el brazo.

—Sí —digo.

—¡Por fin! Crucemos juntos, se lo ruego, no quisiera perderla ahora.

Esta vez soy yo quien lo mira alejarse en sentido contrario, se debe de estar frotando las mejillas como alguien que ha conseguido un buen negocio…

Estoy segura de que está súper orgulloso de sí mismo. Con razón.

Paso el resto de la tarde un poquito nerviosa, hay que reconocerlo.

La que fue a por lana y volvió esquilada no sabe qué ponerse. Se impone una chaqueta.

Un poco nerviosa como una debutante que sabe que le ha quedado mal el peinado.

Un poco nerviosa como en el umbral de una historia de amor.

Trabajo, contesto al teléfono, mando faxes, termino una maqueta para el diseñador gráfico (a ver, un momento, a la fuerza… Una chica bonita y con desparpajo que manda faxes por Saint-Germain-des-Prés tiene que ser editora a la fuerza…).

Las últimas falanges de mis dedos están heladas y me lo tienen que repetir todo.

Respira, hija mía, respira.

Entre dos luces, el bulevar se ha calmado y los coches han encendido los faros.

Recogen las mesas de las terrazas de los cafés, unas personas se esperan en el atrio de la iglesia, otras hacen cola en el Beauregard para ver la última de Woody Allen.

No es decente que yo llegue primero. No. Llegaré un poco tarde, incluso. Sería mejor hacerme desear un poquito.

Así que voy a tomarme un pequeño reconstituyente que me haga entrar en calor.

No en el café Les Deux-Magots, por la noche es un poco paleto, no hay más que americanas gordas al acecho del espíritu de Simone de Beauvoir. Me voy a la rue Saint-Benoît. El Chiquito me viene de perlas.

Nada más abrir la puerta, ahí está el olor de la cerveza mezclado con el de las colillas, el cling cling del *pinball*, la dueña hierática con el pelo teñido y una blusa de nailon que deja ver su sujetador de grandes aros, la carrera nocturna de Vincennes como ruido de fondo, unos cuantos albañiles con sus monos manchados que retrasan un poco más la hora de la soledad o de la parienta, y viejos clientes habituales de dedos amarillentos que le dan la vara a todo el mundo con la ley de alquiler del 48. Qué felicidad.

Los de la barra se dan la vuelta de vez en cuando riéndose entre ellos como niños. Mis piernas están en el pasillo y son muy largas. El pasillo es bastante estrecho y mi falda muy corta. Veo sus espaldas encorvadas dando sacudidas.

Me fumo un cigarro escupiendo el humo muy lejos delante de mí. Tengo la mirada perdida. Ahora sé que en la recta final ha ganado *Beautiful Day*, que estaba a diez contra uno.

Me acuerdo de que tengo *Kennedy y yo* en el bolso y me pregunto si no sería mejor quedarme aquí.

Unas lentejitas con tocino y chorizo y media jarra de rosado… Qué bien iba a estar yo aquí…

Pero me domino. Estáis ahí, a mi espalda, esperando el amor (¿o menos?, ¿o más?, ¿o no del todo?) conmigo y no os voy a dejar

plantados con la dueña del Chiquito. Sería pasarse un poco.

Salgo de ahí con las mejillas sonrosadas y el frío me golpea las piernas.

Ahí está, en la esquina con la rue des Saints-Péres, me espera, me ve, viene hacia mí.

—He tenido miedo. He creído que no vendría. Me he visto reflejado en un escaparate, he admirado mis mejillas bien lisas, y he tenido miedo.

—Lo siento mucho. Estaba esperando el resultado de la carrera nocturna de Vincennes y se me ha hecho tarde.

—¿Quién ha ganado?

—¿Apuesta usted?

—No.

—Ha ganado *Beautiful Day*.

—Por supuesto, debí haberlo imaginado —dice sonriendo y cogiéndome del brazo.

Hemos caminado en silencio hasta la rue Saint-Jacques. De vez en cuando, me miraba a hurtadillas, examinaba mi perfil, pero yo sé que en ese momento, se estaba preguntando más bien si yo llevaba medias con liguero o sin él.

Paciencia, encanto, paciencia…

—La voy a llevar a un sitio que me gusta mucho.

Ya me imagino el estilo… con camareros relajados, pero obsequiosos que le sonríen con un aire cómplice: «Buenasss nochesss, señor… (así que ésta es la última… pues mira, a mí me gustaba más la morena de la última vez…)… ¿la mesita pequeña del fondo, como de costumbre, señor?… Zalamerías aquí y allá (¿pero dónde encontrará todas estas pibas?)… ¿Me dejan sus abrigos? Muy bieeen».

Las encuentra en la calle, tarugo.

Pero para nada.

Me ha dejado pasar primero, sujetándome la puerta de una pequeña tasca y un camarero desengañado sólo nos ha preguntado si fumábamos. Nada más.

Ha colgado nuestros abrigos en el perchero y por esa décima de segundo en la que no ha sabido qué hacer al ver la dulzura de mi escote, he sabido que no se arrepentía del pequeño corte que se había hecho debajo de la barbilla, antes, al afeitarse, cuando sus manos lo traicionaban.

Hemos bebido un vino extraordinario en grandes copas. Hemos comido unas cosas bastante delicadas, especialmente pensadas para no estropear el aroma de nuestros néctares.

Una botella de côte de Nuits, Gevrey-Chambertin del 86. Un néctar de los dioses.

El hombre que está sentado frente a mí bebe guiñando los ojos.

Ahora lo conozco mejor.

Lleva un jersey de cuello vuelto gris de cachemira. Un viejo jersey. Tiene coderas y un pequeño enganchón cerca del puño derecho. Su regalo de cumpleaños cuando cumplió los veinte, tal vez… Su madre, turbada por su mueca de decepción, que le dice: «Ya verás cómo luego te alegras de tenerlo…», y le da un beso acariciándole la espalda.

Una americana muy discreta que no parece más que una simple americana de *tweed*, pero yo con mis ojos de lince sé que es una chaqueta hecha a medida. En Old England las etiquetas son más anchas cuando la mercancía sale directamente de los talleres de las Capucines y he visto la etiqueta cuando se ha agachado para recoger su servilleta.

Esa servilleta que había tirado aposta para aclarar este asunto del liguero, me imagino.

Me habla de muchas cosas pero nunca de él. Siempre le cuesta un poco seguir el hilo de su historia cuando me paso la mano por el cuello. Me dice: «¿Y usted?», y yo tampoco le hablo nunca de mí.

Esperando el postre, mi pie toca su tobillo.

Coloca su mano sobre la mía y la quita de pronto porque llegan los sorbetes.

Dice algo pero sus palabras no hacen ruido y no oigo nada.

Estamos emocionados.

Horror. Su teléfono móvil acaba de sonar.

Todos los ojos del restaurante se posan fijamente sobre él, que lo apaga rápidamente. Acaba desde luego de estropear mucho vino muy bueno. Unos tragos que han pasado mal por gaznates irritados. Algunas personas se han atragantado, algunos dedos se han crispado sobre los mangos de los cuchillos o sobre los pliegues de servilletas almidonadas.

Malditos chismes, siempre tiene que sonar alguno, en cualquier parte, en cualquier momento.

Un patán.

Él está confuso. De repente el jersey de su mamá le da un poco de calor.

Hace signos de cabeza a diestro y siniestro como para expresar su desconcierto. Me mira y se le han hundido ligeramente los hombros.

—Lo siento mucho… —Me vuelve a sonreír, pero parece ya menos belicoso.

Yo le digo:

—No tiene importancia. No estamos en el cine. Un día mataré a alguien. A un hombre o a una mujer que haya contestado al teléfono

en el cine en medio de la película. Y cuando lea este suceso, sabrá que he sido yo…

—Lo sabré.

—¿Lee los sucesos?

—No. Pero voy a empezar a hacerlo puesto que tengo probabilidades de encontrarla a usted en ellos.

Los sorbetes estaban, cómo diría yo…, deliciosos.

Tonificado, mi príncipe azul ha venido a sentarse a mi lado en el momento del café.

Tan cerca que es ya una certeza. Son medias con liguero lo que llevo. Ha notado el pequeño enganche arriba en mi muslo.

Sé que en ese preciso momento, ya no sabe ni dónde vive.

Me levanta el pelo y me besa en la nuca, en el huequito que hay detrás.

Me susurra al oído que le encanta el bulevar Saint-Germain, que le encanta el borgoña y los sorbetes de casis.

Le beso el pequeño corte. Con todo el tiempo que llevaba esperando ese momento, me aplico.

Los cafés, la cuenta, la propina, nuestros abrigos, todo eso ya no son más que detalles, detalles, detalles. Detalles que nos estorban.

Nuestras cajas torácicas se disparan.

Me tiende mi abrigo negro y entonces…

Admiro el trabajo del artista, *chapeau*, muy discreto, apenas visible, muy bien calculado y aún mejor realizado: al colocarlo sobre mis hombros desnudos, que se le ofrecían suaves como la seda, encuentra la décima de segundo necesaria y la inclinación perfecta hacia el bolsillo interior de su chaqueta para echar una ojeada al buzón de mensajes de su móvil.

Vuelvo a la realidad. De golpe.

Será traidor.

Será ingrato.

¡¡¡Pero qué acabas de hacer, desgraciado!!!

¡¿Pero de qué te preocupabas cuando mis hombros estaban tan redondos, tan cálidos y tu mano tan próxima?!

¿Qué asunto te ha parecido más importante que mis senos que se ofrecían a tus ojos?

¿Por qué cosa te dejas importunar cuando yo esperaba tu aliento sobre mi espalda?

¿No podías toquetear tu maldito chisme después, sólo después de haberme hecho el amor?

Me abrocho el abrigo hasta arriba.

En la calle, tengo frío, estoy cansada y mareada.

Le pido que me acompañe hasta la parada de taxis más cercana.

Está angustiado.

Pide auxilio, chaval, medios no te faltan.

Pero no. Permanece estoico.

Como si no pasara nada. En plan acompaño a una buena amiga a coger un taxi, le froto los brazos para que entre en calor y departo sobre la noche en París. Tiene clase casi hasta el final, eso lo reconozco.

Antes de que me suba a un taxi Mercedes negro con matrícula de Val-de-Marne, me dice:

—Pero… nos volveremos a ver, ¿verdad? Ni siquiera sé dónde vive… Déjeme algo, una dirección, un número de teléfono…

Arranca un trozo de papel de su agenda y garabatea unos números.

—Tenga. El primer número es el de mi casa, el segundo, el del móvil, donde puede encontrarme en cualquier momento…

De eso ya me había dado cuenta.

—Sobre todo, no lo dude, en cualquier momento, ¿de acuerdo?… La espero.

Le pido al taxista que me deje al final del bulevar, necesito caminar.

Voy dando patadas a unas latas imaginarias.

Odio los teléfonos móviles, odio a Françoise Sagan, odio a Baudelaire y a todos esos charlatanes.

Odio mi orgullo.

Interrupción involuntaria del embarazo

Qué tontas son las mujeres que quieren tener un hijo. Qué tontas.

En cuanto saben que están embarazadas abren de par en par las compuertas: amor, amor, y más amor.

Ya no las volverán a cerrar nunca.

Qué tontas.

Ella es como las demás. Cree que está embarazada. Lo supone. Se lo imagina. Todavía no está segura del todo, pero casi.

Espera todavía unos días. Por si acaso.

Sabe que una prueba de farmacia tipo Predíctor cuesta cincuenta y nueve francos. Se acuerda de cuando el primer bebé.

Se dice: «Espero todavía dos días y luego me hago la prueba».

Por supuesto no espera dos días. «¿Qué son cincuenta y nueve francos cuando, a lo mejor, a lo mejor, estoy embarazada? ¿Qué son cincuenta y nueve francos cuando puedo saberlo en dos minutos?».

Cincuenta y nueve francos para abrir por fin las compuertas porque el amor empieza a desbordarse al otro lado, hierve, se arremolina, y le da un poco de dolor de tripa.

Va corriendo a la farmacia. No a la farmacia de siempre, a una más discreta donde no la conocen. Fingiendo naturalidad pide una prueba de embarazo, pero ya le late el corazón.

Vuelve a casa. Espera. Hace durar el placer. La prueba está ahí, dentro de su bolso sobre el mueble de la entrada, y ella está un

poco nerviosa. Pero mantiene la calma. Dobla ropa. Va a la guardería a buscar a su hijo. Charla con las otras madres. Ríe. Está de buen humor.

Prepara la merienda. Unta unas tostadas con mantequilla. Se aplica a la tarea. Chupa la cuchara de mermelada. No puede evitar besar a su hijo. Por todas partes. En el cuello. En los mofletes. En la cabeza.

Él dice: «Para, mamá, que me molestas».

Lo coloca delante de una caja de Lego y se queda todavía un poco molestándolo.

Baja las escaleras. Intenta ignorar su bolso pero no lo consigue. Se para. Coge la prueba.

Se pone nerviosa con la caja. Arranca el envoltorio con los dientes. Las instrucciones se las leerá después. Hace pis encima del chisme. Le pone el capuchón, como si fuera un bolígrafo. Lo sostiene en la mano, y está calentito.

Lo deja en algún sitio.

Se lee las instrucciones. Hay que esperar cuatro minutos y mirar las ventanitas. Si las dos ventanitas están de color rosa, señora, su orina está llena de H. G. C. (hormona gonadotropina coriónica), si las dos ventanitas están de color rosa, señora, está usted embarazada.

Cuatro minutos, qué largo se hace. Se va a tomar un té mientras tanto.

Pone el cronómetro de cocina para los huevos pasados por agua. Cuatro minutos… Ya está.

No toquetea la prueba. Se quema los labios con el té.

Mira las grietas de la cocina y se pregunta qué preparará de cena.

No espera los cuatro minutos, de todas maneras, no hace falta. Ya se puede ver el resultado. Está embarazada.

Lo sabía.

Tira la prueba al fondo de la papelera. La tapa bien poniendo por encima otras cajas vacías. Ya que, por ahora, es su secreto.

Ya se encuentra mejor.

Inspira hondo, respira. Lo sabía.

Era sólo para estar segura. Ya está, ya se han abierto las compuertas. Ahora ya puede pensar en otra cosa.

Ya nunca más pensará en otra cosa.

Miren a una mujer embarazada: creen que está cruzando la calle, o que está trabajando o incluso que les está hablando. No es verdad. Está pensando en su bebé.

Ella no lo reconocerá, pero no pasa un solo minuto en estos nueve meses en que no piense en su bebé.

De acuerdo, los escucha, pero los oye mal. Asiente con la cabeza, pero en realidad, le trae al fresco.

Se lo imagina. Cinco milímetros: un grano de trigo. Un centímetro: una almejita. Cinco centímetros: esa goma que está sobre su mesa. Veinte centímetros, y cuatro meses y medio: su mano bien abierta.

No hay nada. No se ve nada y, sin embargo, se toca a menudo la tripa.

Pero no es la tripa lo que se toca, es él. Exactamente como cuando acaricia el pelo del mayor. Es lo mismo.

Se lo dijo a su marido. Se había imaginado un montón de maneras posibles para anunciárselo de una forma bonita.

Puestas en escena, tonos de voz, ta-ta-tachán… Y luego, no.

Se lo dijo una noche, a oscuras, cuando sus piernas estaban entrelazadas, pero sólo para dormir. Le dijo: «Estoy embarazada»; y él le dio un beso en la oreja. «Qué bien», contestó.

Se lo dijo también a su otro hijo: «¿Sabes?, mamá tiene un bebé en la tripa. Un hermanito o una hermanita como la mamá de Pierre.

Y podrás empujar el cochecito del bebé, como Pierre».

Él le levantó el jersey y dijo: «¿Dónde está? ¿No está aquí el bebé?».

Rebuscó en su biblioteca hasta dar con *Espero un hijo*, de Laurence Pernoud. El libro está un poco manoseado, antes ya lo leyeron también su cuñada y una amiga.

Enseguida acude a mirar las fotos que están en el centro.

El capítulo es: «Imágenes de la vida antes del nacimiento», desde «el óvulo rodeado de espermatozoides» hasta «seis meses: se chupa el dedo».

Observa las minúsculas manitas en las que se transparentan las venas, y luego las cejas; en algunas fotos ya se ven las cejas.

Luego se va directamente al capítulo: «¿Cuándo será el parto?». Hay una tabla que te dice la fecha del parto, día más, día menos. («Números negros: fecha del primer día de la regla. Números en color: fecha probable del parto»).

De modo que esto nos da un bebé para el 29 de noviembre. ¿Qué día es el 29 de noviembre? Levanta la vista y coge el calendario de Correos que está colgado al lado del microondas… 29 de noviembre… san Saturnino.

¡Saturnino, nada menos!, se dice a sí misma sonriendo.

Deja el libro en cualquier lado. Es poco probable que lo vuelva a abrir. Porque lo demás —¿cómo mentarse?, el dolor de espalda, la mascarilla de embarazo, las estrías, las relaciones sexuales, ¿será normal su hijo?, cómo prepararse para el parto, la verdad sobre el dolor, etc.— todo eso le da un poco igual, o más bien, no le interesa. Tiene confianza.

Por las tardes se cae de sueño y toma grandes pepinillos rusos en todas las comidas.

Antes del final del tercer mes toca la primera visita obligatoria al ginecólogo. Para los análisis de sangre, los papeles de la seguridad social, y la declaración de embarazo que hay que mandar al trabajo.

Va a la hora de comer. Está más emocionada de lo que parece.

Vuelve a ver al médico que trajo al mundo a su primer hijo.

Hablan un poquito de esto y de lo otro: ¿Y su marido, y el trabajo?, ¿y sus investigaciones, progresan?, ¿y sus hijos, el colegio?, ¿y ese colegio, cree usted que…?

Al lado de la mesa está el ecógrafo. Se instala. La pantalla está aún apagada pero no puede evitar mirarla.

Antes que nada, le hace escuchar el latido de ese corazón invisible.

El volumen está bastante alto, y resuena en toda la habitación:

Pum-pum-pum-pum-pum-pum.

A la muy tonta ya se le han saltado las lágrimas.

Y luego le enseña el bebé.

Un muñequito de nada que mueve los brazos y las piernas. Diez centímetros y cuarenta y cinco gramos. Se ve muy bien su columna vertebral, se le podrían incluso contar las vértebras.

Tiene que estar boquiabierta, pero no dice nada.

El médico bromea. Dice: «Ah, estaba seguro, ¡hasta las más charlatanas se quedan sin habla!».

Mientras se viste, él prepara una pequeña carpeta con unas fotos que ha sacado la máquina. Después, una vez en el coche, antes de arrancar, mirará largo rato esas fotos, y mientras las aprenda de memoria no se oirá el sonido de su respiración.

Las semanas pasaron volando y su tripa creció. Sus pechos también. Ahora lleva la talla 95. Impensable.

Se fue a una tienda premamá para comprarse ropa de su talla. Hizo una locura. Eligió un vestido muy bonito y bastante caro para la boda de su prima a finales de agosto. Un vestido de lino con botoncitos de nácar de arriba abajo. Se lo pensó mucho porque no está segura de si querrá tener un tercer hijo. Así que, claro, resulta un poco carillo…

Se lo piensa en el probador, se hace un lío con las cuentas. Cuando sale, con el vestido en la mano y la duda pintada en la cara, la vendedora le dice: «¡Pero dése un capricho! De acuerdo, no sirve durante mucho tiempo, pero qué alegría… Además, no se debe contrariar a una mujer embarazada». Esto último lo dice en tono de broma, pero, con todo… es una buena vendedora.

Piensa en ello cuando sale a la calle con esa gran bolsa poco razonable en la mano. Tiene muchas ganas de hacer pis. Normal.

Además, la boda de su prima es importante para ella porque su hijo hace de paje. Es una tontería, pero le hace muchísima ilusión.

Otro motivo de infinitas vacilaciones es el sexo del bebé.

¿Hay que preguntar o no si es niño o niña?

Es que ya llega el quinto mes con su segunda ecografía, la que lo dice todo.

En el ámbito de su trabajo tiene muchos problemas preocupantes que resolver y tiene que tomar decisiones cada dos por tres. Las toma. Para eso le pagan.

Pero en este caso…, no sabe.

Con el primero, vale, lo había querido saber. Pero ahora le da tan igual que sea un niño o una niña. Pero tan igual.

Venga, pues no lo preguntará.

«¿Está usted segura?», dijo el médico. Ya no sabe. «Mire, yo no le digo nada, y a ver si lo ve usted misma».

Pasea despacio la sonda por su tripa llena de gel. Unas veces se detiene, toma medidas, comenta, otras pasa rápidamente sonriendo, y por fin dice: «Bien, ya puede levantarse».

«¿Y bien?», pregunta.

Ella dice que se lo imagina pero que no está segura. «¿Qué es lo que se imagina?». Pues… le ha parecido ver la prueba de que es un niño, ¿no…?

«Ah, no lo sé», responde él con una mueca traviesa. Ella tiene ganas de cogerle por la bata y sacudirlo para que lo diga, pero nada. Sorpresa.

Durante el verano la barriga da mucho calor. Por no hablar de las noches. Se duerme tan mal, no hay ninguna postura cómoda. Pero bueno.

Se acerca el día de la boda. La tensión aumenta en la familia. Ella dice que se encargará de los ramos. Es un trabajo perfecto para un cetáceo de su especie. La instalarán en el centro, los chicos le traerán lo que necesite, y ella lo hará lo mejor posible.

Hasta entonces se recorre las zapaterías buscando «sandalias blancas cerradas». Es que la novia quiere que todos los pajes vayan con el mismo calzado. De lo más práctico, vaya. Es imposible encontrar sandalias blancas a finales de agosto. «Pero señora, si ya estamos preparando la vuelta al cole». Por fin encuentra unas no muy bonitas y de un número más.

Contempla a su niñito, tan grande, que se mira orgulloso en los espejos de la tienda con su espada de madera enganchada en una de las trabillas de sus bermudas y sus zapatos nuevos. Para él son botas intergalácticas con hebillas láser, no cabe ninguna duda. Ella lo encuentra guapísimo con sus horribles sandalias.

De pronto siente un gran golpe en la tripa. Un golpe desde dentro.

Percibía sacudidas, cosas como de dentro, pero ahora, por primera vez, está bien claro.

—… ¿Señora? ¿Señora?… ¿Quería algo más?…

—No, no, discúlpeme.

—No se preocupe. ¿Quieres un globo, bonito?

Los domingos su marido hace bricolaje. Habilita una habitacioncita en donde antes tenían la lavadora. A menudo, le pide a su hermano que le eche una mano.

Ella compró unas cervezas y se pasó todo el rato regañando al niño para que no los molestara.

A veces, antes de acostarse, hojea revistas de decoración para encontrar ideas. De todas maneras no hay prisa.

No hablan del nombre porque no están del todo de acuerdo y como saben perfectamente que al final decidirá ella… ¿Para qué hablar?

El jueves 20 de agosto tiene que ir a la consulta del sexto mes. Qué rollo.

Desde luego no es el mejor momento, con todos los preparativos de la boda. Sobre todo porque los novios han ido esa misma mañana al mercado central de Rungis y han traído montones de flores. Han requisado las dos bañeras y la piscina de plástico de los niños para la ocasión.

Hacia las dos de la tarde deja las tijeras de podar, se quita el delantal y les dice que el niño está durmiendo en el cuarto amarillo. Si se despierta antes de que ella vuelva, ¿podéis darle la merienda?

No, no, no se le olvidará traer el pan, el pegamento Super Glu y un poco de rafia.

Después de ducharse, coloca su gran barriga detrás del volante del coche.

Le da al botón de la radio y se dice que, al final, no está tan mal esta pausa porque tantas mujeres sentadas alrededor de una mesa con las manos ocupadas no producen más que problemas. Problemas grandes y también pequeños.

En la sala de espera hay ya otras dos señoras. En esos casos, de lo que se trata es de intentar adivinar en qué mes están según la forma de su tripa.

Se lee un *Paris Match* del tiempo de Maricastaña, de cuando Johnny Hallyday estaba todavía con Adeline.

Cuando entra en la consulta, apretón de manos, ¿qué tal se encuentra? Bien, gracias, ¿y usted? Deja el bolso y se sienta. Él teclea su nombre en el ordenador. Ahora ya sabe cuántas semanas lleva de amenorrea y todo lo demás.

Luego se desviste. Él pone el papel protector sobre la camilla mientras ella se pesa y luego le toma la tensión. Le va a hacer una ecografía rápida de control para ver el corazón. Una vez terminada, volverá delante del ordenador para añadir algunas cosas.

Los ginecólogos tienen este truco. Cuando la mujer ha colocado los pies en los estribos hacen un montón de preguntas inesperadas para que olvide, siquiera un instante, esa postura tan impúdica.

A veces sirve de algo; la mayoría de las veces, no.

Entonces, le pregunta si lo nota moverse, ella empieza a responder que antes sí, pero que ahora ya no tanto, no termina la frase porque ve bien que no la está escuchando. Por supuesto, él ya

lo sabe. Toquetea todos los botones de su aparato para disimular, pero ya lo sabe.

Coloca el monitor de otra forma, pero sus gestos son bruscos y su rostro ha envejecido de golpe. Ella se incorpora apoyándose sobre los codos y, aunque también lo sabe, pregunta: «¿Qué ocurre?».

Él le dice: «Vaya a vestirse», como si no la hubiera oído y ella vuelve a preguntar: «¿Qué ocurre?». Él le contesta: «Hay un problema, el feto ya no vive».

Se viste.

Cuando vuelve a sentarse está silenciosa y su rostro no expresa nada. Él teclea un montón de cosas y hace a la vez unas llamadas por teléfono.

Le dice: «Vamos a pasar momentos poco agradables».

En ese instante no sabe qué pensar de una frase como ésa.

Con «momentos poco agradables» se refería tal vez a los miles de análisis de sangre que habrían de dejarle el brazo magullado, o a la ecografía del día siguiente, a las imágenes en la pantalla y a todas esas medidas para comprender lo que nunca comprendería. A no ser que los «momentos poco agradables» fueran el parto de urgencia en la noche del domingo con un médico de guardia medio contrariado de que lo *volvieran* a despertar.

Sí, debe de ser eso, los «momentos poco agradables», debe de ser parir sufriendo y sin anestesia porque es demasiado tarde. Que duela tanto que te vomitas encima en vez de empujar como se te ordena. Ver a tu marido impotente y tan torpe acariciándote la mano, y luego sacar, por fin, esa cosa muerta.

O si no, «momentos poco agradables» es estar tumbada al día siguiente en la habitación de una maternidad con la tripa vacía y el sonido de un bebé que llora en la habitación de al lado.

La única cosa que no se explicará es por qué dijo «*vamos* a pasar momentos poco agradables».

Por ahora sigue completando su archivo y, de pronto, habla de mandar disecar y analizar el feto en París en el centro de qué-sé-yo-qué; pero ella hace tiempo que ya no lo escucha.

Él le dice: «Admiro su sangre fría». Ella no contesta nada.

Sale por la puertecita de atrás porque no quiere volver a pasar por la sala de espera.

Llorará largo rato dentro del coche, pero si de algo está segura es de que no estropeará la boda. Para los demás su desgracia puede muy bien esperar dos días.

Y el sábado se puso su vestido de lino con los botoncitos de nácar.

Vistió a su hijo y le sacó una foto porque sabe bien que ese aspecto de Pequeño Lord no le durará mucho.

Antes de ir a la iglesia pararon un momento en la clínica para que se tomara, bajo alta vigilancia, una de esas pastillas terribles que expulsan todos los bebés, deseados o no.

Tiró arroz a los novios y paseó por los caminitos de gravilla bien recogida con una copa de champán en la mano.

Frunció el ceño cuando vio a su Pequeño Lord bebiendo Coca-Cola de la botella y se preocupó por los ramos. Intercambió banalidades, puesto que era el lugar y el momento.

Y ésta llegó de repente, venida de no se sabe dónde, una chica joven preciosa que no conocía, de la parte del novio, seguramente.

Con un gesto de total espontaneidad colocó las dos manos bien extendidas sobre su tripa y le dijo: «¿Puedo?… Dicen que da buena suerte…».

¿Qué querías que hiciera? Intentó sonreírle, por supuesto.

Este hombre y esta mujer

Este hombre y esta mujer están en un automóvil extranjero. Este automóvil costó trescientos veinte mil francos y, curiosamente, fue sobre todo el precio del impuesto de circulación lo que hizo dudar al hombre en el concesionario.

El chiclé derecho funciona mal. Eso le molesta enormemente.

El lunes le pedirá a su secretaria que llame a Salomón. Piensa un momento en los pechos de su secretaria, muy pequeños. Nunca se ha acostado con sus secretarias. Es vulgar, y hoy día te puede hacer perder mucho dinero. De todas maneras ya no engaña a su mujer desde que un día, durante un partido de golf con Antoine Say, se entretuvieron en calcular sus respectivas pensiones alimentarias.

Van camino de su casa de campo. Una granja muy bonita situada cerca de Angers. Unas magníficas proporciones.

Les costó cuatro perras. En cambio, las reformas…

Boiseries en todas las habitaciones, una chimenea desmontada y luego vuelta a montar pieza por pieza de la que se enamoraron en un anticuario inglés. En las ventanas, pesadas telas sostenidas por alzapaños. Una cocina muy moderna, trapos con estampados de cuadritos y encimeras de mármol gris. Tantos cuartos de baño como habitaciones, pocos muebles pero todos de época. En las paredes, marcos demasiado dorados y demasiado anchos para grabados del siglo XIX, esencialmente escenas de caza.

Todo ello queda un poco nuevo rico, pero afortunadamente, no se dan cuenta.

El hombre lleva un atuendo de fin de semana, un pantalón viejo de *tweed* y un jersey de cuello vuelto de cachemira azul celeste (regalo de su esposa por sus cincuenta años). Sus zapatos son de John Lobb, por nada del mundo cambiaría de proveedor. Por supuesto, sus calcetines son de hilo de Escocia, y le cubren toda la pantorrilla. Por supuesto.

Conduce relativamente rápido. Está pensativo. Cuando llegue, irá a ver a los guardas para hablar con ellos de la propiedad, de la limpieza, de la poda de las hayas, de la caza furtiva… Y lo odia.

Odia sentir que se ríen de él, y eso es lo que hacen esos dos que se ponen a trabajar el viernes por la mañana con desgana porque los dueños llegan esa misma noche y hay que dar la impresión de haber hecho algo.

Debería ponerlos de patitas en la calle, pero ahora no tiene de verdad tiempo de ocuparse de ello.

Está cansado. Sus socios le tocan las pelotas, ya casi no le hace el amor a su mujer, su parabrisas está plagado de mosquitos y el chiclé derecho funciona mal.

La mujer se llama Mathilde. Es hermosa, pero en su rostro se ve toda la renuncia de su vida.

Siempre ha sabido cuándo la engañaba su marido y también sabe que, si ya no lo hace, es sólo por una cuestión de dinero.

Está en el asiento de la muerte y se siente siempre muy melancólica durante esos interminables trayectos de ida y vuelta de los fines de semana.

Piensa que no ha sido nunca amada, que no ha tenido hijos, piensa en el niño de la guardesa que se llama Kevin y que cumplirá tres años en enero… Kevin, qué nombre más horroroso. Ella, si

hubiese tenido un hijo, le habría llamado Pierre, como su padre. Recuerda esa escena espantosa cuando había hablado de adopción… Pero piensa también en ese trajecito de chaqueta verde que vio el otro día en el escaparate de Cerruti.

Están escuchando la emisora Fip. Está bien: música clásica que tan grato resulta saber apreciar, músicas de todo el mundo que le hacen a uno sentirse abierto y apuntes de noticias muy breves que apenas dejan tiempo a la miseria de colarse en el habitáculo.

Acaban de pasar el peaje. No han intercambiado una sola palabra y todavía están bastante lejos.

The Opel Touch

Tal y como me veis ahora, voy andando por la calle Eugène-Gonon.

Casi *ná*.

¿Cómo? ¿En serio no conocéis la calle Eugène-Gonon? A ver, un momento, ¿me estáis tomando el pelo?

Es una calle bordeada de casitas de piedra con jardincitos de césped y marquesinas de hierro forjado. La famosa calle Eugène-Gonon de Melun.

¡Sí, hombre! Melun… Con su cárcel, su queso Brie que debería ser más conocido, y sus accidentes ferroviarios.

Melun.

Zona seis del abono de transporte.

Tomo por la calle Eugène-Gonon varias veces al día.

Cuatro en total.

Voy a la facultad, vuelvo de la facultad, como, voy a la facultad, vuelvo de la facultad.

Al final del día estoy molida.

Claro, no lo parece, pero uno tendría que darse cuenta sin ayuda. Tomar por la calle Eugène-Gonon cuatro veces al día para ir a la facultad de derecho para examinarse durante diez años, para ejercer una profesión que a una no le apetece nada… Años y años de Código Civil, de Derecho Penal, de fotocopias, de artículos, de párrafos y de enciclopedia Dalloz para dar y tomar. Y todo esto, agarraos bien, para una profesión que ya me aburre.

Las cosas como son. Reconoced que tengo razones para estar molida al final del día.

Así que ahora, tal y como os estaba diciendo, voy por el trayecto número tres. He comido y vuelvo con paso decidido a la facultad de derecho de Melun, qué guay. Me enciendo un cigarro. Venga, me digo, es el último.

Me echo a reír bajito. Me habré dicho que es el último unas mil veces este año…

Voy bordeando las casitas de piedra. *Villa Marie-Thérèse, Mi Felicidad, Dulce Nido*. Es primavera y empiezo a deprimirme de verdad. No en plan a lo bestia: lágrimas de cocodrilo, farmacia, dejar de comer y compañía, no.

Es como este trayecto de la calle Eugène-Gonon cuatro veces al día. Acaba conmigo. Compréndalo quien pueda.

Pues no entiendo qué tendrá que ver la primavera…

Espera. La primavera, los pajaritos peleándose en los capullos de los álamos. Por la noche, los gatos metiendo un jaleo infernal, los patos persiguiendo a las patas por el Sena, y las parejas. No me digas que no ves a las parejas, están por todas partes. Besos interminables con mucha saliva, los tíos todos empalmados, las manos paseándose por aquí y por allá y todos los bancos ocupados. Me pone negra.

Me pone negra. Eso es todo.

¿Te da envidia? ¿Tienes mono?

¿Envidia, yo? ¿Mono? No, hombre, no… estás de coña.

(…)

Pfff, hay que ver las tonterías que dices. Pues no me faltaba más que tener envidia de esos cretinos que le dan la vara a todo el

mundo con su deseo. Qué tontería.

(…)

¡Pues claro que me da envidia! ¿Es que no se ve, acaso? ¿Necesitas gafas? No ves que tengo tanta envidia que me va a dar algo, no ves que me falta ammmmmooooooor. ¿Qué pasa, no lo ves? Pues salta a la vista, ¿no?

Parezco un personaje de Bretécher, la humorista gráfica: una chica sentada en un banco con una pancarta colgada al cuello: «Quiero amor», y lágrimas que manan como fuentes de cada lado de sus ojos. Me estoy viendo. Vaya cuadro.

Ah, no, ya no estoy en la calle Eugène-Gonon (tengo cierta dignidad, al fin y al cabo), estoy en Pramod.

No es difícil imaginárselo, Pramod está por todas partes. Gran almacén, mogollón de ropa no muy cara, de calidad mediocre, bueno, digamos pasable, no vaya a ser que me echen.

Es mi curro, mi pasta, mi tabaco, mis cafelitos, mis salidas de marcha, mi lencería fina, mi Guerlain, mis caprichos de maquillaje, mis libros de bolsillo, mi cinecito. Todo, vaya.

Odio currar en Pramod pero ¿qué remedio? ¿Me echo el apestoso Gemey, a cuatro francos ochenta el bote, alquilo pelis en el videoclub de Melun, y apunto la última novela de Jim Harrison en el registro de sugerencias de la biblioteca municipal? No, antes muerta. Mejor currar en Pramod.

Y pensándolo bien, te diré incluso que prefiero aguantar a las tías estas que el olor a fritanga de McDonald’s.

El problema son mis compañeras de trabajo. Me vais a decir, pero hija mía, el problema son siempre las compañeras de trabajo.

Vale, ¿pero vosotras conocéis acaso a Marilyne Mercancie? (No va de coña, es la gerente del Pramod del centro de Melun y se llama

Mercancie… Oh, destino).

No, claro, no la conocéis. Pues es la más, la más… gerente de las gerentes de Pramod de Francia. Bueno, y además, vulgar, pero tan vulgar.

Es que no os lo puedo ni explicar. No se trata tanto de su estilo, aunque… sus raíces negras y el móvil en la cintura acaban conmigo… No, es más bien un problema de corazón.

La vulgaridad del corazón es algo indecible.

Miradla, mirad cómo habla a sus empleadas. Da pena. Pone una mueca de asco, es que le debemos de parecer tan, pero tan tonnnntas. Y yo, peor, porque soy la intelectual. La que hace menos faltas de ortografía que ella, y eso sí que le jode.

«La tienda zerrará del 1 al 15 de agosto».

Espera, bonita… aquí hay algo que no marcha.

¿A ti nunca te han enseñado que la «z» va sólo delante de las vocales «a», «o» y «u», y la «c», de las restantes vocales, a saber, «i» y «e»? A ver, haz un esfuerzo, bonita: ¿por qué no puedes poner una «z» delante de estas dos últimas vocales? Pues porque para obtener un sonido dental, basta con usar una «c», así pues, la «z» se usa sólo cuando la «c» no puede producir ese sonido, como ocurre cuando precede a las vocales «a», «o» y «u», y sólo en esos casos. ¿Lo entiendes? Muy bien, qué lista es mi niña.

Madre mía, qué cara me pone. Y hala, vuelta a hacer el cartel:

«No ABRIMOS del 1 al 15 de agosto». Qué júbilo.

Cuando me habla a mí, no pone cara de asco, pero su trabajo le cuesta.

Pero bueno, que sepáis que, dejando de lado la energía empleada en gestionar a mi gerente, no me defiendo nada mal.

Ponedme delante a cualquier clienta y os la visto de los pies a la cabeza. Sin olvidar los accesorios. ¿Por qué? Porque la miro. Antes de aconsejarle, la miro. Me gusta mucho mirar a la gente. Sobre todo a las mujeres.

Incluso la más fea, siempre tiene algo. Por lo menos el deseo de ser guapa.

«Marianne, no me lo puedo creer, los *bodys* de verano están todavía en el almacén. Habría que ir pensando en sacarlos…».

Siempre hay que decírselo todo, es increíble…

Ya va, ya va. Lo cual no quita que…

Quiero amor.

Sábado noche, *de saturday night fever*.

El Milton es el *saloon* de los vaqueros de Melun; estoy con mis amigas.

Menos mal que están aquí. Son guapas, se ríen a carcajadas y lo aguantan todo muy bien.

Oigo el crujir de los GTI en el parking, el petardeo de las Harleys demasiado pequeñas y el clac de los Zippos. Nos han invitado a un cóctel de bienvenida demasiado dulce, le han debido poner mogollón de granadina para ahorrar champán, además, ya se sabe, a las chicas les gusta la granadina… Me digo, ¿pero qué coño estoy haciendo aquí? Tengo la depre. Me pican los ojos. Menos mal que llevo lentillas, con el humo que hay, todo se explica.

—Hola, Marianne, ¿qué tal? —me pregunta una niña pija que estaba en mi clase en el último curso del instituto.

—¡Hola!… —*hala, a darse besos*—… estoy bien. Me alegro de verte, cuánto tiempo. ¿Dónde te habías metido?

—¿No te lo han dicho las demás? He estado en USA, tía, no te lo vas a creer, o sea, es que fue divino. En Los Ángeles, una casa, que ni te la imaginas. Con piscina, *jacuzzi* y unas vistas al mar que alucinas. O sea, un plan fantástico en casa de una gente súper guay, para nada los típicos americanos colgados, ¿sabes? Qué va, tía, súper fuerte.

Sacude sus mechas californianas para dejar patente su inmensa nostalgia.

—¿Y no conociste a George Clooney?

—Pero… ¿por qué me dices eso?

—No, no, por nada. Pensaba que, además, habrías conocido a George Clooney, simplemente.

—Pero tía, de qué vas —concluyó antes de venderle la moto de su contrato de chica *au-pair* a otras almas más cándidas.

Eh, mirad quién viene… Parece Buffalo Bill.

Un chico demasiado flaco con una nuez prominente y una perilla muy bien cuidada —no pido más— se acerca a mis pechos e intenta entrar en contacto con ellos.

El tío: ¿No nos hemos visto en alguna parte?

Mis pechos: …

El tío: ¡Sí, hombre! Ahora me acuerdo, ¿no estabas en el Garage, en Halloween?

Mis pechos: …

El tío que no tira la toalla: ¿Eres francesa? *Do you understand me?*

Mis pechos: …

De pronto, Buffalo levanta la cabeza. Andaaaa, ¿has visto?… pero si tengo cara.

Se rasca la perilla en señal de perplejidad total (raca, raca) y parece inmerso en un abismo de reflexión.

—*From where are you from?*

¡Guau, Buffalo! ¡Pero si tú *speak* el gran *canyon*!

—Soy de Melun, plaza de la Gare, número 4, y cuanto antes te enteres, mejor: no me he instalado la emisora en el canalillo.

Raca, raca…

Tengo que salir de aquí, ya no veo nada, joder qué coñazo las lentillas.

Y, además, mira que eres vulgar, hija mía.

Estoy en la puerta del Milton, tengo frío, estoy llorando como una niña, quisiera estar en cualquier otro lugar menos aquí, me pregunto cómo voy a volver a mi casa, miro las estrellas, pero ni siquiera hay. Entonces lloro aún más.

En estos casos, cuando la situación es así de desesperada, lo más inteligente que puedo hacer es… llamar a mi hermana.

Ring rrrrrring rrrrrrriiiiiiiing.

—Diga… (voz pastosa).

—Hola, soy Marianne.

—¿Qué hora es? ¿Dónde estás? (voz molesta).

—Estoy en el Milton, ¿puedes venir a buscarme?

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? (voz preocupada).

Repito:

—¿Puedes venir a buscarme?

Señal de faros al fondo del parking.

—Hala, sube —me dice mi hermana.

—¡Pero si has venido con el camisón de la abuela!

—¡Para llegar lo antes posible, por si no te habías dado cuenta!

—¡Has venido al Milton con el camisón transparente de la abuelita! —le digo desternillándome.

—Punto uno, no voy a salir del coche así; punto dos, no es transparente: es semitransparente, ¿no te han enseñado eso en Pramod?

—¿Pero si te quedas sin gasolina? Por no hablar de que seguro que hay antiguos pretendientes tuyos por aquí…

—A ver… ¿dónde? (interesada).

—Mira, ¿ése de ahí no es «sartén Tefal» por casualidad?

—Córrete un poco… ¡Ah, sí! Tienes razón. Qué feo está, Dios mío, está aún más feo que antes. ¿Qué coche tiene ahora?

—Un Opel.

—Ah, ya veo, «The Opel touch», lo pone en el parabrisas de atrás…

Me mira y nos reímos como enanas. Estamos juntas y nos reímos en honor de:

1) los viejos tiempos.

2) «sartén Tefal» (porque, sobre todo, no quería engancharse).

3) su Opel retocado.

4) su volante forrado de borreguito.

5) su chupa de cuero de cremalleras que sólo se pone los fines de semana y la raya impecable de su Levi's 501 que su mamá consigue apretando la plancha muy fuerte.

Qué bien sienta.

Mi hermana, con su coche pijo, hace crujir los frenos en el aparcamiento del Milton, la gente se vuelve a mirarnos, y ella me dice: «Jojo me va a regañar porque haciendo esto se estropean…».

Se ríe.

Me quito las lentillas y echo el asiento para atrás.

Entramos de puntillas porque Jojo y los niños duermen.

Mi hermana me sirve un *gin-tonic* sin tónica y me dice:

—¿Qué es lo que no marcha?

Entonces yo se lo cuento. Pero sin estar muy convencida porque mi hermana, como psicóloga, es un desastre.

Le digo que mi corazón es como una gran bolsa vacía, una bolsa sólida, en la que se podría meter todo un bazar y, sin embargo, no hay nada dentro.

Digo una bolsa, no estoy hablando de esas bolsitas birriosas de supermercado que se rompen cada dos por tres, no. Mi bolsa…, o sea, como me la imagino yo… se parecería más bien a esos grandes chismes cuadrados, de rayas blancas y azules que las gruesas *Mamas* negras llevan sobre la cabeza en el barrio africano de Barbes…

—Joder… pues sí que estamos apañadas —me dice mi hermana sirviéndome otra copa.

Ambre

Me he tirado a miles de chicas, y de la mayoría no recuerdo la cara.

No digo esto para hacerme el interesante. En el punto en el que estoy, con toda la pasta que gano y todos esos mamelucos que tengo a mi alrededor, te puedes imaginar que no necesito fardar con el primero que pase.

Lo digo porque es verdad. Tengo treinta y ocho años y he olvidado casi todo en mi vida. Eso se aplica a las chicas y a todo lo demás.

Me ha pasado encontrar de casualidad una revista de ésas con las que te podrías limpiar el culo y verme en una foto abrazado a una piba.

Entonces leo el pie y veo que la chica en cuestión se llama Laetitia o Sonia o qué sé yo, miro la foto una vez más como para decirme: «Ah, sí, claro, Sonia, la morenita de Villa Barclay con sus *piercings*, la que olía a vainilla…».

Pero no. No es eso lo que recuerdo.

Dentro de mi cabeza repito «Sonia» como un gilipollas y dejo la revista buscando un cigarro.

Tengo treinta y ocho años y me doy perfecta cuenta de que mi vida se está yendo a la mierda. En mi cabeza todo se descascarilla muy despacio. Das un golpecito con la uña y se van a la basura

semanas enteras. Te diré más, un día en que estaba oyendo hablar de la guerra del Golfo, me doy la vuelta y digo:

—¿Cuándo fue la guerra del Golfo?

—En el 91 —me contestan, como si necesitara una enciclopedia para tener más detalles… Pero joder, la verdad es que nunca había oído hablar de ello.

La guerra del Golfo a la basura.

No lo vi. No lo oí. Un año entero que ya no me sirve para nada.

En 1991 yo no estaba ahí.

En 1991 seguro que estaba ocupado en buscarme las venas y no vi que había una guerra. Me dirás que te la suda. Te digo lo de la guerra del Golfo porque es un buen ejemplo.

Se me olvida casi todo.

Sonia, perdóname, pero es verdad. Ya no me acuerdo de ti.

Y entonces conocí a Ambre.

Sólo con decir su nombre me siento bien.

Ambre.

La primera vez que la vi fue en el estudio de grabación de la calle Guillaume-Tell. Íbamos de culo desde hacía una semana y todo el mundo nos daba la brasa con chorradas sórdidas de pasta porque llevábamos retraso.

No se puede prever todo. Nunca. No podíamos prever que el ingeniero de mezclas cojonudo al que habíamos hecho venir desde USA por un ojo de la cara para complacer a los peces gordos de la casa discográfica nos la iba a jugar nada más empezar.

—El cansancio y el desfase horario no le han debido ayudar mucho —dijo el médico.

Eran gilipolleces por supuesto, el desfase horario no tenía nada que ver con esto.

Simplemente, el yanqui había tenido el ojo más grande que la tripa, y le está bien empleado. Ahora quedaba como un gilipollas con su contrato «para hacer bailar a las *frenchies*»…

Era un período de mierda. Llevaba varias semanas sin ver la luz del sol y ya no me atrevía a pasarme las manos por la cara porque sentía que la piel se me iba a resquebrajar o a fisurar, o algo así.

Al final no conseguía siquiera fumar porque me dolía demasiado la garganta.

Fred me daba la coña desde hacía un tiempo con una amiga de su hermana. Una fotógrafa que quería seguirme en una gira. En plan *freelance*, pero no para vender luego las fotos. Para ella, nada más.

—Oye, Fred, no me des la vara con eso…

—Pero tío, ¿qué más te da que la traiga aquí una noche, eh? ¡¿Qué más te da, joder?!

—No me gustan los fotógrafos, no me gustan los directores artísticos, no me gustan los periodistas, no me gusta que me den la vara y no me gusta que me miren. Puedes entender eso, ¿no?

—Joder, tío, sé un poco más *enrollao*, sólo una noche, dos minutos. No tendrás ni que hablar con ella, si me apuras, ni siquiera la verás. Hazlo por mí, joder. Se ve que no conoces a mi hermana.

Te decía antes que se me olvidaba todo, pero esto, mira por dónde, no.

Entró por la puertecita de la derecha si te pones mirando a las mesas de mezclas. Parecía estar pidiendo perdón andando de puntillas y llevaba una camiseta blanca con tirantes muy finos. Desde donde estaba yo, detrás del cristal, no le vi enseguida la cara, pero cuando se sentó, vi sus tetitas pequeñas y ya en ese momento, tenía ganas de tocarlas.

Un poco más tarde me sonrió. No como las chicas que me suelen sonreír porque se alegran de ver que las miro.

Me sonrió porque sí, para hacerme feliz. Y nunca se me hizo tan larga una sesión de grabación como la de ese día.

Cuando salí de mi jaula de cristal ella ya no estaba allí. Le dije a Fred:

—¿Es amiga de tu hermana?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Ambre.

—¿Se ha ido?

—Yo qué sé.

—Mierda.

—¿Qué?

—Nada.

Volvió el último día. Paul Ackermann había organizado una juerguecilla en el estudio «para celebrar tu próximo disco de oro», había dicho el imbécil de él. Yo acababa de salir de la ducha, estaba todavía medio desnudo, frotándome la cabeza con una toalla demasiado grande cuando Fred nos presentó.

Me costaba decir la más mínima cosa. Era como si tuviera quince años, y arrastraba la toalla por el suelo.

Ella me volvió a sonreír, igual que la primera vez.

Señalándome un bajo, dijo:

—¿Es su guitarra preferida?

Y yo no sabía si tenía ganas de besarla porque no tenía ni idea de nada, o si era porque me llamaba de usted cuando todo el mundo me tutea dándome palmaditas en la tripa…

Desde el Presidente de la República hasta el último gilipollas, todos me tutean como si hubiésemos comido del mismo plato.

Son las cosas de este mundillo.

—Sí —le contesté yo—, es la que prefiero.

Y buscaba con la mirada algo que ponerme encima.

Charlamos un poquito pero era difícil porque Ackermann había traído a unos periodistas; cómo no, tenía que habérmelo imaginado.

Me preguntó lo de la gira y yo le decía a todo que sí mirándole las tetas sin que me viera. Luego me dijo que adiós y yo buscaba a Fred por todas partes, o a Ackermann, o a quien fuera, para partirle la cara a alguien, porque dentro de mí estaba que me ahogaba.

La gira era de unos diez conciertos y casi todos fuera de Francia. Hicimos dos actuaciones en la Cigale y el resto ya lo confundo todo. Estuvimos en Bélgica, en Alemania, en Canadá y en Suiza, pero no me preguntes en qué orden, porque no sabría decirte.

Cuando estoy de gira me canso. Hago mi música, canto, intento colocarme lo menos posible y duermo en el autocar.

Incluso cuando tenga un ano de oro macizo, seguiré yéndome de gira con mis músicos en un autocar climatizado. El día en que me veas coger un avión sin ellos y chocarles los cinco justo antes de subir al escenario, avísame, porque ese día significará que ya no tengo nada que hacer aquí y que es hora de que me largue con la música a otra parte.

Ambre se vino con nosotros, pero yo no lo supe enseguida.

Sacó sus fotos sin que nos diésemos cuenta. Vivía con las chicas del coro. Se las oía reír a veces en los pasillos de los hoteles cuando Jenny les echaba las cartas. Cuando la veía, levantaba la cabeza e intentaba mantenerme erguido pero nunca fui hacia ella en todas esas semanas.

Ya no puedo mezclar el curro con el sexo, me he hecho viejo.

La última noche era domingo. Estábamos en Belfort porque queríamos terminar a lo grande con un concierto especial por el décimo aniversario del festival *Eurockéennes*.

Me senté a su lado en la cena de despedida.

Es una noche sagrada que todo el mundo respeta y nos la reservamos para nosotros solos: los de las máquinas, los técnicos, los músicos y todos los que nos han ayudado durante la gira. No es el momento de que vengan a darnos la vara con una actriz que quiere hacer carrera o con unos corresponsales de provincias, entiendes… Ni siquiera a Ackermann se le ocurriría llamar a Fred al móvil para saber de nosotros ni para volver a preguntar lo que hemos ganado con las entradas.

También hay que decir que, por lo general, es bastante malo para nuestra imagen.

Entre tú y yo, nosotros lo llamamos el desmadre a saco, y con eso te lo digo todo.

Desaparecen toneladas de estrés, luego está la satisfacción del trabajo terminado, todas esas bobinas bien guardaditas en sus cajas y mi *manager* que empieza a sonreír por primera vez desde hace meses; es demasiado de golpe y degenera fácilmente…

Al principio sí que intenté camelarme a Ambre pero cuando comprendí que estaba demasiado ciego para tirármela como es debido, pasé del tema.

Ella hizo como si nada, pero yo sé que entendió la situación perfectamente.

En un momento, cuando estaba en los retretes del restaurante, pronuncié lentamente su nombre delante del espejo que hay encima de los lavabos, pero en vez de respirar bien hondo y lavarme el

careto con agua fría para ir a decirle a la cara: «Cuando te miro, me duele la tripa como si estuviera delante de diez mil personas, por favor, acaba con esto y abrázame…», en vez de hacer eso, me di la vuelta y me dejé dos mil francos en género para empezar la noche.

Pasaron unos meses, se editó el disco… No te voy a decir más, es una época que cada vez aguanto peor: cuando ya no consigo estar solo con mis preguntas inútiles y mi música.

Fue otra vez Fred el que me vino a buscar con su Vmax negra para llevarme junto a ella. Quería enseñarnos su trabajo sobre la gira.

Me encontraba bien. Estaba contento de volver a ver a Vickie, a Nath y a Francesca que cantaban en directo conmigo. Todas seguían ahora su camino por otros derroteros. Francesca quería un disco en solitario y, una vez más, le prometí, de rodillas, que le compondría cosas inolvidables.

Su apartamento era minúsculo y nos pisábamos todos unos a otros. Bebíamos una especie de tequila rosa que su vecino de planta se había sacado de la manga. Era un argentino que medía por lo menos dos metros, sonreía todo el rato.

Yo alucinaba con sus tatuajes.

Me levanté. Sabía que estaba en la cocina. Me dijo:

—¿Vienes a ayudarme?

Le dije que no.

Ella me dijo:

—¿Quieres ver mis fotos?

Tenía ganas de decir otra vez que no, pero le dije:

—Sí, me gustaría.

Se fue a su habitación. Cuando volvió, cerró la puerta con llave y tiró al suelo con el brazo todo lo que había encima de la mesa. Metió mogollón de ruido porque había bandejas de aluminio.

Colocó su portafolio bien extendido sobre la mesa, y se sentó enfrente de mí.

Abrí el chisme y no vi más que mis manos.

Cientos de fotos en blanco y negro en las que sólo salían mis manos.

Mis manos sobre las cuerdas de las guitarras, mis manos alrededor del micro, mis manos a ambos lados de mi cuerpo, mis manos acariciando a la multitud, mis manos estrechando otras manos en los camerinos, mis manos sujetando un cigarro, mis manos tocando mi cara, mis manos firmando autógrafos, mis manos febriles, mis manos suplicando, mis manos lanzando besos, y mis manos pinchándose también.

Manos grandes y delgadas con venas como riachuelos.

Ambre jugueteaba con una chapa. Aplastaba unas migas.

—¿Esto es todo? —le dije.

Por primera vez, la miraba a los ojos durante más de un segundo.

—¿Estás decepcionado?

—No lo sé.

—He sacado tus manos porque es lo único en ti que no está descuajaringado.

—¿Tú crees?

Ella asintió con la cabeza y me llegaba el olor de su pelo.

—¿Y mi corazón?

Ella me sonrió y se inclinó por encima de la mesa.

—¿No está descuajaringado tu corazón? —contestó con una pequeña mueca de duda.

Se oían risas y golpes detrás de la puerta. Reconocía la voz de Luis que gritaba: «¡Necesitamos cubitos de hielo!».

Yo dije:

—Habría que verlo…

Daba la impresión de que iban a derribar la puerta con sus chorradas.

Ella puso sus manos sobre las mías y las miró como si las viera por primera vez. Dijo:

—Eso es lo que vamos a hacer.

Permiso

Siempre que hago algo pienso en mi hermano y, siempre que pienso en mi hermano, me doy cuenta de que él lo habría hecho mejor que yo.

Y así llevo ya veintitrés años.

No se puede decir del todo que esto me amargue, no, sólo me da una cierta lucidez.

Ahora, por ejemplo, estoy en el tren *corail* número 1.458 proveniente de Nancy. Estoy de permiso, el primero desde hace tres meses.

Bueno, para empezar, hago la mili como un simple pringado mientras que mi hermano la hizo como oficial de reserva, comía siempre en la mesa de los mandos y volvía a casa todos los fines de semana. Dejemos esto de lado.

Volvamos al tren. Cuando llego a mi asiento (que había reservado en el sentido de la marcha) me encuentro a una maruja sentada ahí con todos sus chismes de bordar sobre las rodillas. No me atrevo a decirle nada. Me siento delante de ella después de colocar mi enorme petate en el portaequipajes. En el compartimento también hay una chica bastante mona leyendo una novela sobre las hormigas. Tiene un grano en el borde del labio. Lástima, porque aparte de eso está potable.

He ido a comprarme un bocata en el vagón restaurante.

Y esto es lo que hubiese ocurrido de haber estado ahí mi hermano: le habría dedicado una gran sonrisa encantadora a la maruja enseñándole el billete, perdone, tal vez me equivoque yo, pero me parece que… Y la tía habría pedido perdón mil veces metiendo todos sus hilos en su bolso y se habría levantado precipitadamente.

Y en cuanto al bocata, le habría montado un numerito al camarero diciéndole que, por veintiocho francos, podrían haber puesto una loncha de jamón un poco más gruesa, y el camarero, con su ridículo chaleco negro le habría cambiado el bocata inmediatamente. Lo sé, ya le he visto en acción.

Y en cuanto a la chica, es aún más vicioso. La habría mirado de manera que ella se habría dado cuenta enseguida de que le interesaba.

Pero habría sabido al mismo tiempo exactamente que él se había fijado en su pequeño furúnculo. Y entonces, a ella le habría costado concentrarse en sus hormigas y no habría ido demasiado en plan creída, por si acaso.

Eso, si hubiese tenido intención de interesarse por ella.

Porque, de todas formas, los oficiales viajan en primera, y en primera, no está tan claro que las chicas tengan granos.

Yo me he quedado sin saber si la pijita era sensible a mis botas y a mi cabeza rapada porque me he dormido casi todo el viaje. Esta mañana nos han vuelto a despertar a las cuatro para hacer una chorrada de maniobras.

Marc, mi hermano, hizo la mili cuando terminó sus tres años de academia preparatoria y antes de empezar la escuela superior de

ingeniería. Tenía veinte años.

Yo la hago después de mi diploma técnico de dos años y antes de ponerme a buscar un curro en el campo de la electrónica. Tengo veintitrés.

Por cierto, mañana es mi cumpleaños. Mi madre ha insistido para que vuelva a casa. No me gustan mucho los cumpleaños, ya empezamos a ser mayorcitos. Pero, bueno, lo hago por ella.

Vive sola desde que mi padre se largó con la vecina el día en que hacían diecinueve años de matrimonio. Simbólicamente, se puede decir que fue bastante fuerte.

Me cuesta entender por qué no ha vuelto a salir con nadie. Hubiera podido, y todavía podría incluso pero…, no sé. Marc y yo hablamos de ello sólo una vez y estábamos de acuerdo, creemos que ahora le da miedo. Ya no quiere arriesgarse a que la vuelvan a abandonar. Durante un tiempo le dimos la vara para que se apuntara a un chisme de esos de encuentros, pero nunca quiso.

Desde entonces, acogió en casa a dos perros y a un gato, así que, claro…, con un zoo así, es una misión imposible encontrar un tío que valga la pena.

Vivimos en Essone, cerca de Corbeil, en un chalecito en la nacional 7. No está mal, es un sitio tranquilo.

Mi hermano no dice nunca chalé, dice casa. Le parece que la palabra chalé queda paleta.

Mi hermano no superará nunca el no haber nacido en París.

París. No habla nunca de otra cosa. Yo creo que el día más bonito de su vida fue cuando se compró su primer abono de transporte de cinco zonas. Para mí, París o Corbeil, tanto da.

Una de las pocas cosas que recuerdo del colegio es la teoría de un gran filósofo de la Antigüedad que decía que lo importante no es

el lugar en el que uno se encuentra, sino el estado de espíritu en el que está.

Me acuerdo de que le escribía eso a uno de sus colegas que tenía morriña y quería viajar. El otro le decía más o menos que no valía la pena, puesto que iba a cargar con él todo su mogollón de movidas. El día en que el profe nos contó eso, mi vida cambió.

Es una de las razones por las cuales he elegido un oficio manual.

Prefiero que sean mis manos las que piensen. Es más fácil.

En la mili te encuentras con un buen puñado de estúpidos. Vivo con unos tíos que antes no habría podido ni imaginarme. Duermo con ellos, me aseo con ellos, como con ellos, e incluso a veces hago el ganso con ellos, juego a las cartas con ellos y, sin embargo, todo en ellos me revuelve las tripas. No es cuestión de que yo sea un esnob o no, es sencillamente que esos tíos no tienen nada. No estoy hablando de sensibilidad, no, eso es como un insulto, hablo de tener un peso.

Sé que no me explico bien, pero yo me entiendo, si coges a uno de estos tíos y lo pones en una balanza, por supuesto, sabrás su peso, pero en realidad no pesa nada…

No hay nada en ellos que pueda considerarse materia. Como fantasmas, puedes pasar el brazo a través de su cuerpo y sólo tocas un vacío ruidoso. Ellos te dirán que si pasas el brazo a través de su cuerpo, sobre todo te juegas una hostia. Buaj.

Al principio tenía insomnio por culpa de todos esos gestos y de esas palabras increíbles que dicen, pero ahora ya me he acostumbrado. Dicen que el ejército cambia a los hombres; a mí, personalmente, el ejército me ha hecho aún más pesimista que antes.

Ni de coña puedo creer en Dios o en un Ente Superior porque no es posible haber creado a propósito lo que veo todos los días en el cuartel de Nancy-Bellefond.

Tiene gracia, me doy cuenta de que le doy al tarro mucho más cuando voy en el tren de largo recorrido o en el cercanías… Así que, con todo, el ejército tiene algo de bueno al final.

Cuando llego a la estación del Este siempre espero secretamente que haya alguien esperándome. Es una chorrada. Por mucho que sepa que mi madre está currando todavía a estas horas y que Marc no es el tipo de persona que se cruce toda la periferia para llevarme el petate, siempre tengo esa esperanza idiota.

Una vez más, no ha fallado, antes de bajar las escaleras mecánicas para coger el metro, he echado una última mirada a mi alrededor por si había alguien… y cada vez, en las escaleras mecánicas, el petate me parece más pesado.

Quisiera que alguien me esperara en alguna parte… Tampoco es nada del otro mundo.

Bueno, venga, ya es hora de volver a casa y de darme de leches con Marc, porque estoy empezando a comerme ya demasiado el tarro y se me van a fundir los plomos. Mientras espero voy a fumarme un cigarro en el andén. Está prohibido, ya lo sé, pero que vengan a darme la vara que les saco mi carné militar.

¡Yo trabajo para la paz, caballero! Yo me he levantado a las cuatro de la madrugada por la patria, señora.

Ni un alma en la estación de Corbeil… eso ya me jode más. A lo mejor se les ha olvidado que llegaba esta noche…

Me voy andando. Estoy demasiado hasta el gorro del transporte colectivo. De lo que estoy hasta el gorro es de todas las cosas colectivas, creo.

Me cruzo con tíos del barrio que iban conmigo a clase. No tienen muchas ganas de estrecharme la mano, porque claro, un militroncho, mal rollo.

Me paro en el bar que hay en la esquina de mi calle. Si me hubiese tirado menos tiempo en ese bar es probable que no corriera el riesgo de tener que apuntarme al paro dentro de seis meses. Hasta hace poco me pasaba más tiempo detrás del *pinball* que en clase… Esperaba hasta las cinco y, cuando aparecía la gente, a los que se habían tragado el rollo de los profes todo el día les revendía las partidas gratis que había ganado. Para ellos era un buen negocio: les costaba la mitad y tenían la oportunidad de grabar sus iniciales en el cuadro de honor.

Todo el mundo encantado y yo me compraba mis primeros paquetes de cigarrillos. Juro que entonces me creía el rey. El rey de los gilipollas, eso es lo que era.

El dueño del bar me dice:

—¿Qué hay?… ¿Sigues en el ejército?

—Pues sí.

—¡Eso está bien!

—Sí.

—Ven a verme un día después de cerrar para que charlemos un poco… También hay que decir que yo estaba en la Legión, y eso era otra historia… No nos habrían dejado salir por cualquier chorrada, eso te lo digo ya.

Y venga a hablar el borracho este de sus recuerdos de cuando la guerra.

La Legión…

Estoy cansado. Estoy hasta el gorro de este petate que se me clava en el hombro y el bulevar no se acaba nunca. Cuando llego a mi casa la verja está cerrada.

Joder, esto ya es el colmo. Me entran como ganas de llorar.

Llevo de pie desde las cuatro de la mañana, acabo de cruzar la mitad del país en unos vagones apestosos y ahora digo yo que ya sería hora de darme un respiro, ¿no?

Los perros me estaban esperando. Entre *Bozo* que aúlla de alegría a muerte y *Micmac* que pega saltos de tres metros…, vaya fiesta. ¡*Esto* sí que es un recibimiento!

Tiro la bolsa por encima de la verja y trepo por el muro como cuando nos escapábamos con los vespinos por ahí. Mis dos perros se me abalanzan encima y, por primera vez desde hace semanas, me siento mejor. Así que, al final sí que hay seres vivos que me quieren y me esperan en este pequeño planeta. Venid aquí, preciosos. Hola, bonito, hola, bonito, hola…

La casa está a oscuras.

Dejo el petate a mis pies sobre el felpudo, lo abro y me pongo a buscar las llaves que están al fondo del todo debajo de kilos y kilos de calcetines sucios.

Los perros van delante de mí y voy a encender la luz del pasillo… No hay luz.

Joderrr. Joderrr.

En ese momento, oigo al cabrón de Marc que dice:

—Eh, podrías mostrarte más educado delante de tus invitados.

Todavía está oscuro. Le contesto:

—¿Pero qué chorradas dices?…

—Desde luego, eres incorregible, soldado raso limpialetrinas. Se acabaron las palabrotas, hemos dicho. Aquí no estamos en el cuartel de Villapaletos de Abajo, así que modera tu lenguaje o no enciendo la luz.

Y la enciende.

Lo que faltaba. Todos mis colegas y la familia en el salón con una copa en la mano cantando *Cumpleaños feliz* bajo las guirnaldas.

Mi madre me dice:

—Pero deja la bolsa, hijo.

Y me trae una copa.

Es la primera vez que me hacen una cosa así. No debo de tener muy buena pinta con mi careto alucinado.

Voy a estrecharle la mano a todos y a dar un beso a mi abuela y a mis tías.

Cuando llego adonde está Marc, amago que le doy una hostia, pero está con una chica. La coge por la cintura. Y yo, nada más mirarla, ya sé que estoy enamorado de ella.

Le doy un puñetazo en el hombro y señalándola con la barbilla, le pregunto a mi hermano:

—¿Es mi regalo?

—Ni en tus mejores sueños, capullo —me contesta él.

Sigo mirándola. Siento como una noria en el estómago. Qué dolor tengo y qué guapa es.

—¿No la reconoces?

—No.

—Sí, hombre, es Marie, la amiga de Rebecca…

—¿…?

Ella me dice:

—Estuvimos en las mismas colonias. En Glénans, ¿no te acuerdas?…

—No, lo siento —digo que no con la cabeza y los dejo plantados. Voy a servirme algo de beber.

Joder que si me acuerdo. Todavía tengo pesadillas del cursillo de vela. Mi hermano que era siempre el mejor, el enchufado de los monitores, moreno, musculoso, seguro de sí mismo. Por la noche se leía el libro y, luego, a bordo lo comprendía todo enseguida. Mi hermano que se colocaba en el trapecio y salpicaba gritando por encima de las olas. Mi hermano que no se iba nunca a pique.

Todas esas chicas con sus tetitas que le miraban con ojos de carnero degollado y que sólo pensaban en la fiesta de la última noche.

Todas esas chicas que le habían apuntado su dirección en el brazo con rotulador en el autocar mientras él fingía dormir. Y las que lloraban delante de sus padres al ver que se alejaba hacia nuestro cuatro latas familiar.

Y yo…, yo que me mareaba.

Me acuerdo muy bien de Marie. Una noche, ella le contaba a los demás que había visto a una pareja enrollándose en la playa y que había oído el sonido de la goma de la braga de la chica.

—¿Cómo era el ruido? —le pregunté yo para que le diera corte.

Y ella, mirándome fijamente a los ojos, se coge un pellizco de la braga a través de la tela del vestido, tira de ella, y la suelta.

Clac.

—Así —me responde sin dejar de mirarme.

Yo tenía once años.

Marie.

Joder que si me acuerdo. Clac.

Cuanto más iba avanzando la noche, menos ganas tenía de hablar de la mili. Cuanto menos la miraba, más ganas tenía de tocarla.

Estaba bebiendo demasiado. Mi madre me ha lanzado una mirada de mala leche.

Me he salido al jardín con dos o tres colegas del diploma técnico. Hablábamos de las cintas que pensábamos alquilar y de los coches que jamás podríamos comprarnos. Michael se había puesto un equipo de música cojonudo en su Peugeot 106.

Casi diez mil francos para escuchar tecno…

Me he sentado en el banco de hierro. El que mi madre me pide todos los años que vuelva a pintar. Dice que le recuerda al jardín de las Tullerías.

Me estaba fumando un cigarro mirando las estrellas. No me sé muchas. Así que, en cuanto tengo ocasión, las busco. Conozco cuatro.

Ésta es otra cosa más del libro de Glénans que no he conseguido recordar.

La he visto llegar desde lejos. Me sonreía. Yo le miraba los dientes y la forma de sus pendientes.

Sentándose a mi lado, me dice:

—¿Puedo?

No he contestado nada porque volvía a dolerme la tripa.

—¿De verdad no te acuerdas de mí?

—No, no es verdad.

—¿Te acuerdas?

—Sí.

—¿De qué te acuerdas?

—Me acuerdo de que tenías diez años, que medías uno veintinueve, que pesabas veintiséis kilos y que habías tenido paperas el año anterior, me acuerdo de la revisión médica. Me acuerdo de que vivías en Choisy-le-Roi y entonces me habría costado cuarenta y dos francos ir a verte en tren. Me acuerdo de que tu madre se llamaba Catherine y tu padre Jacques. Me acuerdo de que tenías una tortuga de agua que se llamaba *Candy* y tu mejor amiga tenía un conejillo de indias que se llamaba *Anthony*. Me acuerdo de que tenías un bañador verde con estrellas blancas y tu madre te había hecho un albornoz con tu nombre bordado. Me acuerdo de que lloraste una mañana porque no había correo para ti. Me acuerdo de que te pegaste purpurina en las mejillas la noche de la fiesta y que Rebecca y tú hicisteis un espectáculo con la música de *Grease*…

—¡Caray, tío, qué memoria tienes!

Está aún más guapa cuando se ríe. Se echa para atrás. Se pasa las manos por los brazos para calentárselos.

—Toma —le digo quitándome mi jersey gordo.

—Gracias… pero ¿y tú? ¡¿Tendrás frío?!

—No te preocupes por mí.

Me mira de otra manera. Cualquier chica habría comprendido lo que ella ha comprendido en ese momento.

—¿De qué más te acuerdas?

—Me acuerdo de que una noche me dijiste delante del hangar de los Optimists que te parecía que mi hermano era un chulo…

—Sí, es verdad, te dije eso, y tú me contestaste que no era verdad.

—Porque no lo es. Marc hace mogollón de cosas con facilidad, pero no es un chulo. Sencillamente, las hace.

—Siempre has defendido a tu hermano.

—Sí, es mi hermano. Bueno, y tú tampoco le encuentras muchos defectos ahora, ¿no?

Se levanta y me pregunta si se puede quedar con mi jersey.

Yo también le he sonreído. A pesar del mogollón de fango y de miseria en el que me debatía, me sentía feliz como nunca.

Mi madre se ha acercado cuando yo todavía seguía sonriendo como un idiota. Me ha dicho que se iba a dormir a casa de mi abuela, que las chicas tenían que dormir en el primer piso y los chicos en el segundo…

—Vale, mamá, que ya no somos unos críos…

—Y no te olvides de asegurarte de que los perros estén dentro antes de cerrar y…

—Eh, mamá…

—Déjame que me preocupe si quiero, bebéis todos como cosacos y tú, tú pareces estar completamente borracho…

—En este caso no se dice borracho, mamá, se dice «ido». Sabes, estoy ido…

Se ha alejado encogiéndose de hombros.

—Por lo menos ponte algo encima, que te vas a morir de un resfriado.

Me he fumado tres cigarrillos más para darme tiempo para pensar y luego he ido a ver a Marc.

—Eh…

—¿Qué?

—Marie…

—¿Qué?

—¿Me la dejas?

—No.

—Te voy a partir la cara.

—No.

—¿Por qué?

—Porque esta noche has bebido demasiado y necesito conservar mi carita de ángel para ir a currar el lunes.

—¿Por qué?

—Porque presento un trabajo sobre la incidencia de los fluidos en un perímetro dado.

—¿No me digas?

—Sí.

—Lo siento.

—No te preocupes.

—¿Y qué hay de Marie?

—¿Marie? Es para mí.

—No estés tan seguro.

—¿Tú qué sabes?

—Ah… Será el sexto sentido del soldado de artillería.

—Sí, seguro, lo que tú digas.

—Mira, soy un *pringao*, no puedo intentar nada. Así son las cosas, soy gilipollas, ya lo sé. Así que hay que encontrar una solución por lo menos para esta noche, ¿vale?

—Me lo estoy pensando…

—Pues date prisa, que luego voy a estar demasiado ciego.

—Al futbolín…

—¿Qué?

—Nos la jugamos al futbolín.

—No es muy galante.

—Quedará entre tú y yo, *gentleman* de los cojones que intenta llevarse las novias de los demás.

—Vale. ¿Pero cuándo?

—Ahora. En el bajo.

—¿¿¡Ahora!??

—*Yes, sir*.

—Voy para allá, voy a prepararme un buen tazón de café.

—Y otro para mí, anda…

—No hay problema. Mearé dentro y todo.

—Militroncho cretino.

—Vete a practicar. Ve a decirle adiós.

—Muérete.

—No te preocupes, anda, ya la consolaré yo.

—Sí, cuenta con ello.

Nos hemos bebido los cafés hirviendo encima del fregadero. Marc ha bajado el primero. Mientras tanto, he metido las dos manos en el paquete de harina. ¡Pensaba en mi madre cuando nos hacía filetes empanados!

Ahora tenía ganas de mear, hay que ser tonto. Sujetársela con dos escalopes *cordon-bleu* no es la cosa más práctica del mundo…

Antes de bajar la escalera, la he buscado con la mirada para darme fuerzas porque, yo seré un as del *pinball*, pero el futbolín es el feudo de mi hermano.

He jugado de pena. La harina, en vez de ayudarme a no sudar, me formaba como unas bolitas blancas en la punta de los dedos.

Además, Marie y los demás han bajado cuando íbamos empatados a seis y, a partir de ese momento, he tirado la toalla. Sentía que se movía a mi espalda y mis manos se resbalaban. Olía su perfume y se me olvidaban los delanteros. Oía el sonido de su voz y encajaba gol tras gol.

Cuando mi hermano ha colocado el marcador a diez a su favor he podido por fin limpiarme las manos en los muslos. Se me han quedado los vaqueros completamente blancos.

Marc me ha mirado con un aire de cabrón que lo siente sinceramente.

Feliz cumpleaños, he pensado yo.

Las chicas han dicho que querían acostarse y nos han pedido que les enseñáramos su habitación. Yo he dicho que iba a dormir en el sofá del salón para terminarme los culos de las botellas tranquilamente y que no viniese ya nadie a molestarme.

Marie me ha mirado. He pensado que si hubiera medido uno veintinueve y pesado veintiséis kilos en ese momento, me la habría podido meter dentro de la cazadora para llevármela a todas partes conmigo.

Y, después, la casa se ha quedado en silencio. Las luces se han apagado una tras otra y ya sólo se oía alguna risa ahogada aquí y allá.

Me imaginaba que Marc y sus colegas estaban haciendo el imbécil llamando a su puerta.

He llamado a los perros y he cerrado la puerta de entrada con llave.

No conseguía dormirme. Por supuesto.

Me estaba fumando un cigarro en la oscuridad. En la habitación no se veía más que un puntito rojo que se movía de vez en cuando. Y luego he oído un ruido. Como si estuvieran arrugando papel. Primero he pensado que alguno de los perros estaba haciendo una travesura. He llamado:

—¿*Bozo*?… ¿*Micmac*?…

No ha habido respuesta, y el ruido aumentaba y, además, ras ras, como si despegaran cinta de celo.

Me he incorporado y he alargado el brazo para encender la luz.

Estoy soñando. Marie está desnuda en el centro de la habitación cubriéndose el cuerpo con los papeles de regalo. Tiene papel azul en el pecho izquierdo, plateado en el derecho y lazos enrollados alrededor de los brazos. El papel de estraza que envolvía el casco de moto que me ha regalado mi madre le sirve de taparrabos.

Camina medio desnuda en medio de los envoltorios, entre ceniceros llenos y vasos sucios.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No se ve?

—Pues no… la verdad es que no…

—¿No has dicho antes, al llegar, que querías un regalo?

Seguía sonriendo y se ataba un lazo rojo alrededor de la cintura.

Me he levantado de golpe.

—Eh, no te embales —le he dicho.

Y mientras le decía eso, me preguntaba si «no te embales» quería decir: no te tapes la piel así, déjamela, por favor.

O si «no te embales» quería decir: no vayas demasiado rápido, sabes, no sólo todavía me mareo, sino que, además, mañana me vuelvo a marchar de soldado raso a Nancy, así que, como tú comprenderás…

El suceso del día

Sería mejor que me fuera a la cama, pero no puedo. Me tiemblan las manos.

Creo que debería escribir una especie de informe.

Estoy acostumbrado a hacerlo. Redacto uno a la semana, los viernes por la tarde, para Guillemin, mi responsable.

Esta vez será para mí.

Me digo: «Si lo cuentas con todo detalle, si te aplicas bien, al final, cuando lo releas, podrás creer durante dos segundos que el gilipollas de la historia es otro tío, no tú, y entonces tal vez puedas juzgarte objetivamente. Tal vez».

Así que heme aquí. Estoy sentado delante de mi pequeño portátil, el que uso normalmente para el trabajo, oigo el ruido del lavaplatos en el piso de abajo.

Mi mujer y mis hijos están en la cama desde hace mucho tiempo. Mis hijos sé que están durmiendo, mi mujer, seguro que no. Me acecha. Intenta saber. Pienso que tiene miedo porque ya sabe que me ha perdido. Las mujeres sienten esas cosas. Pero no puedo tumbarme junto a ella y dormirme, ella lo sabe. Es necesario que escriba todo esto ahora por esos dos segundos que serán tal vez tan importantes, si es que lo consigo…

Empiezo por el principio.

Me contrataron en la empresa Paul Pridault el uno de septiembre de 1995. Antes trabajaba con un competidor, pero empezaban a

acumularse demasiados detallitos irritantes como, por ejemplo, que me pagaran las facturas de gastos con seis meses de retraso, y me dio el pronto de largarme de allí y dejarlo todo.

Me quedé casi un año en paro.

Todo el mundo creía que me iba a volver majara por quedarme todo el día en casa esperando a que me llamaran por teléfono de la empresa de trabajo temporal a la que me había apuntado.

Sin embargo, es una época de la que guardaré siempre un buen recuerdo. Pude por fin terminar la casa. Todo lo que Florence me reclamaba desde hacía tanto tiempo: colgué todas las barras de las cortinas, instalé una ducha en el cuartito del fondo, alquilé un motocultivador y removí todo el jardín antes de poner un precioso césped nuevo.

Por la tarde iba a recoger a Lucas que estaba con la nodriza y luego íbamos al colegio a buscar a su hermana mayor. Les preparaba grandes meriendas con chocolate caliente. Nada de Nesquik, sino verdadero cacao removido que les dibujaba unos magníficos bigotes. Después, en el cuarto de baño, nos mirábamos en el espejo antes de lamerlos.

En el mes de junio, cuando me di cuenta de que el pequeño ya no iría a casa de la señora Ledoux, la nodriza, porque tenía edad de ir al jardín de infancia, volví a buscar trabajo en serio, y en agosto lo encontré.

Soy agente comercial de todo el gran Oeste de la empresa Paul Pridault. Es una gran empresa de embutidos de cerdo. Para entendernos, es como una charcutería, pero a escala industrial.

La genialidad del tío Pridault es su jamón envuelto en un verdadero trapo de cuadritos rojos y blancos. Por supuesto es un jamón de fábrica, hecho con cerdos de fábrica, por no hablar del famoso trapo de pueblo que lo fabrican en China, pero no quita que sea famoso por eso y ahora —así lo demuestran todos los estudios

de mercado— si se le pregunta a un ama de casa con su carrito en el supermercado lo que le evoca Paul Pridault, contestará «el jamón envuelto en un trapo» y si se insiste, dirá que el jamón del trapo tiene que ser mejor que los otros a la fuerza, por su saborcillo auténtico.

Chapeau, artista.

Nuestro volumen de negocios anual neto es de treinta y cinco millones de francos.

Me paso más de la mitad de la semana al volante del coche de la empresa. Un Peugeot 306 negro con una calcomanía de una cabeza de cerdo riéndose a cada lado.

La gente no tiene ni idea de la vida que llevan las personas que trabajan en la carretera, los camioneros y todos los representantes.

Es como si hubiera dos mundos en la autopista: los que van de paseo y nosotros.

Es todo un conjunto de cosas. Primero está la relación con el vehículo.

Desde el Clío 1 L2 hasta los enormes semirremolques alemanes, cuando nos montamos en ellos, se convierten en nuestra casa. Es nuestro olor, nuestra leonera, el asiento ha tomado la forma de nuestro culo, y mejor no chincharnos demasiado con eso. Por no hablar de la emisora, que es un reino inmenso y misterioso con códigos que poca gente entiende. Yo no la uso mucho, la pongo bajita de vez en cuando, cuando huele a chamusquina, pero nada más.

Luego también está todo lo que tiene que ver con la comida. Los mesones del Cheval Blanc, los restaurantes de carretera, las promociones de L'Arche. Los platos del día, las jarras de vino, los manteles de papel. Todas esas caras que te cruzas y que no volverás a ver…

Y los culos de las camareras, que están clasificados, puntuados y actualizados mejor que en la guía Michelin (la llaman la guía Michelina).

Está el cansancio, los itinerarios, la soledad, los pensamientos. Siempre los mismos y dando siempre vueltas en la nada.

La barriga que empiezas a echar despacito, y las putas.

Todo un universo que crea una barrera infranqueable entre los que son de la carretera y los que no lo son.

En grandes líneas, mi trabajo consiste en visitar la propiedad.

Estoy en contacto con los responsables de alimentación de las pequeñas y grandes superficies. Juntos definimos estrategias de lanzamiento, perspectivas de venta y reuniones de información sobre nuestros productos.

Para mí, es un poco como si me paseara por ahí con una chica guapa del brazo alabando sus encantos y sus méritos. Como si quisiese encontrarle un buen partido.

Pero no basta con colocarla, también se tienen que ocupar bien de ella, y cuando tengo ocasión, tanteo a las vendedoras para saber si ponen el producto en primera fila, si no intentan colar un producto de calidad inferior, si el trapo está bien extendido como en la tele, si las *andouillettes* tienen bastante gelatina, si los patés están en tarrinas de verdad a la antigua, si los salchichones están colgados como si se estuvieran secando, y si, y si, y si…

Nadie repara en esos pequeños detalles y, sin embargo, es lo que marca la diferencia de Paul Pridault.

Sé que hablo demasiado de mi trabajo y que no tiene nada que ver con lo que tengo que escribir.

Da la casualidad de que es carne de cerdo, pero también podría haber vendido barras de labios o cordones para los zapatos. Lo que me gusta son los contactos, charlar y conocer un poco el país. Sobre todo no estar encerrado en un despacho con un jefe pegado a mí todo el día. El mero hecho de hablar de ello me angustia.

El lunes 29 de septiembre de 1997 me levanté a las seis menos cuarto. Recogí mis cosas sin hacer ruido para que mi mujer no se quejara. Luego me duché rápidamente porque sabía que no tenía una gota de gasolina y quería aprovechar para controlar la presión de los neumáticos.

Me tomé el café en la estación de servicio de Shell. Es algo que odio. El olor a diésel mezclado con el del café dulce siempre me da un poco ganas de vomitar.

Mi primera cita era a las ocho y media en Pont-Audemer. Ayudé a los reponedores de Carrefour a montar un nuevo expositor para nuestros platos al vacío. Es una novedad que acabamos de sacar en asociación con un gran chef. (Hay que ver las libertades que se toma para que se vea bien su cara simpática y su gorro en el envase, pero bueno…).

La segunda cita estaba prevista a las diez en la zona industrial de Bourg-Achard.

Iba un poco retrasado, sobre todo porque había niebla en la autopista.

Apagué la radio porque necesitaba pensar.

Me preocupaba esa entrevista, sabía que estábamos en el banquillo con un competidor importante y para mí era un gran reto. De hecho, estuve a punto de pasarme la salida.

A la una recibí una llamada de mi mujer asustadísima:

—Jean-Pierre, ¿eres tú?

—¿Y quién quieres que sea?

—… Dios mío… ¿Estás bien?

—¿Por qué me lo preguntas?

—¡Pues por lo del accidente, por qué va a ser! ¡Llevo dos horas intentando llamarte al móvil pero dicen que las líneas están saturadas! ¡Llevo dos horas estresándome como una loca! ¡Te he

llamado a la oficina diez veces por lo menos! ¡Joder! Me podrías haber llamado, joder, tú también…

—Pero, pero ¿de qué estás hablando…, de qué estás hablando?

—Del accidente que ha habido esta mañana en la A-13. ¿No tenías que tomar hoy la A-13?

—¿Pero qué accidente?

—¡Yo alucino! ¡¡¡Y eres TÚ el que escucha France Info todo el día!!! La gente no habla de otra cosa. ¡Incluso en la tele! Del horrible accidente que ha ocurrido esta mañana cerca de Rouen.

—…

—Bueno, venga, te dejo, que tengo mucho que hacer… No he hecho nada desde esta mañana, ya me veía viuda. Ya me veía tirando un puñado de tierra en la tumba. Me ha llamado tu madre, me ha llamado la mía… No veas qué mañanita.

—¡Pues no, hija, lo siento… otra vez será! Tendrás que esperar un poco todavía antes de librarte de mi madre.

—Mira que eres tonto.

—…

—…

—Eh, Flo…

—¿Qué?

—Te quiero.

—No me lo dices nunca.

—¿Y ahora? ¿Qué estoy haciendo ahora?

—… Venga… hasta esta noche. Llama a tu madre, porque si no, la que la va a palmar es ella.

A las siete de la tarde vi las noticias regionales. Qué horror.

Ocho muertos y sesenta heridos.

Coches aplastados como latas.

¿Cuántos?

¿Cincuenta? ¿Cien?

Tráilers volcados y completamente calcinados. Decenas y decenas de ambulancias del SAMU. Un gendarme que habla de imprudencia, de exceso de velocidad, de la niebla que habían anunciado la víspera y de algunos cuerpos que no han podido aún ser identificados. Personas azoradas, silenciosas, llorando.

A las ocho escuché los titulares de las noticias de TF1. Nueve muertos esta vez.

Florence grita desde la cocina:

—¡Deja eso ya! ¡Déjalo! Ven aquí conmigo.

Brindamos en la cocina. Pero fue por ella, porque yo no tenía ganas.

Fue entonces cuando me asusté. No pude comer nada y estaba sonado como un boxeador demasiado lento.

Como no conseguía dormir, mi mujer me hizo el amor muy despacito.

A medianoche volví otra vez al salón. Encendí la tele sin poner el sonido y busqué un cigarro por todas partes.

A las doce y media subí un poquito el volumen para el último telediario. No conseguía apartar la mirada del amasijo de chapa que se extendía en los dos sentidos de la autopista.

Qué estupidez.

Me decía a mí mismo: «Mira que son gilipollas algunos».

Y luego apareció un camionero en la pantalla. Llevaba una camiseta que ponía Le Castellet. No se me olvidará jamás su cara.

Esa noche, en mi salón, ese tío dijo:

—Vale, había niebla, y seguro que la gente conducía demasiado deprisa, pero toda esta mierda no hubiera ocurrido nunca si este otro gilipollas no hubiese retrocedido para coger la salida de Bourg-Achard. Claro, yo lo he visto todo desde la cabina. Han frenado dos a mi lado y luego he oído a los demás empotrarse como si fueran de mantequilla. Créanme si pueden, pero no veía nada en los retrovisores. Nada. Todo blanco. Espero que no te quite el sueño, cabronazo.

Esto es lo que me dijo. A mí.

A mí, Jean-Pierre Faret, en pelotas en mi salón.

Fue ayer.

Hoy he comprado todos los periódicos. En la página 3 de *Le Figaro* del martes 30 de septiembre pone:

> UN POSIBLE ERROR DE CONDUCCIÓN
>
> El error de un conductor, que al parecer dio marcha atrás en el intercambiador de Bourg-Achard (Eure) podría ser la causa del encadenamiento que causó la muerte ayer por la mañana a nueve personas en una serie de colisiones en la autopista A-13. Este error podría haber causado la primera colisión, en el sentido hacia París, y el incendio del camión cisterna que se produjo justo después. Se piensa entonces que las llamas hayan podido llamar la atención de…

Y en la página 3 del *Parisien*:

> LA ESPANTOSA HIPÓTESIS DE UN ERROR DE CONDUCCIÓN
>
> La imprudencia, o incluso, la inconsciencia de un automovilista podrían ser la causa del drama traducido en ese indescriptible amasijo de chapa machacada del cual se retiraron ayer por la mañana a nueve personas al menos en la autopista A-13. En efecto, los gendarmes recogieron un espantoso testimonio según el

> cual un vehículo dio marcha atrás para tomar por la salida de Bourg-Achard, a una veintena de kilómetros de Rouen. Fue al querer evitar a este vehículo cuando los…

Y por si no fuera suficiente…:

> Al querer cruzar la autopista para socorrer a los heridos, han muerto dos personas más, atropelladas por un coche. En menos de dos minutos, un centenar de vehículos, tres tráilers…
> (*Libération*, mismo día).

Ni siquiera veinte metros, apenas, sólo pisé un poco las rayas blancas.

Fueron sólo unos segundos. Ya se me había olvidado.

Dios mío…

No lloro.

Florence vino a buscarme al salón a las cinco de la mañana.

Se lo conté todo. Por supuesto.

Durante largos minutos se quedó sentada sin moverse con las manos sobre la cara.

Miraba a la derecha, y luego a la izquierda, como buscando aire, y luego me dijo:

—Escúchame bien. Tú no digas nada. Sabes que si no, te van a inculpar por homicidio involuntario e irás a la cárcel.

—Sí.

—¿Y entonces qué? ¿Y entonces qué? ¿Qué cambiará? ¡Otras vidas más jodidas y, ¿qué cambiará?!

Lloraba.

—De todas maneras, ya está, mi vida está ya jodida.

Gritaba.

—¡La tuya a lo mejor, pero no la de los niños! ¡Así que no digas nada!

Yo no conseguía gritar.

—Hablemos de los niños. Mira a éste. Míralo bien.

Y le tendí el periódico, en la página en que se veía a un niño pequeño llorando en la autopista A-13.

Un niño pequeño que se aleja de un coche irreconocible.

Una foto en el periódico.

En la sección «El suceso del día».

—… Tiene la edad de Camille.

—¡¡¡Pero maldita sea, déjalo ya!!! —es lo que grita mi mujer cogiéndome por el cuello de la camisa—… ¡Déjalo ya, mierda! ¡Ahora te callas! Te voy a hacer una pregunta. Una sola. ¿Para qué sirve que un tío como tú vaya a la cárcel? Eh, dime, ¡¿para qué serviría?!

—Para consolarlos.

Se marchó hundida.

La oí encerrarse en el cuarto de baño.

Esta mañana, delante de ella, he asentido con la cabeza pero ahora, esta noche, en mi casa silenciosa, con sólo el lavaplatos como ruido de fondo…

Estoy perdido.

Voy a bajar, voy a beberme un vaso de agua y me voy a fumar un cigarro en el jardín. Luego voy a subir y me lo voy a volver a leer todo de un tirón a ver si me ayuda.

Aunque no lo creo.

Catgut

Al principio, nada estaba previsto así. Había contestado a un anuncio de *La Semaine Vétérinaire* para una sustitución de dos meses, en agosto y septiembre. Y luego el tío que me contrató se mató en la carretera volviendo de vacaciones. Afortunadamente, no había nadie más en el coche.

Y me quedé. Incluso compré la casa. Es una buena clientela. A los normandos les cuesta pagar, pero acaban haciéndolo.

Los normandos son como todos los catetos, las opiniones, una vez que se les meten en la cabeza, ahí se quedan para siempre… y una mujer, para los animales, mala cosa. Para alimentarlos, para ordeñarlos y para limpiar la mierda, vale. Pero para las inyecciones, los partos, los cólicos y las metritis, está por ver.

Se vio. Después de varios meses de calibrar, terminaron por ofrecerme esa copita en la mesa de la cocina.

Por supuesto, durante las mañanas, no hay problema. Atiendo en la consulta. Me traen sobre todo perros y gatos. Varios casos: me lo traen para pincharlo porque el padre es incapaz de hacerlo y el animal sufre demasiado, me lo traen para curarlo porque éste es bueno para la caza o, ya menos frecuente, me lo traen para la vacuna, y entonces, es un parisino.

Lo peor al principio eran las tardes. Las visitas. Los establos. Los silencios. Hay que verla trabajar, luego ya se dirá. Cuánta

desconfianza y, me imagino yo, cuántas burlas por la espalda. Sí que he debido dar motivo de risas en el café con mis prácticas y mis guantes estériles. Además, me llamo Pernil. Doctora Pernil. Vaya descojone.

Terminé por olvidar mis fotocopias y mi teoría, esperé en silencio yo también, delante del animal, a que el propietario me escupiera pedazos de explicación para ayudarme.

Y luego, sobre todo, y es gracias a lo que estoy todavía aquí, me compré unas pesas.

Ahora, si tuviera que dar algún consejo (con todo lo que ha ocurrido, me extrañaría que me pidiera alguien alguno) a un joven que quisiera ser veterinario rural, le diría: músculo, mucho músculo. Es lo más importante. Una vaca pesa entre quinientos y ochocientos kilos, un caballo entre setecientos kilos y una tonelada. Eso es todo.

Imaginaos una vaca que tiene problemas para parir. Por supuesto es de noche, hace mucho frío, el establo está sucio y apenas hay luz.

Bueno.

La vaca sufre, el granjero está triste, la vaca es su ganapán. Si el veterinario le sale más caro que el precio de la carne que va a nacer hay que pensárselo… Tú dices:

—El ternero está mal colocado. Hay que darle la vuelta y saldrá solo.

El establo se anima, han sacado de la cama al mayor y detrás de él ha venido la hermana pequeña. Para una vez que ocurre algo.

Mandas atar al animal. Bien atado. Nada de patadas. Te desnudas, te quedas en camiseta. Hace frío de golpe. Buscas un grifo y te lavas bien las manos con un trozo de jabón que anda por ahí. Te pones los guantes que te llegan hasta debajo de los sobacos. Con la mano izquierda te apoyas en la vulva enorme y adelante.

Vas a buscar el ternero de sesenta o setenta kilos al fondo de la matriz y le das la vuelta. Con una sola mano.

Lleva tiempo pero lo haces. Después, te acuerdas de tus pesas cuando te tomas un Calvados, al calorcito, para recuperarte.

Otra vez, el ternero no saldrá, hay que abrir y es más caro. El tío te mira y según tu mirada tomará una decisión. Si tu mirada inspira confianza y si haces un gesto hacia tu coche como para coger el material, dirá que sí.

Si tu mirada está vuelta hacia los otros animales y si haces un gesto pero como para irte, dirá que no.

Otra vez también, el ternero está ya muerto y no hay que lastimar a la novilla, entonces se le corta en trocitos y se sacan uno después de otro, siempre con el guante.

Luego, de vuelta a casa, pero con tristeza.

Han pasado los años y estoy lejos de haber terminado de pagar todo, pero me van las cosas bastante bien.

Cuando murió, compré la granja del tío Villemeux y la arreglé un poco.

Conocí a alguien y luego se marchó. Por mis manos en forma de palas, me imagino.

Recogí dos perros, el primero vino solo hasta mi casa y la debió de encontrar buena, el segundo vivió lo peor antes de que yo lo adoptara. Por supuesto, el que manda es el segundo. También hay unos cuantos gatos por aquí. No los veo nunca, pero la comida desaparece. Me gusta mi jardín, es un poco salvaje pero hay algunos rosales antiguos que estaban ahí antes que yo y que no me exigen nada. Son muy hermosos.

El año pasado compré muebles de jardín de madera de teca. Carísimos, pero al parecer envejecerán bien.

Cuando se presenta la ocasión, salgo con Marc Pardini que es profesor de no sé qué en el colegio de al lado. Vamos al cine o a

cenar. Se hace el intelectual conmigo y me hace gracia porque, es verdad, me he vuelto súper paleta. Me presta libros y discos.

Cuando se presenta la ocasión, me acuesto con él. Siempre sale bien.

Ayer por la noche sonó el teléfono. Era la Billebaudes, la granja de la carretera de Tianville. El tío me habló de algo que iba mal y que no podía esperar.

Decir que me costó ir es poco decir. Había estado de guardia el fin de semana anterior, y llevaba trece días trabajando sin interrupción. Hablé un poquito con mis perros. Cualquier cosa, es para oír mi voz, y me hice un café negro como el carbón.

Nada más quitar la llave de contacto, supe que nada saldría bien. La casa estaba a oscuras y el establo en silencio.

Metí un ruido tremendo golpeando la puerta de chapa ondulada como para despertar al mundo entero pero era demasiado tarde.

Me dijo: el culo de mi vaca está bien, ¿pero el tuyo cómo está? ¿Lo tienes tú, un culo? Cuentan por aquí que no eres una mujer de verdad, que eres más bien un poco marimacho, es lo que dicen por aquí, sabes. Entonces nosotros les dijimos que lo comprobaríamos nosotros mismos.

Y todo lo que decía hacía reír a los otros dos.

Yo miraba fijamente sus uñas mordidas hasta hacerse sangre. ¿Crees que me lo habría hecho sobre una paca de paja? No, estaban demasiado borrachos como para agacharse sin caerse. En la lechería me placaron contra una cuba helada. Había una especie de tubo acodillado que me machacaba la espalda. Era patético verles impacientarse con la bragueta.

Todo era patético.

Me hicieron un daño horrible. Así, no quiere decir nada, pero lo repito para aquellos que me hayan oído mal: me hicieron un daño horrible.

Al tío de las Billebaudes la eyaculación lo despejó de golpe.

Bueno, doctora, esto ha sido para divertirnos, ¿eh? No solemos tener ocasión de divertirnos por aquí, hay que comprendernos, y aquí, mi cuñado, es su despedida de soltero, ¿verdad, Manu?

Manu ya estaba durmiendo y el colega de Manu empezó a pimplar otra vez.

Yo le dije al tío, claro, claro. Incluso bromeé un poco con él hasta que me ofreciera la botella. Era aguardiente de ciruela.

El alcohol los había vuelto inofensivos pero les administré a cada uno una dosis de Ketamine. No quería que movieran un músculo. Quería estar bien tranquilita.

Me puse guantes estériles y lo limpié todo bien con Betadine.

Después, estiré la piel del escroto. Con la hoja del bisturí hice una pequeña incisión. Saqué los testículos. Corté. Ligué el epidídimo y el vaso sanguíneo con catgut n.º 3,5. Volví a meter los testículos en las bolsas y lo cosí con un punto por encima. Un trabajo muy limpio.

Al que me llamó por teléfono y que fue el más violento porque se siente aquí en su casa, le trasplanté su par de huevos encima de la nuez.

Eran casi las seis cuando pasé por casa de mi vecina. La señora Brudet, setenta y dos años, de pie desde hacía tiempo, toda acartonada pero animosa.

—Me voy a tener que ausentar seguramente, señora Brudet, necesito alguien que cuide de mis perros y de los gatos.

—¿No será nada grave, espero?

—No lo sé.

—Los gatos, encantada, aunque me parece a mí que no es bueno cebarlos así. Que cacen ratones, que es lo que tienen que hacer. Los perros ya me cuesta más porque son gordos, pero si no va a ser mucho tiempo, me los quedaré.

—Le voy a firmar un talón para la comida.

—Está bien. Déjelo detrás de la tele. ¿No será nada grave, espero?

—Nahnahnahnah —dije sonriendo.

Ahora estoy sentada en la mesa de la cocina. Me he hecho otro café y me estoy fumando un cigarro. Aguardo al coche de la policía.

Sólo espero que no pongan la sirena.

JUNIOR

Se llama Alexandre Devermont. Es un chico sonrosado y rubio.

Criado al vacío. Cien por cien jaboncillo y Colgate biflúor, con camisetas de cuadritos de vichy y un hoyito en la barbilla. Lindo. Limpio. Un verdadero primor.

Cumplirá pronto veinte años. Esa edad desalentadora en la que todavía cree uno que todo es posible. Tantas probabilidades y tantas ilusiones. Tantos batacazos por llegar también.

Pero para este chico sonrosadito, no. La vida no le ha hecho nunca nada. Nadie le ha tirado de las orejas hasta el punto en que duele de verdad. Es un buen chico.

Su mamá se lo tiene creidísimo. Dice: «Sí, dígame, soy Élisabeth Devermont…», separando la primera sílaba del resto de su apellido. Como si todavía esperara poder engañar a alguien… Ya, ya… Actualmente puedes pagar para conseguir muchas cosas, pero, hija mía, un apellido de rancio abolengo, olvídalo.

Ya no te puedes comprar ese tipo de orgullo. Es como Obélix, tenías que haberte caído dentro cuando eras pequeña. Pero nada le impide llevar una sortija de sello con un escudo de armas grabado encima.

¿Un escudo de qué, me pregunto yo? Un revoltijillo de corona y flores de lis sobre un fondo de blasón. La asociación de los Charcuteros-Cátering de Francia ha elegido el mismo para su papel con membrete del sindicato, pero eso ella no lo sabe. Uf, menos mal.

Su papá ha retomado el negocio familiar. Una empresa de fabricación de muebles de jardín de resina blanca. Los muebles Rofitex.

Con una garantía de diez años contra el amarilleo y bajo cualquier clima.

La verdad es que la resina queda un poco en plan camping y picnic en Mimile. Habría sido más chic hacer madera de teca, bancos con clase que van tomando lentamente una bella pátina y algunos líquenes bajo el roble centenario plantado por el bisabuelo en medio de la propiedad… Pero bueno, no hay más remedio que quedarse con lo que uno hereda, ¿eh?

A propósito de muebles, exageraba un poco antes cuando decía que la vida no le ha hecho padecer nada a *Junior*. Sí, sí. Un día, cuando bailaba con una chica de buena familia, plana y de raza como un verdadero *setter* inglés, tuvo él su sustito.

Fue durante una de esas reuniones mundanas que las mamás organizan por todo lo alto para evitar que sus vástagos se aventuren un día entre los pechos de una Leila o de una Rebeca o de cualquier otra cosa que huela demasiado a comida *kosher* o a cuscús.

Y ahí estaba él pues, con su esmoquin y sus manos sudadas. Bailaba con esa chica, teniendo mucho cuidado sobre todo de no rozarle la tripa con su bragueta. Intentaba contonearse un poco llevando el compás con los apliques de hierro de sus botines Weston. Así en plan relajado, sabes. En plan joven.

Y entonces la pijina le preguntó:

—¿A qué se dedica tu padre? (Es una pregunta que suelen hacer las chicas en este tipo de guateques).

Él le contestó, en plan distraído, haciéndola girar sobre sí misma.

—Es el director general de Rofitex, no sé si sabes qué empresa es, doscientos emplea…

No le dio el tiempo a terminar la frase. Paró de bailar de pronto y abrió como platos sus ojos de *setter*:

—Espera… ¿Rofitex?… Quieres decir los… los… ¿¡¡¡preservativos Rofitex!!!?

Ésta sí que es buena.

—No, los muebles de jardín —contestó él, pero de verdad, se esperaba cualquier cosa menos esto. O sea, de verdad, qué tía más tonta, pero qué tonta. Afortunadamente la pieza había terminado y él pudo dirigirse hacia el bufé para beber un poco de champán y deglutir. O sea, de verdad.

Mira por dónde, ni siquiera es una chica del mundillo, es una que se coló.

Veinte años. Dios mío.

* * *

El pequeño Devermont tuvo que repetir el examen de bachillerato, pero el carné de conducir, no, eso le ha salido bien. Acaba de sacárselo, y a la primera.

No como su hermano, que se tuvo que examinar tres veces.

Durante la cena todo el mundo está de buen humor. No estaba tan tirado lo del carné porque el inspector de esta región es un verdadero gilipollas. Y un borracho, además. Aquí estamos en el campo.

Como ya lo hicieron su hermano y sus primos antes que él, Alexandre se sacó el carné durante las vacaciones escolares en la finca de su abuela, porque las tarifas son menos altas en provincias que en París. Casi mil francos de diferencia en el precio de las clases.

Pero bueno, en aquella ocasión el borracho estaba casi en ayunas y garabateó el papel rosa sin hacerse el interesante.

Alexandre podrá utilizar el Golf de su madre a condición de que ella no lo necesite, si no, cogerá el viejo Peugeot 104 que está en el granero. Como los demás.

Está todavía en buenas condiciones pero huele a cagarruta de gallina.

* * *

Las vacaciones llegan a su fin. Pronto habrá que volver al gran apartamento de la avenida Mozart y matricularse en la Escuela de Comercio privada de la avenida de Saxe. Una escuela cuyo diploma todavía no está reconocido por el Estado pero que tiene un nombre complicado lleno de iniciales: ISERP o IRPS o ISDTDB o algo por el estilo. (Instituto Superior De Tontos Del Bote).

Nuestro primor ha cambiado mucho en estos meses de verano. Se ha desvergonzado e, incluso, ha empezado a fumar.

Marlboro *light*.

Es por sus nuevas compañías: se ha encaprichado del hijo de un cultivador importante de la región, Franck Mingeaut. Y ése, desde luego, no es cualquier cosa. Forrado, vistoso, alborotador y ruidoso. Uno que saluda educadamente a la abuela de Alexandre mientras, al mismo tiempo, le echa el ojo a sus primitas. Ay, ay, ay…

Franck Mingeaut está contento de conocer a Alexandre. Gracias a él puede codearse con el mundillo, ir a fiestas donde las chicas son delgadas y bonitas y donde el champán de las familias sustituye a la cerveza barata Valstar. Su instinto le dice que es por ahí por donde tiene que tirar si quiere llegar lejos. Los salones interiores de los cafés, las Marylines vulgares, el billar y las ferias agrícolas, están

bien para un rato. Mientras que una velada en casa de la hija de don Menganito en el castillo de la Menganera, eso sí que es energía bien empleada.

Junior Devermont está feliz con su nuevo rico. Gracias a él, derrapa en los patios de gravilla con un cabriolé deportivo, se lanza por las carreteras regionales de Touraine haciendo cortes de manga a los catetos para que echen a un lado sus cuatro latas y joroba a su padre. Se ha abierto un botón más de la camisita, e incluso se ha vuelto a poner su medallita de bautismo en plan durito tierno. A las chicas les encanta.

⁎ ⁎ ⁎

Esta noche es la fiesta del verano. El conde y la condesa de la Rochepoucaut organizan una recepción para la segunda de sus hijos, Éléonore. Toda la *jet-set* asistirá. Desde Mayenne hasta el extremo de Berry. Toda la *crème de la crème* que a uno se le pueda antojar. Jóvenes herederas todavía vírgenes lloviendo del cielo.

Dinero. No contante y sonante, sino el olor a dinero. Escotes, pieles lechosas, collares de perlas, cigarrillos ultra ligeros y risas nerviosas. Para Franck-esclavita y Alexandre-cadenita es la gran noche.

Ni hablar de perdérsela.

Para esa gente, un cultivador rico será siempre un campesino y un industrial bien educado será siempre un proveedor. Razón de más para beberse su champán y tirarse a sus hijas entre los arbustos. No son todas unas salvajes estas damiselas. Descienden en línea directa de Godefroy de Bouillon y están de acuerdo con llevar un poco más lejos la última cruzada.

Franck no tiene invitación, pero Alexandre conoce al tío que controla en la puerta, no hay problema, le das cien francos y te deja

pasar, puede incluso aullar tu nombre como en los salones del Automóvil Club si te apetece.

La gran pega es el coche. El coche ayuda para rematar con aquéllas a las que no les gusta demasiado pincharse con los arbustos.

La niña bonita que no quiere volver muy pronto se despide de su papá y tiene que encontrar a un caballero galante que la acompañe a su casa. Sin coche en una región donde la gente vive a varias decenas de kilómetros unos de otros, eres o un chico acabado, o uno virgen.

Y aquí, la situación es crítica. Franck no tiene su coche fardón para ligar porque está pasando la revisión y Alexandre no dispone del de su madre porque se ha vuelto a París con él.

¿Qué queda? El 104 azul celeste con excrementos de gallina en los sillones y en las puertas. Hay incluso paja en el suelo del coche y una pegatina que pone «Cazar es natural» en el parabrisas. Dios mío, qué mal rollo.

—Y tu viejo, ¿dónde está?

—De viaje.

—¿Y su coche?

—Pues… está aquí, ¿por qué?

—¿Por qué está aquí?

—Porque Jean-Raymond lo tiene que lavar a fondo.

(Jean-Raymond es el guarda).

—¡¡¡Pues perfecto!!! Le cogemos prestado el coche para la fiesta y luego se lo devolvemos. Y hala, ni visto ni oído.

—Nooo, nooo, Franck, eso no es posible. No es posible.

—¿¡Y por qué!?

—Tío, si pasa cualquier cosa, me matan. Nooo, nooo, no es posible.

—¿Pero qué quieres que pase, maricón? Eh, ¡¿qué quieres que pase?!

—Nooo, nooo…

—Joder, tío, para ya, ¿qué es eso de «nooo, nooo»? Son quince kilómetros de ida y quince de vuelta. La carretera es toda recta y no habrá un alma fuera a esa hora, así que dime, ¿cuál es el problema?

—Si tenemos la más mínima movida…

—¿Pero qué movida podemos tener? Eh, ¿Qué movida? Tengo el carné desde hace tres años y jamás he tenido un solo problema, ¿me oyes? Ni uno.

Se pone el pulgar debajo del incisivo como para arrancárselo.

—Nooo, nooo, ni hablar. El Jaguar de mi padre, no.

—¡Joder, pero cómo se puede ser tan gilipollas, yo alucino!

—…

—¿¿¿Y qué hacemos entonces??? ¿Vamos a casa de la Roche-de-los-cojones con tu mierda de gallinero con ruedas?

—Pues sí…

—Espera, pero ¿no teníamos que llevar a tu prima y pasar a buscar a su amiga a Saint-Chinan?

—Pues, sí…

—¡¿¿Y tú crees que van a poner su culito en tus asientos llenos de caca??!

—Pues, no…

—¿Pues, entonces?… Le cogemos prestado el buga a tu padre, vamos despacito, y unas horas después lo dejamos otra vez con mucho cuidadito donde lo habíamos cogido y ya está.

—Nooo, nooo, el Jaguar, no… (silencio)… el Jaguar, no.

—Pues mira, yo me voy a buscar a alguien que me lleve. De verdad, eres un gilipollas. Es la juerga del verano y tú quieres que aparezcamos con tu carreta para transportar ganado. Ni hablar. ¿Funciona, para empezar?

—Pues, sí, funciona.

—Jooooooder, vamos, es que yo alucino…

Se estira la piel de las mejillas.

—De todas formas, sin mí no puedes entrar.

—Sí, pues, entre no ir, o ir con tu mierda de coche, no sé qué será mejor… Eh, asegúrate de que no quede ninguna gallina dentro, ¿eh?

⁎ ⁎ ⁎

En el camino de vuelta. Las cinco de la mañana. Dos chicos grises y cansados que huelen a colilla y a sudor, pero no a fornicación (buena fiesta, poco ligue, son cosas que ocurren).

Dos chicos silenciosos por la D-49 entre Bonneuil y Cissé-le-Duc en Indre-et-Loire.

—Ves, tío… No nos lo hemos cargado… Eh… ves… No hacía falta que me dieras la vara con tus «nooo, nooo». El gordo de Jean-Raymond ya lo podrá frotar mañana, el cochecito de papá…

—Pfff… Para lo que nos ha servido… Podríamos haber cogido el otro…

—Es verdad que por ese lado, a dieta…

Se toca la entrepierna.

—… No has visto a mucha gente, tú, ¿eh?… En fin… yo por lo menos tengo una cita mañana con una rubia tetona para ir a jugar al tenis…

—¿Cuál?

—Ya sabes, esa que…

No terminó nunca esa frase porque justo en ese momento cruzó la carretera un jabalí, un cerdo de por lo menos ciento cincuenta kilos, pero sin mirar, ni a derecha ni a izquierda, el muy estúpido.

Un jabalí con mucha prisa que a lo mejor volvía de una fiesta y tenía miedo de que le echaran la bronca sus padres.

Primero oyeron el chirriar de los neumáticos y luego un enorme «pong» por delante. Alexandre Devermont dijo:

—Mierda.

Se detuvieron, dejaron las puertas del coche abiertas y se acercaron a ver. El cerdo bien muerto y el lado delantero derecho del coche bien muerto: adiós parachoques, adiós radiador, adiós faros y adiós carrocería. Incluso la siglita de Jaguar había recibido lo suyo. Alexandre Devermont volvió a decir:

—Mierda.

Estaba demasiado piripi y demasiado cansado para pronunciar una palabra más. Sin embargo, en ese momento exactamente, ya era claramente consciente de la inmensa cantidad de movidas que le esperaba. *Claramente* consciente.

Franck le dio una patada al jabalí en la panza y dijo:

—Bueno, pues no lo vamos a dejar aquí. Por lo menos vamos a llevarlo a casa, siempre es pitraco para comer…

Alexandre empezó a descojonarse bajito.

—Sí, la pata de jabalí está rica…

No tenía ninguna gracia, la situación era incluso dramática, pero les empezaba a entrar la risa floja. Por culpa del cansancio seguramente y de los nervios.

—Qué contenta se va a poner tu madre…

—¡Eso seguro, se va a poner súper contenta!

Y estos dos memos se reían tanto que les dolía la barriga.

* * *

—Bueno, ¿lo metemos en el maletero?

—Vale.

—¡Mierda!

—¡¿Qué pasa ahora?!

—Hay mogollón de cosas…

—¿Eh?

—¡Que te digo que está lleno!… Aquí dentro están los palos de golf de tu padre y mogollón de cajas de vino…

—Mierda…

—¿Qué hacemos?

—Pues lo ponemos atrás, en el suelo…

—¿Tú crees?

—Sí, espera. Voy a poner algo para proteger la tapicería… Mira en el fondo del maletero a ver si ves un *plaid*…

—¿Un qué?

—Un *plaid*.

—¿Qué es eso?

—… La cosa esa de cuadros verdes y azules que está ahí al fondo…

—¡Ah! Una manta… una manta de parisinos, vaya…

—Sí, bueno, lo que tú digas… Venga, date prisa.

—Espera que te eche una mano. No le vamos a ensuciar su tapicería de cuero, además…

—Tienes razón.

—¡Joder, cómo pesa!…

—No me digas.

—Y, además, apesta.

—Eh, Alex… que estamos en el campo…

—Pues vaya coñazo, el campo.

Regresaron al coche. No tuvieron ningún problema para volver a arrancar; aparentemente al motor no le había pasado nada. Que ya es algo.

Y unos kilómetros más lejos: un miedo de espanto. Primero unos ruidos y unos gruñidos a su espalda.

Franck dijo:

—¡Joder, si es que no está muerto, el cabronazo!

Alexandre no contestó nada. Es que era ya demasiado.

El cerdo empezó a incorporarse y a retorcerse de un lado a otro.

Franck frenó en seco y gritó.

—¡Eh, fuera, nos largamos!

Estaba muy pálido.

Cerraron dando un portazo y se alejaron del coche. En el interior era la mierda total.

La Mierda Total.

Los asientos de cuero color crema, destrozados. El volante, destrozado. La palanca de cambios de madera de olmo, destrozada, los reposacabezas, destrozados. Todo el interior del coche, destrozado, destrozado, destrozado.

Devermont *junior*, aniquilado.

El animal tenía los ojos desorbitados y espuma blanca alrededor de sus enormes colmillos ganchudos. Era un espectáculo horrible.

Decidieron abrir la puerta escondiéndose detrás y luego subir a refugiarse sobre el techo. Era tal vez una buena táctica, pero eso no lo sabrán nunca, porque mientras tanto, el cerdo se había encerrado por dentro pisoteando el botón del cierre centralizado.

Y la llave se había quedado en el salpicadero.

Hay que ver… se puede decir que cuando todo se va al traste, se va al traste de verdad.

Franck Mingeaut sacó un teléfono móvil del bolsillo interior de su chaqueta, con mucha clase, y marcó el 18, muy jorobado.

Cuando llegaron los bomberos, el animal se había calmado un poco. Apenas. Digamos que ya no quedaba nada que destruir.

El bombero jefe rodeó el coche. Caray, estaba impresionado. No pudo evitar decir:

—Qué lástima, un vehículo tan bonito.

La continuación es insostenible para quienes aman las cosas hermosas…

Uno de los hombres fue a buscar una enorme carabina, una especie de *bazooka*. Hizo apartarse a todo el mundo y apuntó. El cerdo y el cristal explotaron a la vez.

El interior del coche recibió una nueva capa de pintura: roja.

Sangre, incluso dentro de la guantera, incluso entre las teclas del teléfono del coche.

Alexandre Devermont estaba anonadado. Hubiera podido parecer que ya no pensaba. Nada de nada. En nada. O sólo en enterrarse vivo o en volver contra sí el *bazooka* del bombero.

Pero no, pensaba en los cotilleos en la región y en la ganga que iba a ser para los ecologistas…

Hay que decir que su padre tiene no sólo un magnífico Jaguar sino también intenciones políticas tenaces para oponerse a los Verdes.

Porque los Verdes quieren prohibir la caza y crear un Parque Natural y cualquier otra cosa, mientras sea para joder a los grandes terratenientes.

Es un combate enormemente importante para él y que estaba casi ganado hasta la fecha. Todavía el día anterior por la noche, en la mesa, decía trinchando el pato:

—¡¡Anda!! ¡¡¡Aquí tenemos otro que Grolet y su pandilla de palurdos ya no verán a través de sus prismáticos!!! ¡Ja, ja, ja!

Pero esto… Un jabalí que explota en mil pedazos en el Jaguar Sovereign del futuro consejero regional va a crear un cierto malestar. Seguramente, un poco de malestar sí creará, ¿no?

Hay incluso pelos pegados en las ventanillas.

Se fueron los bomberos, se fue la policía. Mañana una grúa remolque vendrá a llevarse el…, la…, o sea, el…, chisme gris metalizado que ocupa toda la calzada.

* * *

Nuestros dos compadres caminan por la carretera, con la chaqueta de esmoquin al hombro. No hay nada que decir. De todas maneras, tal y como están las cosas, ya tampoco merece la pena pensar siquiera.

Franck dice:

—¿Quieres un cigarro?

Alexandre contesta:

—Sí, vale.

Caminan así largo rato. El sol sale sobre los campos, el cielo está rosa y todavía se rezagan algunas estrellas. No se oye el menor ruido. Sólo un crujido de hierbas producido por los conejos que corren por las zanjas.

Y después Alexandre Devermont se vuelve hacia su amigo y le dice:

—¿Y entonces?… Esa rubia de la que me hablabas…, la tetona… ¿Quién es?

Y su amigo le sonríe.

Durante años

Durante años he pensado que esta mujer estaba fuera de mi vida, no muy lejos tal vez, pero *fuera*.

Que ya no existía, que vivía muy lejos, que nunca había sido tan bella, que pertenecía al mundo del pasado. El mundo de cuando yo era joven y romántico, cuando creía que el amor duraba siempre y que nada era más grande que mi amor por ella. Todas esas tonterías.

Yo tenía veintiséis años y estaba en el andén de una estación. No comprendía por qué ella lloraba tanto. Yo la estrechaba entre mis brazos y me hundía en su cuello. Creía que ella estaba triste porque me marchaba y que me dejaba ver su desamparo. Y luego, unas semanas más tarde, después de haber pisoteado mi orgullo como un indecente al teléfono o gimiendo en cartas demasiado largas, terminé por comprender.

Que ese día ella flaqueaba porque sabía que miraba mi rostro por última vez, que era por mí por quien lloraba, por mi despojo. Y que el encarne no le agradaba.

Durante meses, me di golpes con todo.

No tenía cuidado con nada y me di golpes con todo. Cuanto más me dolía, más golpes me daba.

Fui un chico destartalado admirable: todos esos días vacíos en que disimulé. Levantándome, trabajando hasta embrutecerme, alimentándome sin poner pegas, tomando cañas con mis

compañeros de trabajo y riéndome de igual a igual con mis hermanos cuando la más mínima colleja del menor de ellos hubiera bastado para partirme en dos.

Pero estoy equivocado. No era valentía, era tontería: porque creía que ella volvería. Lo creía de verdad.

No había visto venir nada, y mi corazón se había deshecho por completo en el andén de una estación un domingo por la noche. No conseguía aceptarlo y me daba golpes con cualquier cosa.

Los años que siguieron no me causaron ningún efecto. Algunos días me sorprendía a mí mismo pensando:

—Anda…, es curioso…, creo que no pensé en ella ayer… —Y en vez de felicitarme por ello, me preguntaba cómo era posible, cómo había conseguido vivir un día entero sin pensar en ella. Su nombre sobre todo me obsesionaba. Y dos o tres imágenes de ella muy precisas. Siempre las mismas.

Es verdad. Puse los pies en el suelo por las mañanas, me alimenté, me lavé, me vestí y trabajé.

Alguna vez vi el cuerpo desnudo de algunas chicas. Alguna vez, pero sin dulzura.

Emociones: ninguna.

Y por fin, con todo, tuve mi oportunidad, cuando ya me daba igual.

Otra mujer me conoció. Una mujer muy diferente se enamoró de mí, tenía otro nombre y había decidido hacer de mí un hombre entero. Sin preguntarme mi opinión, me devolvió el equilibrio y se casó conmigo menos de un año después de nuestro primer beso, intercambiado en un ascensor durante un congreso.

Una mujer inesperada. Tengo que decir que tenía mucho miedo. Ya no creía en ello y debí de herirla muchas veces. Le acariciaba el vientre y mi mente divagaba. Levantaba sus cabellos y buscaba en

ellos otro olor. Ella nunca me dijo nada. Sabía que mi vida de fantasma no duraría mucho. Por su risa, por su piel y por todo ese fárrago de amor elemental y desinteresado que tenía para darme. Ella tenía razón. Mi vida de fantasma me dejó vivir feliz.

En este momento está en la habitación de al lado. Está dormida.

Profesionalmente he tenido más éxito que el que hubiera imaginado. Debe de ser porque la aspereza da sus frutos, porque me encontraba en el lugar adecuado en el momento oportuno, porque supe tomar ciertas decisiones, porque… No lo sé.

En todo caso, veo claramente en la mirada tan extrañada como llena de sospecha de mis antiguos compañeros de promoción que todo esto les desconcierta: una bonita mujer, una bonita tarjeta de visita y camisas a medida…, habiendo empezado con tan pocos medios. Lo deja a uno perplejo.

En esa época yo era sobre todo el que sólo pensaba en las chicas, en fin… en *esa* chica, el que escribía cartas durante las clases magistrales y no miraba los culos, ni las tetas, ni los ojos, ni nada más en las terrazas de los cafés. El que tomaba el primer tren para París todos los viernes y que volvía triste y con ojeras los lunes por la mañana maldiciendo las distancias y el celo de los controladores. Más Arlequín que *yuppie*, es verdad.

Como la quería, descuidaba mis estudios, y como la fastidiaba en mis estudios, entre otros descuidos, me abandonó. Debía pensar que el porvenir era demasiado… incierto con un tipo como yo.

Cuando leo hoy mis extractos de cuentas, me doy cuenta de que a la vida le gusta gastar más de una broma.

Así pues, viví como si nada.

Claro, con una sonrisa en la boca, a veces hablábamos entre nosotros, mi mujer y yo, o con amigos, de nuestra época de

estudiantes, de las películas y los libros que nos habían moldeado y de *nuestros amores de juventud*, de los rostros ignorados por el camino y que se nos venían a la cabeza por casualidad. Del precio de los cafés y de todo ese tipo de nostalgia… Esa parte de nuestra vida colocada sobre una estantería. Formábamos sobre ella un poco de polvo. Pero yo no insistía jamás sobre ello. Oh, no.

Durante una época, recuerdo, pasaba todos los días delante de un cartel que indicaba el nombre de la ciudad donde sabía que ella vivía, con el número de kilómetros.

Todas las mañanas, al ir a mi oficina, y todas las tardes, al volver a casa, echaba una ojeada a ese cartel. Le echaba una ojeada, nada más. No la seguí nunca. Pensé en ello, pero la sola idea de poner el intermitente era como escupir a mi mujer.

Sin embargo, le echaba una ojeada, es verdad.

Y luego cambié de trabajo. Adiós cartel.

Pero siempre había otras razones, otros pretextos. Siempre. ¿Cuántas veces me habré dado la vuelta en la calle, con el corazón acelerado porque me había parecido ver un pedazo de silueta que…, o una voz que…, o una melena como…?

¿Cuántas veces?

Creía que ya no pensaba en ello, pero me bastaba estar un momento solo en un lugar más o menos tranquilo para dejarla venir.

Un día, hace por lo menos seis meses, en la terraza de un restaurante, cuando el cliente que tenía que invitar no llegaba, me puse a buscarla en mis recuerdos. Me aflojé el cuello de la camisa y mandé al camarero a comprarme un paquete de cigarrillos. Esos cigarrillos fuertes y acres que fumaba entonces. Estiré las piernas y no quise que quitaran el cubierto de enfrente. Pedí un buen vino, un Gruaud-Larose creo… Y mientras fumaba con los ojos entrecerrados saboreando un rayito de sol, la miraba acercarse.

La miraba y la miraba. No dejaba de pensar en ella y en lo que hacíamos cuando estábamos juntos y cuando dormíamos en la misma cama.

Nunca me pregunté si la seguía queriendo o cuáles eran mis sentimientos exactos hacia ella. No habría servido de nada. Pero me gustaba reencontrarme con ella en un momento de soledad. Tengo que decirlo porque es la verdad.

Afortunadamente para mí, mi vida no me dejaba muchos momentos de soledad. Era de verdad necesario que un cliente desolado se olvidara de mí por completo o que me encontrara solo, por la noche, en mi coche y sin preocupaciones para conseguirlo. O sea, casi nunca.

Y aunque tuviera ganas de dejarme llevar por una gran depre, una nostalgia, de tomar un tono jocoso e intentar encontrar su número de teléfono en la guía electrónica u otra tontería por el estilo, ahora sé que eso ni se plantea puesto que, desde hace unos años, tengo unas verdaderas barreras. Las más feroces: mis hijos.

Estoy loco por mis hijos. Tengo tres, la mayor, de siete años, que se llama Marie, otra, Joséphine, que pronto cumplirá los cuatro, e Yvan, el benjamín que sólo tiene dos años. De hecho fui yo quien supliqué a mi mujer que me diera un tercer hijo, me acuerdo de que ella hablaba de cansancio y de porvenir pero me gustan tanto los bebés, su media lengua y sus mimos mojados… «Anda… —le decía —, dame otro hijo». Ella no se resistió mucho tiempo, y sólo por eso, sé que es mi única amiga y que no me alejaré de ella. Aunque me codee con una sombra tenaz.

Mis hijos son lo mejor que me ha pasado en la vida.

Una vieja historia de amor no vale nada al lado de eso. Nada de nada.

⁎ ⁎ ⁎

Así es más o menos como he vivido, hasta que la semana pasada dijo su nombre al teléfono:

—Soy Hélèna.

—¿Hélèna?

—¿Te molesto?

Tenía sentado en las rodillas a mi hijo pequeño que intentaba coger el auricular lloriqueando.

—Pues…

—¿Es tu hijo?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—… ¿Por qué me llamas?

—¿Qué edad tiene?

—Veinte meses.

—Te llamo porque querría verte.

—¿Quieres verme?

—Sí.

—¿Qué chorrada es ésta?

—…

—Así, sin más. Te has dicho ¡Anda!… Tengo ganas de volver a verlo…

—Casi así.

—¿Por qué?… Quiero decir, ¿por qué ahora?… Después de todos estos añ…

—… Doce años. Hace doce años.

—Bueno. ¿Y entonces?… ¿Qué pasa? ¿Te has despertado? ¿Qué quieres? Quieres saber la edad de mis hijos o si se me ha caído el pelo o…, o ver el efecto que me causarías o… ¡¿O sólo porque sí, para hablar de los viejos tiempos?!

—Mira, no pensaba que te lo fueras a tomar así, voy a colgar. Lo siento. Yo…

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Por tu padre.

—¡Qué!

—He llamado antes a tu padre y le he pedido tu número, eso es todo.

—¿Se acordaba de ti?

—No. Bueno… No le he dicho quién era.

Dejé a mi hijo en el suelo y se marchó a su cuarto con sus hermanas. Mi mujer no estaba.

—Espera, no cuelgues… «¡Marie! ¿Le puedes poner las zapatillas, por favor?»… Sí, ¿sigues ahí?

—Sí.

—¿Entonces?…

—¿Entonces qué?…

—¿Quieres que nos volvamos a ver?

—Sí. O sea, no mucho rato. Sólo tomar algo, o caminar un ratito, sabes…

—Por qué. ¿De qué serviría?

—Es sólo que tengo ganas de volver a verte. De hablar un poquito contigo.

—¿Hélèna?

—Sí.

—¿Por qué haces esto?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué me vuelves a llamar? ¿Por qué tan tarde? ¿Por qué ahora? Ni siquiera te has preguntado si no cabía la posibilidad de que me jodieras la vida… Marcas mi número y…

—Escucha, Pierre. Me voy a morir.

—…

—Te llamo ahora porque me voy a morir. No sé exactamente cuándo, pero dentro de no mucho tiempo.

Apartaba el teléfono de mi cara como para coger un poco de aire e intentaba levantarme, sin éxito.

—No es verdad.

—Sí que es verdad.

—¿Qué te pasa?

—Oh…, es complicado. Para resumir se podría decir que es mi sangre que…, bueno, ya no sé bien lo que le pasa porque los diagnósticos son un lío, pero, bueno, es una cosa rara, vaya.

Le dije:

—¿Estás segura?

—Oye, oye, un momento. ¿Pero qué te has creído? ¡¡¿Que te cuento una trola de lo más melodramática para tener un motivo para llamarte?!!

—Perdóname.

—No te preocupes.

—Tal vez se equivocan.

—Sí… Tal vez.

—¿No?

—No. No creo.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé.

—¿Te duele?

—Así, así.

—¿Te duele?

—Pues sí, un poco.

—¿Quieres verme por *última vez*?

—Sí. Se podría decir así.

—…

—…

—¿No te da miedo llevarte una decepción? ¿No prefieres conservar una…, buena imagen?

—¿Una imagen de cuando eras joven y guapo?

La oía sonreír.

—Exactamente. Cuando era joven y guapo y todavía no tenía canas…

—¡¿Tienes canas?!

—Tengo cinco, creo.

—¡Ah, bueno, qué susto me has dado! Tienes razón. No sé si es una buena idea, pero hace ya tiempo que pienso en ello…, y me decía que era una cosa que de verdad me haría ilusión… Entonces, como últimamente ya no hay muchas cosas que me hagan ilusión…, te…, te he llamado.

—¿Hace cuánto tiempo que piensas en ello?

—¡Doce años! No… Es una broma. Pienso en ello desde hace unos meses. Desde mi última estancia en el hospital para ser exactos.

—¿Me quieres volver a ver, tú crees?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando quieras. Cuando puedas.

—¿Dónde vives?

—Donde siempre. A cien kilómetros de tu casa, creo.

—¿Hélèna?

—¿Sí?

—No, nada.

—Tienes razón. Nada. Así son las cosas. Así es la vida y no te llamo para desmadejar el pasado o para reinventarnos París, sabes. Yo… Te llamo porque tengo ganas de volver a ver tu rostro. Eso es todo. Es como la gente que regresa al pueblo de su infancia o a la casa de sus padres… o hacia cualquier otro lugar que ha marcado su vida.

—Es como una peregrinación, vaya.

Me daba cuenta de que yo ya no tenía la misma voz.

—Sí, exactamente. Es como una peregrinación. Será que tu rostro es un lugar que ha marcado mi vida.

—Las peregrinaciones son siempre tristes.

—¡¿Por qué dices eso?! ¡¿Has hecho alguna vez alguna?!

—No. Sí. A Lourdes…

—Ah, bueno, entonces sí… Entonces, claro, Lourdes sí, claro…

Se esforzaba por adoptar un tono de broma.

Oía a los niños peleándose y ya no tenía ninguna gana de hablar. Tenía ganas de colgar. Terminé por soltar:

—¿Cuándo?

—Dímelo tú.

—¿Mañana?

—Si quieres.

—¿Dónde?

—A medio camino entre nuestras dos ciudades. En Sully, por ejemplo…

—¿Puedes conducir?

—Sí. Puedo conducir.

—¿Qué hay en Sully?

—Pues, no mucho, me imagino… ya lo veremos. Podemos quedar delante del ayuntamiento…

—¿A la hora de comer?

—Oh, no. No es muy agradable comer conmigo, sabes…

Seguía haciendo esfuerzos para reír.

—… Mejor después de comer.

⁎ ⁎ ⁎

No pudo dormir esa noche. Miró el techo con los ojos muy abiertos. Quería que siguieran bien secos. No llorar.

No era por su mujer. Tenía miedo de equivocarse, de llorar por la muerte de su propia vida interior, más que por la muerte de ella. Sabía que si empezaba ya no podría parar.

No abrir las compuertas. Sobre todo no abrirlas. Porque después de tantos años que se pavoneaba y se quejaba de la debilidad de la gente. De los demás. De los que no saben lo que quieren y arrastran tras de sí toda su mediocridad.

Tantos años que miraba con una ternura de mierda los tiempos de su juventud. Siempre, cuando pensaba en ella, relativizaba, fingía reírse de ello o comprender algo. Pero nunca había comprendido nada.

Sabe perfectamente que sólo la ha querido a ella y que sólo ella lo ha querido a él. Que ha sido su único amor y que nada podrá cambiar todo eso. Que lo abandonó como algo molesto e inútil. Que nunca le tendió la mano o le escribió una notita para decirle que se levantara. Para confesarle que no estaba tan bien. Que él se equivocaba. Que valía más que ella. O que había cometido el error de su vida y que se había arrepentido de ello en secreto. Sabía lo orgullosa que era. Decirle que durante doce años ella también había sufrido y que ahora iba a morir.

No quería llorar, y para no hacerlo, se decía cualquier cosa. Sí, eso es. Cualquier cosa. Su mujer, al darse la vuelta, apoyó la mano sobre su tripa y enseguida se arrepintió de todos esos delirios. Por supuesto que ha amado y ha sido amado por otra, por supuesto. Mira ese rostro junto a él y toma su mano para besarla. Ella sonríe en sueños.

No, no tiene motivos para quejarse. No tiene motivos para mentirse. La pasión romántica vale para un ratito. Pero ahora basta, eh. Además, mañana por la tarde no le viene muy bien por lo de su cita con el tío de Sygma II. No va a tener más remedio que meter a Marcheron en el ajo y eso, desde luego, no le viene nada bien porque con Marcheron…

No pudo dormir aquella noche. Pensó en cantidad de cosas.

Así es como podría explicar su insomnio, salvo que su lámpara ilumina mal y no ve nada y, como en la época de las grandes tristezas, se da golpes con todo.

⁎ ⁎ ⁎

Ella no pudo dormir esa noche, pero ya está acostumbrada. Ya casi no duerme. Es porque ya no se cansa bastante durante el día. Ésa es la teoría del médico. Sus hijos están en casa de su padre y ella no hace más que llorar.

Llorar. Llorar. Llorar.

Se quiebra, suelta lastre, se deja desbordar. Le trae sin cuidado, piensa que ya está bien, que habría que pasar a otra cosa y largarse de aquí, porque por mucho que ese tío diga que no se cansa, no entiende nada, con su bata limpita y sus palabras complicadas. En verdad está agotada. Agotada.

Llora porque, por fin, ha llamado a Pierre. Siempre se las ha apañado para saber su número de teléfono y le ha pasado varias veces que ha marcado las diez cifras que la separaban de él, ha oído su voz y ha colgado precipitadamente. Una vez, incluso, le siguió durante un día entero porque quería saber dónde vivía y cuál era su coche, dónde trabajaba, cómo se vestía y si parecía preocupado. Siguió también a su mujer. Se había visto obligada a reconocer que era bonita y alegre y que tenía hijos suyos.

Llora porque su corazón ha vuelto hoy a latir cuando hace ya tiempo que no creía en ello. Ha tenido una vida más dura de lo que hubiera imaginado. Sobre todo ha conocido la soledad. Creía que era ya demasiado tarde para sentir algo, que lo bueno, para ella, se había terminado. Sobre todo desde que *ellos* se pusieron nerviosos un día por un análisis de sangre, un chequeo de rutina que se había hecho de casualidad porque se sentía pachucha. Todos, los pequeños doctores y los grandes profesores, tenían una opinión sobre esa historia, pero muy poco que decir cuando se trató de curarla.

Llora por tantísimas razones que no tiene ganas de pensar en ello. Se le planta delante toda su vida. Entonces, para protegerse un poco, se dice a sí misma que llora por el placer de llorar y punto.

Ella estaba ya allí cuando yo llegué, y me sonrió. Me dijo: «Seguro que es la primera vez que no te hago esperar, ves, no tenías que perder la esperanza», y yo le contesté que no había perdido la esperanza.

No nos besamos. Le dije: «No has cambiado». Era un comentario estúpido pero era lo que pensaba, salvo que la encontraba aún más bella. Estaba muy pálida y se le veían un montón de venitas azules alrededor de los ojos, en los párpados y en las sienes. Había adelgazado y su rostro estaba más descarnado que antes. Parecía más resignada, mientras que me acuerdo de la impresión de azogue que solía dar antes. Ella no dejaba de mirarme. Quería que le hablara, quería que me callara. Me sonreía siempre. Quería volverme a ver y yo no sabía cómo mover las manos ni si podía fumar o tocarle el brazo.

Era una ciudad siniestra. Caminamos hasta el parque público que había un poco más lejos.

Nos contamos nuestras vidas. Un poco a salto de mata. Guardábamos nuestros secretos. Ella elegía bien las palabras que decía. En un momento dado me preguntó la diferencia entre desasosiego y desocupación. Yo no sabía ya. Hizo un gesto para darme a entender que, de todas maneras, no tenía importancia. Decía que todo esto la había vuelto demasiado amarga o demasiado dura, en todo caso demasiado diferente de como era de verdad antes.

Casi no evocamos su enfermedad salvo en el momento en que habló de sus hijos diciendo que no era vida para ellos. Poco tiempo antes había querido cocerles un poco de pasta y ni siquiera eso había podido hacer por culpa de la cacerola de agua que pesaba demasiado y no la podía levantar, y que no, de verdad, ya no era vida. Ya habían tenido su cupo de tristeza más que de sobra.

Me hizo hablar de mi mujer y de mis hijos y de mi trabajo. E incluso de Marcheron. Quería saberlo todo pero yo veía bien que la mayor parte del tiempo no me escuchaba.

Estábamos sentados en un banco descascarillado enfrente de una fuente que no había debido escupir nada desde el día de su inauguración. Todo era feo. Triste y feo. Empezaba a caer la humedad y nos acurrucábamos un poco para entrar en calor.

Por fin se levantó, tenía que marcharse ya.

Me dijo: «Tengo un favor que pedirte, sólo uno. Querría olerte». Y como yo no contestaba nada, me confesó que durante todos estos años había tenido ganas de olerme y de respirar mi olor. Yo mantenía las manos en el fondo de los bolsillos de mi abrigo porque si no…

Se colocó a mi espalda y se inclinó sobre mi pelo. Permaneció así largo rato y yo me sentía terriblemente mal. Luego, con su nariz, recorrió mi nuca y todo el contorno de mi cabeza, tomándose su tiempo, y luego bajó por mi cuello hacia el cuello de mi camisa. Inspiraba y mantenía, ella también, las manos a la espalda. Luego me aflojó la corbata y abrió los dos primeros botones de mi camisa y sentí la punta de su nariz muy fría contra el nacimiento de mis clavículas, yo… yo…

Hice un movimiento un poco brusco. Ella se incorporó a mi espalda y colocó las dos manos bien extendidas sobre mis hombros. Me dijo: «Voy a marcharme. Quisiera que no te movieras y que no te dieras la vuelta. Te lo suplico. Te lo suplico».

Yo no me moví. De todas maneras, no tenía ganas de hacerlo porque no quería que me viera con los ojos hinchados y la cara toda contraída.

Esperé bastante tiempo y volví hacia mi coche.

Clic-clac

Hace cinco meses y medio que deseo a Sarah Briot, la responsable de ventas.

¿No debería decir más bien: cinco meses y medio que estoy *enamorado* de Sarah Briot, la responsable de ventas? No lo sé.

En todo este tiempo no puedo pensar en ella sin tener una erección magnífica, y como es la primera vez que me pasa esto, no sé cómo llamar a este sentimiento.

Sarah Briot se lo imagina. No, no ha tenido ocasión de tocar mi pantalón ni de sentir algo, pero se lo imagina.

Por supuesto, no sabrá que hará cinco meses y medio el martes porque presta menos atención que yo a los números (soy contable, así que, claro, no hay más remedio…). Pero sé que lo sabe porque es muy lista.

Habla a los hombres de una manera que antes me chocaba y ahora me desespera. Les habla como si tuviera gafas especiales (tipo el rayo X de Superman) que le permiten ver exactamente el tamaño del pene de su interlocutor.

El tamaño en estado de reposo, me refiero. Y claro, eso crea unas relaciones de lo más especiales en la empresa… Como os podréis imaginar.

Te da la mano, responde a tus preguntas, te sonríe, se toma incluso un café contigo en un vaso de plástico en la cafetería y tú,

como un idiota, no piensas más que en apretar las rodillas o en cruzar las piernas. Es un verdadero infierno.

Lo peor es que no deja de mirarte a los ojos durante ese rato. A los ojos nada más.

Sarah Briot no es guapa. Es mona, y no es lo mismo.

No es muy alta, es rubia, pero no hace falta ser adivino para ver que no es su color verdadero, son mechas.

Como todas las chicas, lleva a menudo pantalones y aún más a menudo, vaqueros. Lo cual es una lástima.

Sarah Briot es un pelín rellenita. La oigo hablar siempre de regímenes con sus amigas al teléfono (como habla fuerte y yo estoy en el despacho de al lado, lo oigo todo).

Dice que tiene que perder cuatro kilos para llegar a los cincuenta. Pienso en ello todos los días porque lo había apuntado en mi carpeta mientras ella hablaba: «¡¡¡54!!!».

Así me enteré de que ya había probado el método Montignac y «… que cien francos tirados a la basura», que había quitado el cuadernillo central del *Biba* del mes de abril con todas las recetas *light* de Estelle Hallyday, que tenía un póster gigante en su minúscula cocina que indicaba todas las calorías de todos los alimentos y que se había comprado incluso un pequeño peso de cocina para pesarlo todo como en las dietas Weight Watchers…

Suele hablar de ello con su amiga Marie, que es alta y delgada según he podido entender. (Entre nosotros, vaya tontería, porque no entiendo lo que le puede contestar su amiga…).

Llegados a este punto de mi descripción, los estúpidos podrán preguntarse: ¿pero qué le ha visto a esta chica?

Ah, ah… ¡¡¡quietos parados!!!

El otro día oí a Sarah Briot reírse con ganas contando (¿a Marie tal vez?) que había terminado por pasarle el peso de cocina a su

madre para que le hiciera «buenos pasteles los domingos» y contar eso le ponía de verdad de buen humor.

Por otra parte, Sarah Briot no es vulgar, es atractiva. Todo en ella inspira sólo caricias y eso tampoco es lo mismo.

Así que callaos la boca.

* * *

Una semana antes del día de la madre estaba curioseando en la sección de lencería de las Galeries Lafayette durante mi hora de descanso para comer. Todas las vendedoras, con una rosa roja en el ojal, estaban al acecho de los papás indecisos.

Me había colocado la carpeta debajo del brazo y jugaba a «si yo estuviera casado con Sarah Briot, ¿qué le compraría?»…

Lou, Passionata, Simone Péréle, Lejaby, Aubade, me daba vueltas la cabeza.

Algunas cosas me parecían demasiado atrevidas (era el día de la madre, al fin y al cabo), otras, no me gustaba el color, o la vendedora (el pote me parece bien, pero bueno, hasta cierto límite).

Por no hablar de todos los modelos que no comprendía.

No me veía desabrochando todos esos automáticos microscópicos en el ardor de la acción y no conseguía comprender las instrucciones de uso de los ligueros (para hacer bien las cosas, ¿hay que dejarlos o quitarlos?).

Qué calor.

Por fin encontré, para la futura madre de mis hijos, un conjunto de braguita y sujetador de seda gris muy clarito de Christian Dior. Qué clase.

—¿Qué talla de sujetador usa?

Me puse la carpeta entre los pies.

—Pues así más o menos… —le dije yo, curvando mis manos a quince centímetros de mi pecho.

—¿No tiene usted ni idea? —dijo la vendedora un poco secamente—. ¿Cuánto mide?

—Pues me llega más o menos por aquí… —le contesté señalándome el hombro.

—Ya veo (mueca de consternación)… Mire, le voy a dar una 90 C, es posible que le quede demasiado grande, pero la cliente podrá venir a cambiarlo sin problemas. Conserve bien el ticket de compra, ¿eh?

—Gracias. Muy bien —dije yo con el tono del que lleva a sus hijos al bosque de paseo todos los domingos sin olvidar las cantimploras y los chubasqueros.

—¿Y la braguita? ¿Le pongo el modelo clásico o el tanga? Tengo también el *string*, pero no creo que sea lo que usted está buscando…

¿Y tú qué sabes, señora Micheline de las Galeries Lafayette?

Se ve que no conoces a la Sarah Briot de Chopard & Minont. La que siempre enseña un poquito el ombligo y que entra en los despachos de los demás sin llamar.

Pero cuando me enseñó el modelo, me vine abajo. No, de verdad, no era posible ponerse una cosa así. Si me apuras, era casi un instrumento de tortura. Me llevé el tanga que «… este año vienen muy estilo Brasil, pero menos alto de caderas, como puede ver usted mismo. ¿Se lo envuelvo para regalo, caballero?».

Un tanga, vamos.

Uf.

Metí el paquetito rosa entre dos carpetas y mi plano de París, y regresé a la pantalla de mi ordenador.

Vaya pausa.

Por lo menos, cuando tengamos críos, encontraremos cosas más fáciles que regalar. Les tendré que decir: «No, niños, una máquina para hacer gofres no, caray…».

* * *

Mercier, mi colega del departamento de exportación, me dijo un día:

—Te gusta, ¿eh?

Estábamos en el bar de Mario contando nuestros vales de restaurante y este cretino quería ir conmigo en plan colegas de la mili, y venga tío, cuéntamelo todo que somos colegas.

—¡A eso le llamo yo tener buen gusto, eh!

No tenía ganas de hablar con él pero, o sea, para nada.

—Parece ser que está buena, eh… (gran guiño).

Yo hice un gesto de desaprobación con la cabeza.

—Me lo ha dicho Dujoignot…

—¡Dujoignot ha salido con ella!

Había perdido la cuenta de mis vales.

—No, pero se ha enterado de cosas por Movard, porque Movard, ése sí que se la ha tirado, y te puedo decir que…

Y se pone a sacudir los dedos como para escurrirlos poniendo una boquita de piñón como un idiota.

—… calentita la Briot, eh… desde luego no se puede decir que esta tía se asuste de algo, eh… Unas cosas, tío, que no te las podría ni contar…

—Pues no me las cuentes. ¿Quién es ese Movard?

—Estaba en publicidad, pero se fue antes de que tú llegaras. Éramos una estructura demasiado pequeña para él, entonces, claro, ya me entiendes…

—Ya te entiendo.

Pobre Mercier. Alucina. Debe de estar pensando en un montón de posturas sexuales.

Pobre Mercier. ¿Sabes que mis hermanas te llaman Merdier y que todavía se descojonan cuando piensan en tu Ford Taunus?

Pobre Mercier, que intentó camelarse a Myriam cuando tiene una sortija de sello con sus iniciales en relieve.

Pobre Mercier. Que todavía aspira a chicas inteligentes y se presenta en sus primeras citas con el móvil en una funda de plástico enganchado en el cinturón y la radio del coche debajo del brazo.

Pobre Mercier. Si supieras cómo hablan de ti mis hermanas… Cuando hablan de ti.

* * *

Nunca se puede prever nada. Ni cómo van a salir las cosas, ni por qué cosas súper sencillas toman de pronto proporciones increíbles. Por ejemplo, mi vida cambió de golpe por culpa de ciento cincuenta gramos de seda gris.

* * *

Dentro de poco va a hacer cinco años y ocho meses que vivo con mis hermanas en un apartamento de 110 metros cuadrados cerca del metro Convention.

Al principio vivía sólo con mi hermana Fanny. La que tiene cuatro años menos que yo y estudia medicina en la facultad de París V. Fue una idea de nuestros padres para ahorrar y para estar seguros de que la pequeña no se sentiría perdida en París, ella que sólo había conocido Tulle, su instituto, sus cafés y sus vespinos amañados.

Me llevo bien con Fanny porque no habla mucho. Y porque siempre está de acuerdo en todo.

Por ejemplo, si es la semana que le toca a ella cocinar y, no sé, traigo, digamos, un lenguado porque me ha apetecido, ella no es de las que se ponen a quejarse porque le perturbo sus planes. Se adapta.

No ocurre exactamente lo mismo con Myriam.

Myriam es la mayor. No nos llevamos ni un año, pero si nos veis, no os podríais siquiera imaginar que somos hermanos. Habla por los codos. Pienso incluso que está un poco majara, pero es normal, es la artista de la familia…

Después de Bellas Artes, hizo fotografía, *collages* con cáñamo y estropajo metálico, videoclips con manchas de pintura en los objetivos, cosas con su cuerpo, creación de espacio con Loulou de la Rochette (¿…?), manis, escultura, danza y no me acuerdo qué más cosas.

Por ahora pinta unas cosas que me cuesta comprender aunque guiñe mucho los ojos, pero, según Myriam, no tengo sensibilidad artística, y no sé ver lo que es bello. Bueno.

La última vez que nos cabreamos fue cuando fuimos juntos a la exposición de Christian Boltanski (anda que, vaya idea de llevarme a ver eso… De verdad. Parecía idiota intentando comprender el sentido de la visita).

Myriam es un verdadero corazón de melón, cada seis meses, desde que tenía quince años (lo que debe hacer, si no me equivoco, unas treinta y ocho veces), nos trae al hombre de su vida. El Bueno, el Verdadero, el de la Boda de blanco, el Ya está, esta vez va en serio, el Último, el Seguro, el último de los últimos.

Toda Europa ella solita: Yoann era sueco, Giuseppe, italiano, Erick, holandés, Kiko, español y Laurent, de St.-Quentin-en-Yvelines.

Por supuesto quedan treinta y tres… Ahora mismo no recuerdo sus nombres.

Cuando dejé mi estudio para mudarme con Fanny, Myriam estaba con Kiko. Un futuro realizador genial.

Al principio, no se la veía mucho. De vez en cuando, se autoinvitaban los dos a cenar y Kiko traía el vino. Siempre buenísimo. (Menos mal, visto que sólo tenía eso que hacer en todo el día: elegir el vino).

A mí me caía bien Kiko. Miraba a mi hermana dolorosamente y luego se servía otra copa sacudiendo la cabeza. Kiko fumaba cosas raras y al día siguiente, siempre tenía que poner ambientador de madreselva para que se fuera el olor.

Pasaron los meses. Myriam venía cada vez más a menudo y casi siempre sola. Se encerraba con Fanny en su habitación y las oía reírse hasta la madrugada. Una noche en que entré para preguntarles si querían una tisana o algo, las vi a las dos tumbadas en el suelo escuchando su vieja cinta del meloso de Jean-Jacques Goldman: «Puisqueueueu tu pááárs… ñiñiñiñiñiñiñi».

Patético.

A veces Myriam se marchaba luego. Otras veces, no.

Había un cepillo de dientes más en el vaso de cristal del cuarto de baño y por la noche el sofá cama estaba a menudo abierto.

Y luego un día nos dijo:

—Si es Kiko dile que no estoy… —señalando el teléfono…

Y luego, y luego, y luego… Una mañana, me preguntó:

—¿Te importa que me quede un tiempo con vosotros?… Por supuesto, compartiremos gastos…

Tuve cuidado de que no se me rompiera el biscote porque si hay algo que odio, es que se me rompan los biscotes, y le dije:

—No hay problema.

—Qué majo. Gracias.

—Sólo una cosa…

—¿Qué?

—Preferiría que fumaras en el balcón…

Me sonrió, se levantó y me dio un besazo de artista.

Por supuesto se me rompió el biscote y me dije «empezamos bien…» removiendo mi chocolate para recuperar los trocitos, pero con todo, estaba contento.

* * *

Bueno, con todo me había comido el tarro durante todo el día, así que por la noche aclaré las cosas: compartimos el alquiler en la medida de lo posible, nos organizamos para la compra, la cocina y la limpieza, de hecho, chicas, mirad la puerta de la nevera, hay un calendario con los turnos semanales: tú, Fanny, en rotulador rosa, tú, Myriam, en azul y yo, en amarillo… Se agradece que aviséis si cenáis fuera o si traéis invitados, y hablando de invitados, si traéis hombres a casa con los cuales tenéis intención de acostaros, se agradece que os organicéis las dos para la habitación y…

—Eh, vale, vale, no te pongas nervioso… —dijo Myriam.

—Es verdad —contestó su hermana.

—¿Y tú? Cuando traigas tú a una pibita, sé bueno y avísanos tú también, ¿eh? Para que quitemos de en medio nuestras medias de rejilla y nuestros condones usados…

Y venga a partirse de risa las dos.

Maldición.

Nos iba bastante bien. Reconozco que no me lo creía mucho, pero estaba equivocado… Cuando las chicas quieren que algo salga bien, sale bien. Así de sencillo.

Ahora que pienso en ello, me doy cuenta de hasta qué punto fue importante para Fanny la llegada de Myriam.

Ella es totalmente lo contrario de su hermana, es romántica y fiel. Y sensible.

Siempre se enamora de un tío inaccesible que vive en la Conchinchina. Desde que tenía quince años espera el correo todas las mañanas y se sobresalta cada vez que suena el teléfono.

Eso no es vida.

Hubo este Fabrice que vivía en Lille (desde Tulle, ya te imaginas la historia…) y que la ahogó bajo una montaña de cartas apasionadas en las que sólo hablaba de sí mismo. Cuatro años de amor juvenil y contrariado.

Luego hubo este Paul que se fue de médico sin fronteras a Burkina Faso dejándole el principio de una vocación, energía para quejarse de la lentitud de Correos y todas las lágrimas para llorar… Cinco años de amor exótico y contrariado.

Y ahora la guinda: me ha parecido entender de sus conversaciones nocturnas y de las alusiones que hacían en la mesa que Fanny estaba enamorada de un médico casado.

Las oí en el cuarto de baño, Myriam le dijo mientras se lavaba los dientes:

—¿*Tiene hijoch*?

Me imagino que Fanny estaba sentada en la tapa del váter.

—No.

—*Menoch mal podque*… (escupe)… con hijos debe de ser un coñazo. Yo, por lo menos, no podría.

Fanny no contestó, pero estoy seguro de que se estaba mordisqueando el pelo mirando la alfombrilla de pie de baño o mirándose los dedos de los pies.

—Es que parece que los vas buscando…

—…

—Ya está bien de estos tíos de chicha y nabo que no valen *pa´ na´*. Y, además, los médicos son todos unos cabrones. Luego se pondrá a jugar al golf y estará siempre metido en congresos en el Club Méditerranée en Marrakech o no sé dónde y tú, tú estarás siempre sola…

—…

—Y, además, eso si funciona, pero ¿quién te dice que va a funcionar?… Porque la Otra, no te pienses tú que va a pasar de él así como así. Porque a ella bien que le interesa conservar su bronceado de Marrakech para joder a la mujer del dentista del Rotary.

Fanny debe de estar sonriendo, se oye en su voz. Murmura:

—Supongo que tienes razón…

—¡Pues claro que tengo razón!

Seis meses de amor adúltero y contrariado. (Quizá).

—Pues vente conmigo a la galería Delaunay el sábado por la noche. Para empezar, conozco el cátering de la inauguración y asqueroso no será. Estoy segura de que Marc estará allí… ¡Tengo que presentártelo como sea! ¡Ya verás, es un tío genial! Además, tiene un culo fantástico.

—Pfffff, ya ves, seguro… ¿De qué es la exposición?

—No me acuerdo. Me pasas la toalla, ¿porfa?

Myriam solía mejorar nuestro día a día trayendo comida preparada y buenas botellas. Hay que decir también que otra vez se había sacado de la manga un chanchullo increíble: durante varias semanas se había estado empollando un montón de libros y de revistas de Lady Di (imposible cruzar el salón sin pisar a la difunta…) y se entrenaba a dibujarla. Y todos los fines de semana colocaba su impedimenta sobre el puente de l'Alma y pintaba a las lloronas del mundo entero al lado de su ídolo.

Por una cantidad de dinero increíble («la estupidez tiene su precio») una japonesa *made in* touroperador puede pedirle a mi hermana que la pinte al lado de Lady Di riendo (en la fiesta escolar de Harry), o Lady Di llorando (con los sidosos de Belfast), o Lady Di compadeciéndose (con los sidosos de Liverpool), o Lady Di de morros (en la conmemoración del cincuenta aniversario del Desembarco).

Yo felicito a la artista y me ocupo de poner las botellas a temperatura ambiente.

Sí, nuestra historia funcionaba bien. Fanny y yo ya no hablábamos casi, pero nos reíamos más. Myriam no se calmaba para nada, pero pintaba. Para mis hermanas yo era el hombre ideal, pero no aquél con el que querrían casarse.

Yo nunca insistí sobre ese hallazgo, me contentaba con encogerme de hombros vigilando la puerta del horno.

* * *

Así que ha tenido que ser necesario un puñado de lencería para armarla.

Se acabaron las veladas al pie del sofá mirando a mis hermanas suspirando. Se acabaron los cócteles de Fanny *made in* la sala de guardias que te revuelven el estómago y te hacen recordar un montón de chistes verdes. Se acabaron las broncas:

—¡Pero acuérdate, joder! ¡Es importante! ¿¿¿Se llamaba Lilian o Tristan???

—Yo qué sé. Tu chaval articulaba mal.

—¡O sea, yo alucino! Lo haces aposta, ¿o qué? ¡Intenta acordarte!

—«¿Puedo hablar con Myriam? Soy Ltfrgzqan». ¿Te vale?

Y se marchaba a la cocina.

—Ten la amabilidad de no darle un portazo a la puerta de la nevera…

PUM.

—… Y de pasarle la dirección de una buena ortofonista…

—*Sherásh gilipollash*.

—Anda, parece que a ti tampoco te vendría mal.

PUM.

Se acabaron las reconciliaciones delante de mi famoso pollo al queso Boursin («bueno, ¿y entonces, qué?… ¿no crees que estás mejor aquí con nosotros que con Ltfrgzqan dentro de un engañabobos al vacío?»).

Se acabaron las semanas marcadas con rotulador, se acabó ir al mercado el sábado por la mañana, se acabaron las revistas de cotilleos en el cuarto de baño, abiertas por la página del horóscopo, se acabaron los artistas de todo tipo para hacernos comprender los trapos de Boltanski, se acabaron las noches en vela, se acabaron las fotocopias que había que tomarle a Fanny, se acabó el estrés de los días en que salían los resultados, se acabaron las miradas de odio a la vecina de abajo, se acabaron las canciones de Jeff Buckley, se

acabaron los domingos que nos pasábamos leyendo cómics, tumbados en la moqueta, se acabaron las orgías de caramelos Haribo viendo los programas de variedades de la tele, se acabó el tubo de pasta de dientes siempre destapado, secándose y que me pone negro.

Se acabó mi juventud.

* * *

Habíamos organizado una cena para celebrar los exámenes de Fanny. Empezaba a ver la luz al final del túnel…

—¡Uf! Ya sólo me quedan diez años —decía ella sonriendo.

Alrededor de la mesa baja estaba su internista (sin alianza, el muy cobarde) (futuro jugador de golf en Marrakech, insisto), sus amigas del hospital, entre las cuales, la famosa Laura, con la cual mis hermanas me habían montado un número incalculable de planes a cuál más fallido con el pretexto de que había hablado de mí una vez y que le había temblado la voz (¡ah!… como aquella vez en que me habían citado en casa de la famosa Laura para un cumpleaños sorpresa y me encontré solo toda una velada con esa furia buscando sus lentillas en la moqueta de pelo de cabra poniendo mi culo fuera de su alcance…).

Estaba Marc (yo aprovechaba para ver lo que era un «culo precioso»… bah…).

Había amigos de Myriam que yo no había visto nunca.

Me preguntaba de dónde sacaba gente tan rara, tíos tatuados de arriba abajo y chicas con unas plataformas tremendas que se reían de cualquier chorrada sacudiendo lo que les hacía las veces de pelo.

Me habían dicho:

—Tráete a algún amigo si quieres… Es verdad, nunca nos presentas a nadie…

Tengo mis razones, chicas… pensé yo más tarde admirando la fauna y flora que se comía mis cacahuetes… repantingados en el sofá Cinna que me regaló mi madre cuando me saqué el diploma de contable, tengo mis razones…

Era ya bastante tarde y estábamos todos hechos polvo cuando Myriam —que se había marchado a buscar una vela perfumada a mi cuarto— volvió cacareando como una oca en celo con el sujetador de Sarah Briot entre los dedos índice y pulgar.

Madre del amor hermoso.

Se puede decir que fui el centro de atención.

—Eh, ¿pero qué es esto? Espera, Olivier, ¿sabías que hay accesorios de *sex-shop* en tu cuarto?… ¡Como para empalmar a todos los tíos de París! ¡¿No nos digas que no lo sabías?!

Y hala, se pone a montar un numerito tremendo, incontrolable.

Se bambolea, mima un *strip-tease*, olisquea la braguita, se apoya en la lámpara halógena y se cae al suelo.

Incontrolable.

Todos los demás, muertos de risa. Incluso el campeón de golf.

—Bueno, ya está bien —dije yo—. Dame eso.

—¿Para quién es? Antes tienes que decirnos para quién es… ¿Verdad, chicos?

¡Y hala, todos esos gilipollas se ponen a silbar con los dedos, a entrechocar los dientes contra los vasos y a guarrearme el salón sobre todo!

—¡¡¡Y has visto los melones que tiene!!! ¡¡Pero si por lo menos será una talla 95!! —grita la estúpida de Laura.

—No perdemos el tiempo, ¿eh?… —me dijo Fanny en voz baja haciendo muecas.

Me levanté. Cogí mis llaves y mi cazadora, y di un portazo.

Pum.

Dormí en el hotel Ibis de la Puerta de Versailles.

No, no dormí. Reflexioné.

Pasé buena parte de la noche de pie, con la frente apoyada contra el cristal mirando el Parque de Exposiciones.

Qué feo es.

Por la mañana había tomado una decisión. Ni siquiera tenía resaca y me pegué un desayuno grandioso.

Me fui al Mercado de las Pulgas.

Muy pocas veces me dedico tiempo a mí mismo.

Era como un turista en París. Tenía las manos en los bolsillos y olía al *aftershave* de Nina Ricci *for Men* distribuido en todos los hoteles Ibis del mundo. Me hubiese encantado que mi compañera de trabajo me sorprendiese al doblar una esquina:

—¡Oh, Olivier!

—¡Oh, Sarah!

—Oh, Olivier, qué bien hueles…

—Oh, Sarah…

Me bebía el sol delante de una caña en la terraza del Café des Amis.

Era el 16 de junio alrededor de mediodía, hacía buen tiempo y mi vida era hermosa.

Me compré una jaula de pájaros muy adornada y llena de cursilerías de hierro.

El tío que me la vendió me aseguró que era del siglo XIX y que había pertenecido a una familia muy rica puesto que la habían

encontrado en una gran mansión, intacta, y patatín y patatán y, ¿cómo la va a pagar?

Me daban ganas de decirle: «No te molestes, tío, me la suda».

Cuando volví, olía a Don Limpio desde el bajo.

El apartamento estaba como los chorros del oro. Ni una mota de polvo. Había incluso un ramo de flores sobre la mesa de la cocina con una notita: «Estamos en el Jardín Botánico, hasta esta noche. Besitos».

Me quité el reloj y lo dejé sobre mi mesilla de noche. El paquete de Christian Dior estaba colocado al lado como si nada.

¡¡¡¡Aaahhh!!! Queridas mías…

¡Para cenar, os voy a hacer un pollo al queso Boursin i-nol-vi-da-ble!

Bueno, primero elegir el vino… y ponerme un delantal, claro.

Y de postre, un pastel de sémola con mucho ron. A Fanny le encanta.

No digo que nos hayamos abrazado muy fuerte sacudiendo la cabeza como hacen los americanos. Sólo me sonrieron un poco al entrar y vi en sus caras todas las florecitas del Jardín Botánico.

Por una vez no teníamos tanta prisa por quitar la mesa. Después del desmadre de la víspera nadie tenía intención de salir, y Mimi nos sirvió un té de menta en la mesa de la cocina.

—¿Y esta jaula? —preguntó Fanny.

—Esta mañana se la he comprado en el Mercado de las Pulgas a un tío que sólo vende jaulas antiguas… ¿Te gusta?

—Sí.

—Pues es para vosotras.

—Ah, ¿sí? Gracias. ¿Pero a santo de qué?

—Porque somos todo tacto y delicadeza —bromeó Myriam dirigiéndose hacia el balcón con su paquete de Craven.

—En memoria mía. No tendréis más que decir que el pájaro voló…

—i¿Por qué dices eso?!

—Me marcho, chicas.

—¿¿¿Adónde te vas???

—Me marcho a otro sitio a vivir.

—¿¿¿Con quién???

—Solo.

—¿Pero por qué? Es por lo de ayer… Oye, perdóname, sabes, había bebido demasiado y…

—No, no, no te preocupes. No tiene nada que ver contigo.

Fanny tenía un aire totalmente alucinado y me costaba mirarla a la cara.

—¿Estás harto de nosotras?

—No, no es eso.

—¿Pues entonces, por qué? —Se notaba que estaba a punto de llorar.

Myriam estaba plantada ahí, entre la mesa y la ventana con el cigarro que le colgaba tristemente de la boca.

—Olivier, eh, ¿qué pasa?

—Estoy enamorado.

No podías empezar por ahí, idiota.

¿Y por qué no nos la has presentado? ¡Qué! Tienes miedo de que la espantemos. Qué mal nos conoces… ¿Que sí, que nos conoces bien?

¿Y cómo se llama?

¿Es guapa? ¿Sí? Ah, mierda…

¿Qué? ¡Que casi no le has hablado! Pero ¿eres idiota o qué? ¿Eres idiota?

Que no, que no eres idiota.

¿Casi no le has hablado nunca y te mudas por ella? ¿No crees que estás construyendo el tejado antes que la casa? Construyes la casa como puedes… Visto así, claro…

¿Y cuándo le vas a hablar? Un día. Vale, ya veo de qué va la cosa… ¿Tiene sentido del humor? Ah, mejor, mejor.

¿La quieres de verdad? ¿No quieres contestar? ¿Nos metemos donde no nos llaman?

No tienes más que decirlo.

¿Nos invitarás a tu boda? ¿Sólo si prometemos portarnos bien?

¿Quién me consolará cuando tenga el corazón hecho migas?

¿Y a mí? ¿Quién me ayudará a repasar mis apuntes de anatomía?

¿Y ahora quién nos va a mimar?

¿Cómo has dicho que era de guapa?

¿Le prepararás pollo al queso Boursin?

Te vamos a echar de menos, sabes.

* * *

Me sorprendió llevarme tan pocas cosas. Había alquilado una furgoneta en Kiloutou y me bastó un viaje.

No sabía si me lo tenía que tomar bien, en plan aquí tienes la prueba de que no estás demasiado apegado a los bienes de este mundo amigo mío, o francamente mal, en plan mira amigo mío: a punto de cumplir los treinta y en once cajas te cabe todo… No es gran cosa, ¿eh?

Antes de irme me senté por última vez en la cocina.

Las primeras semanas dormí sobre un colchón en el suelo. Había leído en una revista que era muy bueno para la espalda.

Diecisiete días después me fui a Ikea: me dolía demasiado la espalda.

Dios sabe que le di mil vueltas al asunto. Incluso dibujé planos en papel cuadriculado.

La vendedora pensaba también como yo: en una vivienda tan «modesta» y tan mal repartida (parecía que hubiese alquilado tres pasillitos de nada…), lo mejor era un sofá-cama.

Y lo más barato, un clic-clac.

Pues venga, un clic-clac entonces.

También me compré un set de cocina (sesenta y cinco piezas por trescientos noventa y nueve francos, escurridor de ensaladas y rallador incluidos), velas (nunca se sabe…), un *plaid* (no sé, me pareció que era muy chic comprar un *plaid*), una lámpara (bah), un felpudo (previsor), estanterías (a la fuerza), una planta verde (ya veremos…) y mil cosas más (es que la tienda te empuja a ello).

* * *

Myriam y Fanny me solían dejar mensajes en el contestador del tipo: piiiii «¿Cómo se enciende el horno?»; piiiii «Hemos encendido el horno pero ahora nos preguntamos cómo se cambian los plomos porque han saltado todos…»; piiiii «Vale, hacemos lo que nos has dicho, ¿pero dónde has guardado la linterna?…»; piiiii «Oye, ¿cuál es el teléfono de los bomberos?»; piiiii…

Creo que exageraban un poco, pero, como todos los que viven solos, he aprendido a acechar e incluso a esperar la lucecita roja de

los mensajes cuando vuelvo por la noche.

Nadie se salva, creo.

* * *

Y de pronto, tu vida se acelera mogollón.

Y cuando pierdo el control de la situación tengo tendencia a angustiarme; hay que ser tonto.

¿Qué es «perder el control de la situación»?

Perder el control de la situación, muy sencillo. Es Sarah Briot que se deja caer un día en la habitación donde te ganas la vida con el sudor de tu frente y se sienta en el borde de tu mesa estirándose la falda.

Y te dice:

—Tienes las gafas sucias, ¿no?

Y se saca un piquito de camisa rosa de debajo de la falda con la que te limpia las gafas como si nada.

En ese momento te empalmas tanto que podrías levantar la mesa (con un poco de entrenamiento, claro).

—Qué, al parecer te has mudado, ¿no?

—Sí, hace quince días.

(Ffffffff respira… todo va bien…).

—¿Y dónde estás ahora?

—En el distrito diez.

—¡Anda! Qué gracia, yo también.

—¡¿Ah, sí?!

—Qué bien, así podemos ir juntos en metro…

(Que ya es algo, así, para empezar).

—¿No vas a hacer una fiesta de inauguración, o algo así?

—¡Sí, sí! ¡Claro!

(Primera noticia).

—¿Cuándo?

—Pues no lo sé todavía… Es que, sabes, me han traído los últimos muebles esta mañana, entonces…

—¿Por qué no esta noche?

—¿Esta noche? Ah, no, esta noche no puede ser. Con todo el lío que tengo y… Y, además, no he avisado a nadie y…

—Pues invítame sólo a mí. Porque a mí, sabes, me trae sin cuidado el lío que tengas, ¡no puede ser peor que en mi casa!…

—Ah… pues… pues, si quieres. Pero no muy pronto…

—Muy bien. Así tendré tiempo de pasar por mi casa para cambiarme… ¿A las nueve te parece bien?

—A las veintiuna horas, muy bien.

—Bueno, pues, ¿hasta luego, entonces?…

Esto es exactamente lo que yo llamo «perder el control de la situación».

Me marché pronto y por primera vez en mi vida, no ordené mi mesa antes de apagar la luz.

La portera me estaba esperando, sí, han traído sus muebles, ¡pero qué historia subir el sofá los seis pisos!

Gracias, señora Rodríguez, gracias. (No se me olvidará su aguinaldo, señora Rodríguez…).

Tres pasillitos en forma de campo de batalla pueden tener su encanto…

* * *

Poner a enfriar el *tarama*, calentar el gallo al vino, a fuego lento, vale…, abrir las botellas, poner una mesa provisional, volver a bajar pitando a la tienda del árabe para buscar servilletas de papel y una

botella de Badoit, preparar la cafetera, ducharse, perfumarse (Eau Sauvage), limpiarse las orejas, encontrar una camisa que no esté demasiado arrugada, bajar la luz halógena, desconectar el teléfono, poner música (el disco *Pirates* de Rickie Lee Jones, con esa música todo es posible…) (pero no demasiado alta), colocar bien el *plaid*, encender las velas (mira, mira…), inspirar, expirar, no mirarse más al espejo.

¿Y los preservativos? (¿En el cajón de la mesilla de noche no están demasiado cerca?… ¿Y en el cuarto de baño no están demasiado lejos?…).

Ring, ring.

¿Podría decirse decentemente que tengo la situación bajo control?

Sarah Briot entró en mi casa. Bella como el día.

Más tarde, durante la velada, cuando habíamos reído y cenado bien, habíamos dejado que se instalaran algunos silencios pensativos, quedó claro que Sarah Briot iba a pasar la noche entre mis brazos.

Pero a mí siempre me ha costado tomar ciertas decisiones y, sin embargo, era *de verdad* el momento de dejar mi vaso e intentar algo.

Como si la mujer de Roger Rabbit estuviese sentada muy cerca de ti y que tú estuvieras pensando en tu plan ahorro-vivienda…

Hablaba de no sé qué y me miraba de reojo.

Y de pronto…, de pronto…, pensé en ese sofá en el que estábamos sentados.

Empezaba a preguntarme de verdad, intensa y serenamente cómo se abriría un clic-clac.

Pensaba que lo mejor sería empezar a besarla con bastante fogosidad y luego echarla para atrás hábilmente para tumbarla sin percance…

Sí, pero luego… ¿el clic-clac, qué?

Ya me veía poniéndome nervioso en silencio por una palanquita mientras su lengua le hacía cosquillas a mis amígdalas y sus manos buscaban mi cinturón…

En fin… por ahora, no es que fuera del todo el caso… Empezaba incluso a esquivar el principio de un bostezo…

Menudo Don Juan. Qué miseria.

Y luego pensé en mis hermanas, y me reí por dentro al pensar en esas dos arpías.

Anda que no se lo hubieran pasado bien de haberme visto en ese momento con el muslo de Miss Universo contra mi muslo y mis preocupaciones domésticas para abrir un sofá-cama de Ikea.

En ese momento justo, Sarah Briot se volvió hacia mí y me dijo:

—Qué guapo estás cuando sonríes.

Besándome.

Y ahí, en ese preciso instante, con 54 kilos de femineidad, de dulzura y de caricias sobre mis rodillas, cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás y pensé muy fuerte: «Gracias, chicas».

Epílogo

—¡*Marguerite*! ¿Cuándo comemos?

—Vete a la mierda.

Desde que escribo relatos, mi marido me llama *Marguerite*[1] dándome una palmadita en el trasero, y cuenta en las cenas que pronto dejará de trabajar gracias a mis derechos de autor…

—¿Yo? No hay problema, cuando ocurra iré a buscar a los niños al colegio en un Jaguar XK8. Lo tengo previsto… Claro, tendré que darle masajes en los hombros de vez en cuando y soportar sus pequeñas crisis de dudas pero bueno… ¿El *coupé*?… Me lo compraré verde dragón.

Y se pone a delirar y los demás ya no saben bien de qué va la cosa.

Me dicen, con el tono que se emplea para hablar de una enfermedad de transmisión sexual:

—¿Es verdad que escribes?

Y yo me encojo de hombros enseñándole mi copa al anfitrión. Gruño que no, cualquier cosa, casi nada. Y ese exaltado con el que me casé un día de debilidad nos suelta otra:

—Pero a ver, a ver… ¿No os lo ha dicho? Cariñín, ¿no les has contado lo del premio que ganaste en Saint-Quentin? ¡Eh…, que son diez mil francos, caray! ¡Se pasa dos noches con su ordenador que le costó quinientos francos en una venta benéfica y le caen diez mil francos!… ¿Quién da más? Por no hablar de sus otros premios… Eh, cariñito, no vamos a presumir.

Es verdad que en esos momentos me entran ganas de matarlo.

Pero no lo haré.

Primero, porque pesa ochenta y dos kilos (él dice ochenta, por pura coquetería) y luego, porque tiene razón.

Tiene razón, ¿qué va a ser de mí si empiezo a creer demasiado en ello?

¿Dejo mi trabajo? ¿Le digo, por fin, barbaridades a mi compañera Micheline? ¿Me compro una libretita de piel de picha y cojo apuntes *para después*? ¿Me siento tan sola, tan lejos, tan cerca, tan *diferente*? ¿Voy a recogerme en la tumba de Chateaubriand? ¿Digo: «No, esta noche no, por favor, tengo la cabeza que me va a estallar»? ¿Me olvido de la hora de ir a la guardería porque tengo un capítulo que terminar?

Y hay que ver en el estado en que se encuentran los niños en la guardería a partir de las cinco y media. Llamas a la puerta y se precipitan todos con el corazón en vilo. El que abre la puerta, claro, está decepcionado al verte porque no has venido a por él, pero pasado el primer segundo de abatimiento (boca torcida, hombros caídos y vuelta a arrastrar el peluche por el suelo), se vuelve hacia tu hijo (que está justo detrás de él) y grita:

—¡¡¡Louis, ES TU MAMÁ!!!

Y entonces oyes:

—*Pero zi… ya lo zé*.

* * *

Pero *Marguerite* ya cansa con todos estos melindres.

Quiere tener las cosas claras. Si se tiene que ir a Combourg, tras los pasos de Chateaubriand, mejor saberlo cuanto antes.

Eligió unos cuentos (dos noches en vela), los imprimió con su cacharro chapucero (¡más de tres horas para sacar ciento treinta y cuatro páginas!), apretó las hojas contra su corazón y las llevó a la

tienda de fotocopias que hay cerca de la facultad de derecho. Hizo cola detrás de las estudiantes ruidosas y con tacones (se sintió vieja y paleta, la *Marguerite*).

La dependienta dijo:

—¿Canutillo blanco o negro?

Y venga a comerse el coco otra vez (¿blanco? Queda un poco ñoño, como de primera comunión, ¿no?… pero negro, queda como muy segura de ti, en plan tesis doctoral, ¿no?… Maldición).

Al final la jovencita se impacienta.

—¿Qué es exactamente?

—Relatos…

—¿Relatos?

—Sí, ya sabe, relatos, de…, de literatura, ¿entiende?… Es para enviarlos a un editor…

—… ¿…? Ya… bueno, pero eso no nos dice el color del canutillo…

—Ponga lo que quiera, me fío de usted (*alea jacta est*).

—Bueno, en ese caso, se lo pongo en turquesa porque tenemos una promoción: treinta francos en vez de treinta y cinco…

(Un canutillo turquesa sobre la mesa chic de un editor elegante de la orilla izquierda… Glup).

—De acuerdo, en turquesa entonces (no contraríes al Destino, hija mía).

La otra levanta la tapa de la gran Rank Xerox y te manipula esto como si fueran vulgares fotocopias de Derecho Civil, y venga a menear el paquete de un lado a otro, y venga a doblar las esquinas de las hojas.

La artista sufre en silencio.

Tras guardar el dinero, la dependienta vuelve a coger el cigarro que había dejado sobre la caja y suelta:

—¿De qué hablan los chismes estos?
—De todo.
—Ah.
—…
—…
—Pero sobre todo de amor.
—¿Ah, sí?

Se compra un magnífico sobre de papel de estraza. El más fuerte, el más bonito, el más caro, con las esquinas acolchadas y una solapa rotunda. El Rolls de los sobres.

Se va a Correos, pide sellos de colección, los más bonitos, en los que salen cuadros de arte moderno. Los chupa con amor, los pega con gracia, le echa un conjuro al sobre, lo bendice, le hace la señal de la cruz y otros hechizos que han de quedar en secreto.

Se acerca a la ranura «París y periferia únicamente», besa su tesoro por última vez, aparta la vista y lo abandona.

Enfrente de Correos hay un bar. Apoya los codos en la barra y pide un Calvados. No le gusta demasiado pero bueno, ahora tiene que trabajarse su *estatus* de artista maldita. Enciende un cigarro y, a partir de ese minuto, se puede decir que espera.

* * *

No le he dicho nada a nadie.
—¿Qué haces con la llave del buzón al cuello?
—Nada.
—¿Qué haces con todos esos folletos de Castorama en la mano?
—Nada.
—¿Qué haces con la saca del cartero?

—¡Que te digo que nada!…

—Oye, pero… Estás enamorada de él, ¡¿o qué?!

No. No he dicho nada. Si contestara «espero la respuesta de un editor», qué vergüenza.

En fin… hay que ver la cantidad de publicidad que se recibe ahora, es increíble, oye.

* * *

Y luego el trabajo, y Micheline con sus uñas postizas mal pegadas, y los geranios que hay que meter en casa, y las películas de Walt Disney, el trenecito eléctrico, y la primera visita al pediatra de la temporada, y el perro que pierde pelo, y la novela *Eureka Street* para medir lo inconmensurable, y el cine, y los amigos de la familia, y otras emociones más (pero casi nada comparado con *Eureka Street*, la verdad).

Nuestra *Marguerite* se ha resignado a hibernar.

* * *

Tres meses más tarde.

¡ALELUYA!

¡ALELUYA! ¡ALELU-U-U-U-Y-A!

Ha llegado.

La carta.

Qué ligera es.

Me la meto debajo del jersey y llamo a Kiki:

«¡¡¡Kikiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!!!».

Me voy a leérmela yo sólita, en el silencio y el recogimiento del bosquecillo de al lado que sirve de área canina para todos los perros del barrio. (Nótese que incluso en momentos como éste, permanezco lúcida).

«*Estimada señora* blablablá, *con gran interés* blablablá *y por ello* blablablá *me gustaría concertar una cita con usted* blablablá, *le ruego se ponga en contacto con mi secretaria* blablablá *con la esperanza de* blablablá *estimada señora* blablablá…».

Lo saboreo.
Lo saboreo.
Lo saboreo.
Ha llegado la hora de la venganza de *Marguerite*.

—¿Cariño? ¿Cuándo comemos?
—¿…?… ¿Por qué me dices eso a mí? ¿Qué pasa?
—No, nada, es sólo que ya no voy a tener mucho tiempo para la comida con todas esas cartas de admiradores a las que habrá que contestar, por no hablar de los festivales, los salones, las ferias de libros… Todos esos desplazamientos dentro de Francia y a los departamentos y territorios de ultramar, hay que ver… Dios mío. A propósito, dentro de poco, visita regular a la manicura porque…, durante las sesiones de firma, es importante tener las manos impecables, sabes… Es tremendo cómo fantasea la gente con eso…
—Pero ¿estás delirando, o qué te pasa?

Marguerite deja «caer» la carta del editor elegante de la orilla izquierda sobre la tripa rechoncha de su marido que lee los anuncios de Auto Plus.
—¡Espera, espera! ¡¿Adónde vas?!

—Nada, no tardaré mucho. Es sólo una cosita que tengo que decirle a Micheline. Ponte guapo, te llevo al Aigle Noir esta noche…

—¿¿¿Al Aigle Noir???

—Sí. Ahí es donde Marguerite habría llevado a Yann, supongo…

—¿Quién es Yann?

—Ffffffffffffff, olvídalo… Lo ignoras todo del mundo literario.

* * *

Así que me puse en contacto con la secretaria. Un contacto buenísimo creo, porque la chica estuvo más que encantadora.

Tal vez tuviera delante un *post-it* rosa fosforito que ponía: «Si llama A. G., ¡ser MUY encantadora!», subrayado dos veces.

Tal vez…

Bonitos míos, se deben de creer que les he mandado mis relatos a otros… Temen que se les adelanten. Otro editor aún más elegante situado en una calle aún más chic de la orilla izquierda del Sena con una secretaria aún más encantadora al teléfono con un culo aún más bonito.

Ah, no, sería demasiado injusto para ellos.

¿Te imaginas el desastre si decido publicar mis relatos con otra editorial, y todo porque Menganita no tenía el *post-it* rosa fosforito delante?

No quiero ni pensarlo.

Se fija la cita para la semana siguiente. (Ya hemos perdido bastante tiempo).

He pasado las primeras preocupaciones materiales: tomarme una tarde libre (¡Micheline, no estaré aquí mañana!); dejar a los niños, pero no en cualquier parte, sino en un sitio donde estén contentos; avisar a mi amor:

—Mañana me voy a París.

—¿Por qué?

—Para un asunto.

—¿Es una cita galante?

—Como si lo fuera.

—¿Quién es?

—El cartero.

—¡Ah! Tendría que habérmelo imaginado…

… Ahora viene el único problema verdaderamente importante: ¿qué me pongo?

Estilo verdadera futura escritora y sin ninguna elegancia porque la verdadera vida está en otra parte. No me ame por mis grandes pechos, ámeme por mi cerebro.

Estilo verdadera futura ponedora de *best-seller* y con una permanente porque la verdadera vida está aquí. No me ame por mi talento, ámeme por mis páginas de ecos de sociedad.

Estilo comedora de hombres elegantes de la orilla izquierda y para consumir en el acto porque la verdadera vida está sobre su mesa. No me ame por mi manuscrito, ámeme por mi cerebro.

Eh, Atala, cálmate.

Al final estoy demasiado agobiada, desde luego no es el día de pensar en mi juego de piernas y dejarme una media en la alfombra. Es seguramente el día más importante de mi pequeña existencia, no lo voy a arriesgar todo por un atuendo ciertamente irresistible pero totalmente incómodo.

(¡Pues sí! La mini minifalda es un atuendo incómodo).

Voy a ir en vaqueros. Ni más, ni menos. Mis viejos 501, diez años de edad, envejecidos en tonel, lavados a la piedra, con sus apliques de cobre y su etiqueta roja en la nalga derecha, el que ha tomado mi forma y mi olor. Mi amigo.

Con todo pienso un momento emocionada en ese hombre elegante y brillante que está manoseando mi porvenir con sus manos finas (¿lo edito?, ¿no lo edito?), ir en vaqueros, me estoy pasando un poco, tengo que reconocerlo.

Ah… cuántas preocupaciones, cuántas preocupaciones.

Bueno, me he decidido. En vaqueros pero con lencería como para desmayarse.

Pero eso, no lo verá, me diréis vosotros… Que no, que no, que a mí no me la dan, no se llega a la Altísima Función de Editor sin tener un don especial para detectar la lencería fina más improbable.

No, esos hombres saben.

Saben si la mujer sentada delante de ellos lleva un chisme de algodón justo a ras del ombligo, o una braguita rosa de gran almacén toda deformada, o una de esas pequeñas locuras que hacen sonrojarse a las mujeres (el precio que pagan) y sonrosarse a los hombres (el precio que tendrán que pagar).

Por supuesto que saben.

Y aquí ya os puedo decir que me he jugado el todo por el todo (abonable en dos cheques); he elegido un conjunto a juego de braguita y sujetador, una cosa alucinante.

Dios mío…

Súper baratija, súper tejido, súper estilo, todo de seda color marfil con encaje de Calais hecho a mano por pequeñas trabajadoras «francesas», si no le importa, suave, bonito, precioso, tierno, inolvidable, el tipo de cosa que se funde en tu boca, no en tu mano.

Destino, heme aquí.

Mirándome en el espejo de la tienda (qué listos son, ponen una iluminación especial que te hace delgada y morena, las mismas luces halógenas que hay encima de los peces muertos en los

supermercados de ricos), me he dicho por primera vez desde que *Marguerite* existe:

«Pues bien, no me arrepiento de todo ese tiempo que pasé comiéndome las uñas, cuando me salía un eczema delante de la pantalla minúscula de mi ordenador. ¡Ah, no! Todo eso, toda esa mano de hierro contra el canguelo y la falta de confianza en mí misma, todas esas costras en mi cabeza y todas esas cosas que perdí u olvidé porque pensaba en *Clic-clac*, por ejemplo, pues bien, no me arrepiento de ello…».

No puedo decir el precio exacto porque entre lo *politically correct*, el *bridge* de mi marido, el seguro del coche, el importe del subsidio mínimo y todo eso, correría el riesgo de escandalizar a alguien, pero que sepáis que es algo pasmoso; y visto lo que pesa, no hablemos del precio del kilo.

En fin, el que algo quiere algo le cuesta, quien quiere peces, se tiene que mojar el trasero y uno no consigue publicar sin poner algo de su parte, ¿no?

* * *

Aquí estamos. El distrito seis de París.

El barrio en el que se encuentran tantos escritores como agentes municipales. En el corazón de la vida.

Me agobio.

Me duele la tripa, me duele el hígado, me duelen las piernas, sudo la gota gorda y la braguita de equis francos se me remete por el trasero.

Vaya cuadro.

Me pierdo, no pone en ninguna parte el nombre de la calle, hay galerías de arte africano por doquier y nada se parece más a una máscara africana que otra máscara africana. Empiezo a odiar el arte africano.

Por fin la encuentro.

Me hacen esperar.

Me parece que voy a desmayarme, respiro como nos enseñaron para el parto. Venga… Calma… Calma…

Ponte derecha. Observa. Siempre puede servir de algo. Inspira. Expira.

—¿Se encuentra bien?

—Eh… sí, sí… estoy bien.

—Está reunido, pero ya está terminando, no debería tardar mucho…

—…

—¿Quiere un café?

—No. Gracias. (Oye, Menganita, ¿acaso no ves que tengo ganas de vomitar? Ayúdame, Menganita, una bofetada, un cubo, una palangana, un analgésico, un vaso de Coca-Cola bien fría… algo, te lo suplico).

Una sonrisa. Me dedica una sonrisa.

* * *

En realidad, era curiosidad. Ni más, ni menos.

Quería verme. Quería ver la pinta que tenía. Quería ver cómo era.

Nada más.

No voy a contar la entrevista. En este momento, me estoy curando el eczema con alquitrán casi puro y de verdad no hace falta decir nada más visto el color de la bañera. Así que no cuento nada.

Bueno, venga, un poquito: en un momento dado, el gato (para tener más detalles, ver Lucifer en *La Cenicienta*) que miraba al ratón que intentaba zafarse de sus garras, el gato que se divertía, «… qué provinciana es, hay que ver…», el gato que se tomaba su tiempo, terminó por soltar:

—Mire, no le voy a ocultar que en su manuscrito hay cosas interesantes y que tiene usted un *cierto* estilo pero (luego vienen un montón de consideraciones sobre la gente que escribe en general y el duro oficio del editor en particular)… no podemos, en el estado actual de las cosas y por razones que usted comprenderá fácilmente, publicar su manuscrito. En cambio, quiero seguir muy de cerca su trabajo y sepa que le concederé siempre una gran atención. Y eso es todo.

Eso es todo.

Capullo.

Me quedo paralizada. Nunca mejor dicho.

Él se levanta (gestos amplios y soberbios), se dirige hacia mí, hace ademán de estrecharme la mano… Al no ver ninguna reacción por mi parte, hace ademán de tenderme la mano… Al no ver ninguna reacción por mi parte, hace ademán de cogerme la mano… Al no ver ninguna…

—¿Qué ocurre? Vamos…, no se quede tan abatida, sabe usted que es muy poco frecuente que le publiquen a uno su primer manuscrito. Confío en usted, sabe. Siento que haremos grandes cosas juntos. E incluso, no le oculto que *cuento* con usted.

«Para el carro. No ves que estoy atascada».

—Mire, lo siento mucho. No sé lo que me pasa, pero no puedo levantarme. Es como si ya no tuviera fuerzas. Es una tontería.

—¿Le ocurre a menudo?

—No. Es la primera vez.

—¿Le duele algo?

—No. Bueno, un poco, pero es otra cosa.

—Intente mover los dedos.

—No lo consigo.

—¿¿¿Está usted segura???

—Pues… sí.

Largo intercambio de miradas, como si estuviéramos jugando a ver quién se ríe primero.

—(nervioso) ¿Lo hace usted aposta o qué?

—(muy nerviosa) ¡¡¡Pues claro que no, hombre!!!

—¿Quiere que llame a un médico?

—No, no, ya se me va a pasar.

—Sí, bueno, pero el problema es que yo tengo otras citas… No puede usted quedarse aquí.

—…

—Vuelva a intentarlo…

—Nada.

—¡Pero qué milonga es ésta!

—No sé… ¿qué quiere que le diga?… A lo mejor es un ataque de artrosis, o algo debido a una emoción demasiado fuerte.

—Si le digo: «Está bien, de acuerdo, le publico el manuscrito…», ¿se levanta usted?

—Pues por supuesto que no. ¿Por quién me toma? ¿Acaso parezco tan estúpida?

—No, pero quiero decir, ¿si se lo publico de verdad?…

—Para empezar no le creería… Oiga, un momento, que yo no estoy aquí pidiéndole limosna, estoy paralizada, ¿puede usted comprender la diferencia?

—(frotándose la cara con sus manos finas) A mí tenía que pasarme esto… Dios mío…

—…

—(consultando su reloj) Mire, por el momento, voy a cambiarla de lugar, porque es que de verdad necesito mi despacho…

Y hete aquí que me empuja al pasillo como si estuviera en una silla de ruedas sólo que no estoy en una silla de ruedas y que esto él lo debe de notar y cómo… Me acurruco bien.

«Sufre, amigo mío. Sufre».

⁎ ⁎ ⁎

—¿Ahora sí quiere usted un café?

—Sí, me tomaría uno con gusto. Es usted muy amable.

—¿Está usted segura de que no quiere que llame a un médico?

—No, no. Gracias. Como ha venido, se irá.

—Está usted demasiado tensa.

—Lo sé.

Menganita nunca tuvo ningún *post-it* rosa pegado al teléfono. Fue encantadora conmigo la otra vez porque *es* una chica encantadora.

Por lo menos no lo he perdido todo hoy.

Es verdad. No se tiene tan a menudo la ocasión de mirar durante varias horas a una chica como ella.

Me gusta su voz.

De vez en cuando, me hacía pequeños gestos para que me sintiera menos sola.

Y después se callaron los ordenadores, se conectaron los contestadores, se apagaron las lámparas y se vaciaron los lugares.

Los veía a todos marcharse unos detrás de otros y todos creían que estaba ahí porque tenía una cita. Ya, ya, una cita.

Por fin, Barba Azul salió de su antro de hacer llorar a los escritorzuelos.

—¡¡¡Todavía sigue aquí!!!

—…

—¿Pero qué voy a hacer con usted?

—No lo sé.

—Pues yo sí lo sé. ¡Voy a llamar al SAMU o a los bomberos y la van a evacuar inmediatamente! ¡No tendrá usted intención de quedarse aquí a dormir, ¿no?!

—No, no llame a nadie, por favor… Ya se va a desatascar, lo presiento…

—Sí, claro, pero tengo que cerrar. Puede usted entenderlo, ¿no?

—Bájeme a la calle.

Te puedes imaginar que no fue él el que me bajó. Llamó a dos chicos de los recados que había por ahí. Dos chicos grandes y guapos, lacayos tatuados para mi silla de porteadores.

Cogieron cada uno un reposabrazos y me dejaron con suavidad al pie del edificio. Qué encantos.

Mi ex futuro editor, ese hombre delicado que *cuenta* conmigo para un futuro me saludó con mucha ceremonia.

Se alejó volviéndose varias veces y sacudiendo la cabeza como para despertarse de un mal sueño, o sea, no, de verdad, no se lo creía.

Por lo menos, tendrá algo que contar durante la cena.

Qué contenta se va a poner su mujer. Esta noche no le va a dar la tabarra con la crisis de la edición.

Por primera vez en todo el día, me encontraba bien.

Miraba a los camareros del restaurante de enfrente afanándose alrededor de sus manteles a cuadros, tenían mucho estilo (como mis relatos, pensé riendo), sobre todo uno, al que yo miraba con atención.

Exactamente el tipo de camarero francés chulo que descompone el sistema hormonal de las americanas gordas calzadas con Reebok.

Me he fumado un cigarro maravillosamente bueno expulsando lentamente el humo y observando a la gente que pasaba.

Era la felicidad casi completa (exceptuando algunos detalles como la presencia de un mendigo a mi derecha que apestaba a pis de perro).

¿Cuánto tiempo he permanecido ahí, contemplando mi desastre?

No lo sé.

El restaurante estaba hasta la bandera y se veían parejas sentadas en la terraza riendo y bebiendo copas de rosado.

No podía evitar pensar:

… «En otra vida, quizá, mi editor me habría llevado a almorzar ahí "porque es más cómodo", me habría hecho reír a mí también y habría propuesto un vino mucho mejor que ese Côteaux de Provence… Me habría urgido a terminar esa novela "sorprendentemente madura para una joven de su edad…" y luego

me habría tomado del brazo para acompañarme hacia una parada de taxis. Habría coqueteado un poco conmigo…».

… En otra vida seguramente.

⁎ ⁎ ⁎

Sí, pues… no es por nada, *Marguerite*, pero me está esperando un montón de ropa que planchar…

Me levanté de un salto estirándome el vaquero y me dirigí hacia una mujer joven y espléndida sentada en el zócalo de una estatua de Auguste Comte.

Miradla.

Bella, sensual, de raza, con unas piernas irreprochables y unos tobillos muy finos, la nariz respingona, la frente abombada, con aire belicoso y orgulloso.

Vestida de lazos y tatuajes.

Los labios y las uñas pintados de negro.

Una chica increíble.

Lanzaba regularmente miradas hastiadas a la calle adyacente. Me parece que su novio se retrasaba.

Le tendí mi manuscrito.

—Tenga —le dije—, un regalo. Para que el tiempo no se le haga tan largo.

Creo que me dio las gracias, pero no estoy segura porque, ¡no era francesa!… Afligida por ese pequeño detalle, estuve a punto de recuperar mi magnífico don y luego… para qué, me dije, y al alejarme, estaba más bien contenta, incluso.

Mi manuscrito se encontraba ahora entre las manos de la chica más bella del mundo.

Eso me consolaba.

Un poco.



ANNE GAELLE COCHE (Boulogne-Billancourt, Francia, 9/12/1970). Se licenció y obtuvo un máster en Lenguas Modernas por la Universidad de La Sorbona. Con veintidós años obtuvo el Premio France Inter, cuando ya escribía para *Paris Ille de France*. Es columnista de la revista *Elle*. En el año 2000 obtuvo el *Grand Prix RTL*, y sus libros son grandes éxitos, con grandes ventas y muchas traducciones.

Notas

[1] Para burlarse de ella, su marido le llama Marguerite, nombre de pila de la famosa escritora Marguerite Duras. (*Nota de la Traductora*)